

PSICOLOGÍA SOCIAL DE LA GUERRA: TRAUMA Y TERAPIA

Selección e Introducción de Ignacio Martín-Baró.

1990
UCA EDITORES
San Salvador, El Salvador.

ÍNDICE

1. EL IMPACTO PSICOSOCIAL DE LA GUERRA.....	4
GUERRA Y SALUD MENTAL. (IGNACIO MARTÍN-BARÓ)	4
GUERRA Y DESHUMANIZACIÓN: UNA PERSPECTIVA PSICOSOCIAL (JOAQUÍN SAMAYOA) EN RELACIÓN A LA GUERRA DE EL SALVADOR	5
<i>Introducción</i>	5
<i>La hipótesis de la deshumanización</i>	5
<i>El papel de los medios de comunicación</i>	8
<i>Educación y Desideologización</i>	9
LA VIOLENCIA POLÍTICA Y LA GUERRA COMO CAUSAS DEL TRAUMA PSICOSOCIAL EN EL SALVADOR (IGNACIO MARTÍN BARÓ)	9
<i>El trauma psicosocial</i>	10
<i>El trauma psicosocial como deshumanización</i>	10
<i>Cristalización de relaciones sociales</i>	11
<i>Conclusión: la tarea psicosocial</i>	12
RESPUESTAS DE STRESS PSICOLÓGICO DE LAS MADRES PALESTINAS Y SUS HIJOS A LAS CONDICIONES DE OCUPACIÓN MILITAR Y VIOLENCIA POLÍTICA (RAIJA-LEENA PUNAMÄKI)	12
<i>Resumen</i>	12
<i>Antecedentes</i>	13
<i>Análisis</i>	13
2. LA GUERRA PSICOLÓGICA	15
EFFECTOS PSICOSOCIALES DE LA REPRESIÓN (LEÓN ROZITCHNER)	15
<i>Consideraciones sobre un manual de acción psicológica de las Fuerzas Armadas argentinas</i>	15
<i>Aporte de la psicología al campo de las alteraciones psicosociales por efecto de la represión</i>	18
GUERRA PSICOLÓGICA: INTERVENCIÓN POLÍTICA DE LA SUBJETIVIDAD COLECTIVA (ELIZABETH LIRA KORNFELD).....	19
<i>Antecedentes</i>	19
<i>Intervención de la subjetividad: terror y conducta colectiva en Chile</i>	20
<i>Guerra psicológica y efectos psicosociales</i>	21
DE LA GUERRA SUCIA A LA GUERRA PSICOLÓGICA: EL CASO DE EL SALVADOR (IGNACIO MARTÍN-BARÓ)	22
PSICOLOGÍA DEL MIEDO Y CONDUCTA COLECTIVA EN CHILE (ELIZABETH LIRA KORNFELD).....	22
<i>El miedo: delimitaciones conceptuales</i>	22
<i>Inseguridad y miedo: contextualización histórica</i>	23
<i>Miedo y efectos psicosociales</i>	23
<i>Análisis psicológico y psicodinámico del miedo</i>	24
APUNTES SOBRE PSICOLOGÍA DE LA TORTURA (IGNACIO DOBLES OROPEZA)	26
<i>Resumen</i>	26
<i>Psicología social y tortura</i>	26
<i>Constitutivos del acto de violencia en la tortura: algunas reflexiones psicosociales</i>	27
EL FENÓMENO DE LA TORTURA Y SU INTERPRETACIÓN (ENRIQUE BUSTOS).....	29
EL MIEDO Y LAS DICTADURAS MILITARES (MANUEL ANTONIO GARRETÓN).....	31
<i>El reinado del miedo</i>	32
<i>Impotencia y sublimación</i>	32
<i>Esperanza e incertidumbre</i>	33
<i>Regresiones, residuos y exorcizaciones</i>	33
<i>Producción y superación</i>	34
3. PATOLOGÍA PSICOSOCIAL DE LA GUERRA	35
GUERRA Y TRAUMA PSICOSOCIAL DEL NIÑO SALVADOREÑO (IGNACIO MARTÍN-BARÓ).....	35
<i>El trauma psicosocial</i>	35
<i>La infancia y la guerra</i>	37
<i>Los hijos de la guerra salvadoreña</i>	38
<i>Conclusión</i>	39
UNA INFANCIA A LA SOMBRA DE LA GUERRA. ESTUDIO PSICOLÓGICO DE LAS ACTITUDES Y VIDA EMOCIONAL DE LOS NIÑOS ISRAELÍES Y PALESTINOS (RAIJA-LEENA PUNAMÄKI)	39
<i>Impacto de la guerra y de la violencia en la salud mental de los niños</i>	39
<i>Impacto de la guerra y violencia en el desarrollo emocional de los niños</i>	40
<i>La agresión en el estado de guerra</i>	40
<i>El miedo infantil en una situación de guerra</i>	41
<i>Los niños israelíes y palestinos</i>	41

DENTRO Y FUERA DE LA CÁRCEL: EL PROBLEMA DE CONQUISTAR LA LIBERTAD (DAVID BECKER & JUANA KOVALSKYS)	42
<i>Introducción</i>	42
<i>La liberación: una experiencia traumática</i>	42
<i>El espacio grupal: una respuesta reparatoria</i>	44
<i>Comentarios finales</i>	45
PSICOPATOLOGÍA Y PROCESO PSICOTERAPÉUTICO DE SITUACIONES POLÍTICAS TRAUMÁTICAS (D. BECKER, M ^a I. CASTILLO, E. GOMEZ, J. KOVALSKYS & E. LIRA)	46
<i>Psicopatología observada en traumatizaciones extremas producidas por la represión política</i>	46
<i>Proceso terapéutico. Vínculo terapéutico - vínculo comprometido</i>	48
4. TERAPIA PARA LOS TRAUMAS DE GUERRA	53
LA RECONSTRUCCIÓN DEL SÍ MISMO TRAUMATIZADO POR LA TORTURA. EL PROCESO TERAPÉUTICO (J. BARUDY, D. PAEZ, J.MARTENS & GRUPO TERAPIA COLAT)	53
<i>El proceso terapéutico: la recuperación del sí mismo cuestionado y debilitado</i>	53
PSICOTERAPIA CON VÍCTIMAS DE LA TORTURA (AGUSTO MURILLO PERDOMO)	56
<i>Efectos psicopatológicos de la tortura</i>	57
<i>Hacia una metodología de intervención psicoterapéutica con los ex torturados: la reconstrucción del sí mismo</i>	58
LA SOCIEDAD CON DESAPARECIDOS (LÍA RICÓN)	61
<i>Las situaciones concretas</i>	62
<i>La práctica psicoanalítica</i>	62
LA DESAPARICIÓN: SU REPERCUSIÓN EN EL INDIVIDUO Y EN LA SOCIEDAD (M ^a L. PELENTO & J. BRAUN DE DUNAYEVICH)	62
MUERTE Y DUELO: LOS FAMILIARES DE EJECUTADOS Y SU PSICOTERAPIA (D. BECKER, M ^a I. CASTILLO, E. GOMEZ Y S. SALAMOVICH)	65
<i>Descripción fenomenológica del daño en familiares de ejecutados</i>	65
<i>Algunas reflexiones sobre los procesos de duelo</i>	67
<i>Dinámicas psíquicas en el proceso de duelo alterado en los familiares de los ejecutados</i>	69
<i>Proceso terapéutico en los familiares de los ejecutados</i>	72
<i>Intervenciones grupales frente a los duelos masivos</i>	73
5. EXILIADOS Y REFUGIADOS	75
EFFECTOS PSICOLÓGICOS DEL EXILIO Y DEL RETORNO (ANA GOLDBERG)	75
<i>Todos somos afectados</i>	75
<i>Proyecto de cura</i>	75
PROBLEMAS PSICOLÓGICOS DE LOS REFUGIADOS SALVADOREÑOS EN CALIFORNIA (ADRIANNE ARON)	76
<i>La represión y la destrucción de la identidad personal</i>	76
<i>Los trastornos del stress post-traumático</i>	77
<i>El rechazo y destrucción de la esperanza</i>	78
<i>La adaptación normal frente a la adaptación subsiguiente al trauma</i>	78
<i>La recuperación de la esperanza</i>	79
<i>Problemática psicológica del retornado del exilio en Chile. Algunas orientaciones psicoterapéuticas (Eugenia Weinstein)</i>	80
<i>Procesos subjetivos determinantes en el reencuentro con la propia patria</i>	82
<i>Algunas orientaciones acerca de la psicoterapia con retornados del exilio</i>	83
JÓVENES CHILENOS QUE RETORNAN: PERSPECTIVAS DE UNA REPARACIÓN GRUPAL (M. ISABEL CASTILLO & ELENA GÓMEZ)	86
<i>Exilio y retorno</i>	86
<i>Los jóvenes que vuelven</i>	86
<i>Adolescentes e identidad</i>	86
<i>Pérdidas y separaciones</i>	87
<i>Otra vez, extranjeros...</i>	87
<i>El futuro</i>	88
<i>El proceso psicoterapéutico</i>	88
<i>La depresión en el adolescente que retorna</i>	88
<i>Temores y miedos</i>	89
<i>Rol de los terapeutas</i>	89
<i>Recursos terapéuticos utilizados</i>	90
<i>Carta a un amigo, escrita por un joven retornado</i>	91

1. EL IMPACTO PSICOSOCIAL DE LA GUERRA.

Guerra y Salud Mental. (Ignacio Martín-Baró)

El problema de la salud mental (SM) debe ubicarse en el contexto histórico en donde cada individuo elabora y realiza su existencia en las telarañas de las relaciones sociales.

Esta perspectiva permite apreciar el impacto que sobre la SM de un pueblo pueden tener aquellos acontecimientos que afectan las relaciones humanas. Entre estos, es sin duda la guerra el que causa los efectos más profundos por lo que tiene de crisis socioeconómica y de catástrofe y por lo que arrastra de irracionalidad y deshumanización.

No se puede asumir que la guerra tenga un efecto uniforme en la población, el análisis debe hacerse de acuerdo a las siguientes coordenadas: la clase social, el involucramiento en el conflicto y la temporalidad.

La clase social: quienes día tras día mueren en los frentes de batalla pertenecen en su gran mayoría a los sectores más humildes de la sociedad, en donde se alimenta discriminatoriamente la leva militar. Los sectores más pobres son además más brutalmente golpeados por el alza en el costo de la vida, por el creciente desempleo y por el empeoramiento en la asistencia sanitaria, deterioros que se suman a una situación socioeconómica ya muy crítica. Esto no significa que los sectores medios o altos de la sociedad no reciban el impacto de la guerra, aunque en grados cuantitativamente mucho menores.

El involucramiento de los grupos y personas en la guerra misma: Conviene diferenciar entre los posibles efectos entre aquellos que han participado en los combates y quienes han sufrido como civiles. Los efectos del soldado primero fueron calificados como “neurosis de guerra”, después como “cansancio de combate” y finalmente como “reacción al stress”. También son conocidos los problemas que enfrenta el soldado para readaptarse a la vida normal, en especial cuando la guerra lo ha dejado lisiado o disminuido de por vida. Todo ello afecta la SM no sólo de los soldados mismos, sino de sus familiares y vecinos.

Los efectos sobre la población civil también son importantes: la experiencia de vulnerabilidad y de peligro, de indefensión y de terror, pueden marcar en profundidad el psiquismo de las personas, en particular de los niños. El espectáculo de violaciones o torturas, de asesinatos o ejecuciones masivas, de bombardeos y arrasamiento de poblados enteros es casi por necesidad traumatizante.

El prototipo de la población civil afectada por la guerra lo constituyen los grupos de desplazados y refugiados, en su mayoría ancianos, mujeres y niños. Es difícil pensar que la experiencia del desplazamiento no dejará huella alguna en el psiquismo de las personas, en particular de las más débiles o inmaduras.

La temporalidad: Debemos distinguir entre los efectos inmediatos y otros que se pueden esperar a mediano y largo plazo. Por supuesto en la medida en que la guerra se prolongue los efectos serán más profundos. El llamado “síndrome del refugio” tiene un primer período de incubación en el cual la persona no manifiesta mayores trastornos, cuando empieza a rehacer su vida y su normalidad cuando la experiencia bélica pasa su factura crítica. El grupo que más debe reclamar nuestra atención es el de los niños, aquellos que se encuentran construyendo su identidad y su horizonte en la vida del tejido de nuestras relaciones sociales actuales. Son verdaderos “hijos de la guerra” y a nosotros nos corresponde la difícil tarea de cuidar que no estructuren su personalidad mediante el aprendizaje de la violencia, de la irracionalidad y de la mentira.

La SM debe entenderse en términos más positivos y amplios: no se trata de un funcionamiento satisfactorio del individuo; se trata de un carácter básico de las relaciones humanas que define las posibilidades de humanización que se abren para los miembros de cada sociedad y grupo. La SM constituye una dimensión de las relaciones entre las personas y grupos más que un estado individual. No se trata de simplificar un problema tan complejo como el de la SM negando su enraizamiento personal y por evitar un reduccionismo individual, incurrir en un reduccionismo social.

Desde esta perspectiva, bien puede ser que un trastorno psíquico constituya un modo anormal de reaccionar frente a una situación normal, bien puede ocurrir también que se trate de una reacción normal a una situación anormal.

Una sociedad donde se vuelve habitual el uso de la violencia para resolver los mismos problemas grandes que pequeños, es una sociedad donde las relaciones humanas están larvadas de raíz.

Aunque parezca paradójico, no todos los efectos de la guerra son negativos. Se ha podido verificar que los períodos de crisis social desencadenan reacciones favorables en ciertos sectores de la población; enfrentados a “situaciones límite”, hay quienes sacan a relucir recursos de los que ni ellos mismos eran conscientes o se replantean su existencia de cara a un horizonte nuevo, más realista y humanizador.

Debemos esforzarnos por buscar aquellos modelos teóricos y aquellos métodos de intervención que nos permitan, como comunidad y como personas, romper con esa cultura de nuestras relaciones sociales viciadas y sustituirlas por otras relaciones más humanizadoras.

No se puede separar la SM del orden social. Hay una tarea urgentísima de educación para la SM, y que consiste no tanto en enseñar técnicas de relajación o formas nuevas de comunicación, por importante que estos objetivos puedan ser, cuanto en formar y socializar para que los deseos de la población se ajusten a sus necesidades.

Guerra y Deshumanización: una perspectiva psicosocial (Joaquín Samayoa) en relación a la guerra de El Salvador

Introducción

Si bien no debe perderse de vista en ningún momento que la paz será necesariamente un resultado de la combinación de condicionamientos históricos y voluntades políticas, tampoco debe ignorarse que tras las voluntades políticas están no sólo intereses locales objetivamente contrapuestos, e intereses foráneos de dominación política y económica, sino también voluntades sociales y personales.

La deshumanización en sus formas más evidentes que son el asesinato político y la tortura no es un mero resultado accidental de la guerra, sino un recurso que ha ocupado un lugar central en la estrategia de contrainsurgencia. El mismo hecho de matar, aunque sea en combate y por una causa que es o se cree justa, es también deshumanizante, sobre todo cuando llega a verse con indiferencia o, peor aún, con complacencia. Pero hay todavía otras formas de deshumanización más sutiles, aunque no por eso menos reales y perniciosas, como es la pérdida total de aprecio por la verdad en el afán de desarrollar o mantener una dominación ideológica, o la corrupción que se genera en una situación de aguda crisis económica y de caos institucional.

Sin lugar a dudas, una humanización más plena exige una terminación civilizada de la guerra, pero para lograr terminar la guerra es necesario rescatar primero un mínimo de humanismo en el mayor número posible del ciudadanos. (Guerra civil).

La hipótesis de la deshumanización

Formulación de una hipótesis doble en cuanto a la guerra en El Salvador:

- La guerra ha exigido importantes modificaciones en los esquemas cognoscitivos y en los patrones de conducta de una parte considerable de la población.
- En la mayoría de los casos, tales modificaciones han supuesto un empobrecimiento de atributos y valores específicamente humanos y, consiguientemente, han dado lugar a un marcado deterioro de la convivencia social.

En el presente trabajo la noción de deshumanización se limita al fenómeno de pérdida o empobrecimiento de los siguientes atributos humanos:

- a) capacidad de pensar lúcidamente, con lo que ello implica de identificación y superación de temores irracionales, prejuicios y todo aquello imponga desde dentro de las personas una relación predominantemente defensiva (en sentido psicodinámico) con el mundo.
- b) voluntad y capacidad de comunicarse con veracidad y eficacia, con lo que ello implica de libertad, honestidad, flexibilidad, tolerancia y respeto.
- c) sensibilidad ante el sufrimiento y sentido solidario.

d) esperanza.

La hipótesis de la deshumanización considerablemente generalizada no excluye la posibilidad del proceso contrario en un conjunto más reducido de personas. Que el resultado haya sido uno u otro depende de la combinación de diversos factores personales, situacionales y circunstanciales.

El jugarse la vida, o la buena vida, es sólo la base de lo aquí se llama “correlato psicosocial de la guerra”. En un segundo nivel de elaboración, ese conjunto de fenómenos psicosociales se configura en torno a la tenencia o carencia de propósitos. Y dentro de este ámbito se observa una gran heterogeneidad. De parte de quienes dirigen la guerra en sus diversas modalidades, el propósito predominante es político y está vinculado a intereses de clase objetivamente contrapuestos. Para quienes participan en la guerra (esporádica o regularmente) desde posiciones de subordinación, el propósito también puede ser político (incluso con grados de lucidez y convicción comparables a los de los dirigentes) pero en muchos casos el propósito es de otra índole: autodefensa, venganza, subsistencia material, oportunismo económico, etc. Finalmente abundan también quienes meramente padecen la guerra sin propósito alguno. Conviene aclarar que los propósitos son en algunos casos el fundamento mismo de la conducta bélica, mientras que en muchos casos se trata más bien de una intencionalidad meramente congruente con la guerra, que ha ido surgiendo en el intento de adaptarse a una situación impuesta. Interesa destacar que este ámbito de la intencionalidad y el sentido de las acciones determina importantes diferenciaciones (frecuentemente ignoradas por diversas formas de reduccionismo analítico) en los procesos psicosociales asociados a la guerra.

En el contexto de la guerra, la búsqueda y mantenimiento de propósitos válidos supone la confluencia de lo psicológico, lo ideológico y lo político. En otras palabras, el problema del sentido implica necesariamente una múltiple referencia (no siempre consciente) a la guerra como realidad dominante e ineludible. El problema se lo plantean las personas (e intentan resolverlo) desde una condición básica de inseguridad y angustia mediante un esfuerzo cognoscitivo-valorativo. Pero tanto el conocimiento como la interpretación de la realidad se encuentran constreñidos por serias limitaciones en el acceso a información completa y objetiva, así como por predisposiciones grupales (ideológicas) para seleccionar, articular y valorar de determinada manera (con exclusión de otras maneras) los datos “disponibles”. Tal esfuerzo por conocer la realidad para ubicarse y actuar justificadamente en ella se ve también condicionado por el impacto afectivo de experiencias personales y por la anticipación de situaciones más o menos probables.

La negativa rotunda al diálogo de parte de algunos sectores es un síntoma inequívoco de profunda inseguridad y miedo a ver desnuda la sinrazón de sus razones.

En la búsqueda de sentido convergen también lo colectivo y lo individual.

Desde el punto de vista social, lo problemático estriba en el grado de generalización de los patrones aberrantes de pensamiento y conducta a cantidades considerables de individuos, especialmente cuando éstos tienen poder de derecho o de hecho para afectar gravemente el destino de toda la sociedad.

Los patrones más relevantes de pensamiento y conducta social son los siguientes:

a) Desatención selectiva y aferramiento a prejuicios.

Los prejuicios son representaciones distorsionadas de la realidad que se constituyen con anterioridad a la experiencia o por generalización injustificada de experiencias muy particulares, y restringen considerablemente la amplitud y significación de toda experiencia ulterior relativa a la realidad que es objeto de prejuicio. Los prejuicios cumplen una función defensiva contra temores y reflejan la incapacidad mental y/o emocional para lidiar con las complejidades y contradicciones de la realidad, o con aquello que amenace un sentido de seguridad asentado sobre valores que se consideran absolutos e inmutables. Una vez instalados, los prejuicios funcionan como filtros en la percepción de la realidad, de forma que se tiende a ignorar o distorsionar todo lo que no encaja en los esquemas mentales preconcebidos, todo lo que cuestiona una determinada visión del mundo. Los prejuicios se van reforzando a sí mismo y tienden a dominar la percepción, el pensamiento, las actitudes, la conducta y, consiguientemente, la vida social.

El prejuicio racial, por ejemplo, supone la adopción de una posición invariable en la controversia naturaleza-ambiente. El resultado es una negación (conveniente) de la incidencia de factores económicos y sociales en lo que es o se considera (a veces causa del mismo prejuicio) inferior o indeseable. El sostenimiento del prejuicio requiere de una negativa para reconocer y analizar evidencias contrarias a la tesis de superioridad natural de una determinada raza. Lo mismo ocurre con los prejuicios sociales y políticos, con el agravante, en situaciones de crisis profunda, de

que los temores al cambio suelen ser muy hondos y, consiguientemente, la intensidad y perversidad de los prejuicios se acrecienta.

Quienes han decidido, ejecutado o encubierto torturas y asesinatos necesitan mantener los prejuicios que degradan a sus víctimas y, necesitan asimismo socializar esos prejuicios.

En el contexto de la guerra, el que algunas personas tengan ciertos prejuicios frecuentemente significa que otras deban morir o abstenerse totalmente de expresar sus puntos de vista y de actuar conforme a sus convicciones. Se menoscaban el respeto y la tolerancia que requiere la convivencia social, especialmente si existen aspiraciones y pretensiones de vida democrática. Significa una entronización de la desconfianza y la violencia en todas sus manifestaciones. Esto es inhumano y deshumanizante.

b) Absolutización, Idealización y Rigidez Ideológica.

El patrón rigidez ideológica está también vinculado a la dificultad de aprehender complejidades y de aceptar la relatividad de los valores. Este patrón consiste en una absolutización de criterios valorativos y esquemas interpretativos de la realidad política y social, y con frecuencia acarrea también una idealización de organizaciones, dirigentes y estrategias de acción. Se observa con mayor frecuencia en quienes han asumido un alto grado de compromiso con una determinada agrupación o planteamiento político-militar, y tiende a ser tanto más dominante cuanto más débil es la racionalidad ética y política que se está defendiendo, o cuando mayor es el desconocimiento que se tiene acerca de tal racionalidad cuando ésta es intrínsecamente coherente. Desde el punto de vista cognitivo, la rigidez es indicativa de bajos niveles de desarrollo intelectual y moral. Desde el punto de vista dinámico, la rigidez es una defensa contra inseguridades y temores, resultante de una educación autoritaria y en otros de ambientes familiares, escolares, y sociales caóticos.

En el contexto de una guerra en la que, por un lado, se exaltan valores como la lealtad a una causa, la solidez en el compromiso de lucha y, por otro, se exageran los temores y las desconfianzas, privándose además a las personas del acceso a informaciones veraces y objetivas, no es de extrañar que vaya dándose un proceso de polarización ideológica que implica un creciente anquilosamiento de ideas y valores. A esto contribuye grandemente la negación de toda posibilidad de surgimiento de un centro político, bien sea por la eliminación física o la intimidación exitosa de las personas que podrían sustentarlo, o por la manipulación desde las posiciones de poder de las regulaciones jurídicas y los mecanismos institucionales que favorecerían la consolidación de dicho centro. Cualquiera sea el origen de la rigidez (como fenómeno colectivo) o el signo ideológico de las posiciones que se defienden rígidamente, el resultado es una creciente incapacidad para comunicarse con quienes piensan diferente (dentro o fuera del propio bando). Esta situación de incomunicación invariable conduce al falseamiento de los compromisos políticos, al cierre de alternativas y al reforzamiento de la convicción de que la violencia y el autoritarismo son realmente las únicas formas de dirimir los conflictos políticos. Y bien podría ser que la metástasis comunicativa haya rebasado en El Salvador la esfera política permeando también las relaciones sociales a todo nivel.

c) Escepticismo Evasivo.

Hay quienes (lamentablemente demasiados) sustentan una postura vestida de realismo pero en el fondo profundamente escéptica. Se trata de una postura que no resulta de un análisis lúcido de realidad y de las posibilidades, sino más bien del aferramiento a prejuicios que tienden a situar las posibilidades de solución de manera exclusiva en factores que escapan enteramente al control de los salvadoreños, o bien tiende a invalidar por igual las razones y a menospreciar por igual la capacidad de las partes contendientes.

El escepticismo es en muchísimo casos una mera forma de evasión de parte de un compromiso ético o político, o de parte de quienes, habiéndolo intentado, creen haber fracasado. En ello incurren quienes se niegan a un examen serio de la viabilidad y conveniencia social de las muchas iniciativas y propuestas que se han dado para solucionar el problema de la guerra, y también quienes cierran los ojos a la gravedad misma de la guerra.

El escepticismo evasivo sería solamente una falta de omisión de por sí grave si consigo no trajera un conjunto de actitudes consistentes con la valoración escéptica. La insensibilidad frente al sufrimiento, el negativismo infeccioso, el oportunismo, la corrupción, el desprecio por la vida y la acentuación del individualismo, se han vuelto un mal endémico, principalmente entre las capas medias de la sociedad salvadoreña.

d) Defensividad Paranoide.

En una guerra como la de El Salvador abundan las situaciones objetivamente amenazantes y es también demasiado grande la confusión y la incertidumbre como para distinguir fácilmente la manera y medida en que algo es

realmente una amenaza. Esta circunstancia propicia el desarrollo de patrones de conducta de tipo paranoide, las cuales suponen siempre un alto grado de distorsión de la realidad objetiva. Los delirios de grandeza y el mesianismo, que todos hemos visto encarnados en más de una figura pública, son manifestaciones típicas de niveles avanzados de paranoidismo.

La desconfianza y el temor dan lugar a formas de relación predominantemente defensivas, entre las que cabe destacar la agresividad verbal que caracteriza la discusión sobre los aumentos de interés nacional, así como la alta incidencia de violencia física en relaciones personales y sociales, incluyendo aquéllas cuyo contenido no está asociado a la lucha ideológica.

e) Sentimientos de odio y venganza.

La disminución de la calidad humana también ha ocurrido como resultado del agotamiento en algunas de las personas que se han entregado de diversas maneras y desde distintas posiciones a buscar una solución genuina al problema de la guerra. Son personas que se han mantenido en contacto con el sufrimiento ocasionado por la guerra; en contacto con los pobres, que son siempre los más duramente golpeados. Son personas que han asumido toda clase de riesgos y privaciones sin mucha oportunidad de descanso y recreación a lo largo de todos estos años. En la mayoría de estos casos, el cansancio y las tensiones acumuladas se suman a experiencias traumáticas de persecución, tortura, separación y muerte violenta de seres queridos, bombardeos, etc. A ello se añaden también inmensas frustraciones frente a la insensibilidad y cerrazón de los que detentan el poder. Todo esto va dejando huellas profundas y conduce casi inevitablemente al endurecimiento de los corazones, agregando un elemento de vengatividad a aspiraciones de justicia que son por lo demás enteramente legítimas. Debe reconocerse sin moralismos abstractos que en muchas de estas situaciones el odio es una reacción comprensible y muy humana, sin embargo, también debe reconocerse que el odio, siendo humano, es paradójicamente un sentimiento deshumanizante.

El papel de los medios de comunicación

En toda guerra, “el enemigo” llega a ser, aunque no siempre de manera explícita, la referencia más fundamental de buena parte del quehacer social. Todo un esfuerzo de guerra está orientado directa o indirectamente a derrotar al enemigo. Pero la noción de enemigo amerita un examen más detenido en el caso de las guerras revolucionarias (o de contrainsurgencia). En estas situaciones, el enemigo no es tal únicamente en el plano de la confrontación armada, y consiguientemente, no siempre puede ser identificado con entera claridad por ninguna de las partes contendientes. Lo que ocurre es que una considerable parte del esfuerzo ideativo de la sociedad, inducido por los grupos que pugnan por el poder está dirigido a la creación y reforzamiento de definiciones que puedan ser ampliamente aceptadas y utilizadas tanto para justificar y promover ciertas formas de agresión contra él. Quién es enemigo de quién y de qué manera lo es, son preguntas cuya respuesta en muchos casos tiene menos que ver con realidades objetivas que con construcciones mentales elaboradas mediante una calculada manipulación de la realidad.

La ambivalencia y la confusión son explotadas mediante la propaganda, uno de cuyos objetivos es precisamente disipar confusiones de la manera más rápida y simple posible, a fin de reforzar las identificaciones ya logradas y de ganar adeptos entre la población vacilante. En toda guerra, la propaganda es crucial y toda propaganda parcializa y distorsional la realidad. Por lo que toca al enemigo en una situación bélica, queda completamente fuera de lugar en la propaganda reconocerle atributo positivo alguno. El enemigo es invariablemente representado como absoluta negatividad; insensible, cruel, irracional, malintencionado, falaz; en una palabra, inhumano. En el caso de las guerras revolucionarias (o de contrainsurgencia) la propaganda completa el perfil del enemigo con atributos que exponen sus presunta oposición a los valores propios de la cultura política de cada una de las partes contendientes. Y, por supuesto, el enemigo es el único responsable de que haya habido y continúe habiendo guerra, el blanco-o-negro, con lo que implica de simplificación y distorsión de personas, grupos y planteamientos políticos, cumple la función de ayudar a las personas a superar sus ambivalencias de manera conveniente a los intereses de quienes generan y tratan de imponer este tipo de representaciones mentales.

Pero no es la propaganda que se presenta formalmente como tal la que aquí más interesa. Por lo que toca a la dimensión comunicativa del fenómeno, la eficacia en la construcción social de las definiciones relativas a la guerra no se asienta sólo ni parcialmente en discursos, panfletos y espacios pagados. Lo que más impacto tiene en la formación de una determinada visión de la realidad es lo que pasa por información y educación, con su apariencia de imparcialidad y objetividad.

Educación y Desideologización

No debe perderse de vista que en la formación social de las representaciones mentales no intervienen únicamente los medios de comunicación. Otras instituciones son en muchas instancias responsables de lo que los medios comunican y aquéllas tienen además otras formas de imponer determinadas visiones de la realidad, no sólo a través de lo que expresan, sino también mediante lo que dejan de expresar y, en general, mediante toda una praxis social.

Cabe pensar que la liberación de la razón es una condición necesaria para el rescate de los demás atributos humanos y, en definitiva, para alcanzar la paz.

Existe también la posibilidad de descubrir y aprender formas diferentes, menos desgastantes y más constructivas para la persona y la sociedad, de situarse y actuar en el contexto de la guerra. Pero alcanzar estos objetivos de manera suficientemente generalizada como para revertir en beneficio de la paz la dirección de los esfuerzos colectivos, requiere de un esfuerzo serio y creativo de re-educación social. Sólo así podrán encontrar las iniciativas políticas pacificadoras el respaldo social que necesitan para prosperar en medio de tanta condición adversa.

Debemos tomar conciencia de las predisposiciones ideológicas que condicionan la percepción misma de los hechos y, con ella, las ideas, las actitudes y la conducta. Supone aprender a analizar críticamente la información de que se dispone y aprender a buscar la información que los medios dominantes de difusión generalmente ocultan. Supone adquirir los conocimientos necesarios para superar el simplismo y toda forma de reduccionismo en la interpretación de la realidad nacional. Supone, además, desarrollar la capacidad para comprender los propios temores, frustraciones y deseos, y la forma cómo estos intervienen en la valoración que hacemos de la situación política, económica y social. Todos éstos son objetivos que involucran predominantemente la capacidad de pensar. Simultáneamente deben potenciarse otras facultades más de índole afectiva, como la capacidad de empatía, la sensibilidad ante el sufrimiento de gente desconocida, la disponibilidad para conceder a otros siquiera el beneficio de la duda antes de conocer y valorar adecuadamente sus ideas y acciones. Vinculadas al desarrollo cognitivo y afectivo, tenemos también objetivos educacionales relativos al desarrollo moral. Hablamos del discernimiento sobre los medios y fines, el respeto irrestricto de la vida y demás derechos fundamentales del hombre, una actitud respetuosa, pero flexible frente a leyes y normas, buscando dar plena vigencia al espíritu de las mismas siempre que tengan legitimidad por ser consistentes con el bien de las mayorías e instrumentales de la mejor manera posible para alcanzar ese bien.

Es factible lograr que un número considerable de gente modifique sus patrones de pensamiento y acción suficientemente como para poner al conglomerado social en una dinámica de búsqueda de soluciones viables y civilizadas para la guerra y para toda la secuela de problemas que la guerra ha ido dejando. Un esfuerzo educativo en la dirección aquí señalada se vería potenciado por propuestas políticas que tengan los mismos atributos que se desea propiciar en las personas y los grupos, es decir, flexibilidad, viabilidad, reconocimiento de los niveles reales de legitimidad que puedan tener los planteamientos de las diversas organizaciones políticas y sociales, incluidas las minoritarias; capacidad para renunciar a ideas reñidas con la voluntad y el bien de las mayorías, sensibilidad frente al sufrimiento, etc. Todo ello implica unos mínimos de desideologización de la educación y de la política.

La violencia política y la guerra como causas del trauma psicosocial en El Salvador (Ignacio Martín Baró)

Hay un aspecto de la guerra de gran importancia que debe ser analizado por la psicología social: su carácter definidor del todo social. Por su propia dinámica, una guerra tiende a convertirse en el fenómeno más englobante de la realidad de un país, el proceso dominante al que tienen que supeditarse los demás procesos sociales, económicos, políticos y culturales, y que, de manera directa o indirecta, afecta a todos los miembros de una sociedad.

Ese mismo carácter absorbente de la guerra puede llevar a ignorar la manera diferencial como afecta a los grupos y personas: lo que para unos representa la ruina supone para otros un gran negocio, y lo que a ciertos grupos pone al borde de la muerte a otros abre la posibilidad de una nueva vida. Una es la guerra que tiene que sufrir en carne propia el campesino y otra muy distinta la que en sus pantallas de televisión contempla el burgués industrial.

El trauma psicosocial

Etimológicamente, trauma significa herida. En psicología se suele hablar de trauma para referirse a una vivencia o experiencia que afecta de tal manera a la persona que la deja marcada, es decir, deja en ella un residuo permanente. Se entiende que este residuo es negativo, que se trata de una herida, de una huella desfavorable para la vida de la persona.

Por lo general, se califica como trauma psíquico la particular herida que una experiencia difícil o excepcional (la muerte de un ser querido, una situación de particular tensión o sufrimiento, algún hecho dolorosamente frustrante) deja en una persona concreta. A veces, y en sentido ya más análogo, se utiliza el término trauma social para referirse a cómo algún proceso histórico puede haber dejado afectada a toda una población, por ejemplo es el caso del pueblo alemán y del pueblo judío tras la experiencia de la “solución final”.

Aquí se utiliza el término nada usual de “trauma psicosocial” para enfatizar el carácter esencialmente dialéctico de la herida causada por la vivencia prolongada de una guerra como la que se da en El Salvador. La herida o afectación dependerá de la peculiar vivencia de cada individuo, vivencia condicionada por su extracción social, por su grado de participación en el conflicto así como por otras características de su personalidad y experiencia. (Ver Martín Baró, 1984, págs. 509-511) El sufrimiento que acarrea la guerra ofrece incluso a algunas personas la oportunidad de crecer humanamente. Monseñor Romero no es más que el caso mejor conocido de otros muchos salvadoreños a los que la guerra les ha dado la oportunidad de desarrollar excepcionales virtudes humanas de limpio altruismo y amor solidario.

Al hablar de trauma psicosocial se quieren subrayar también otros dos aspectos, que con frecuencia tienden a olvidarse:

- a) que la herida que afecta a las personas ha sido producida socialmente, es decir, que sus raíces no se encuentran en el individuo, sino en su sociedad.
- b) que su misma naturaleza se alimenta y mantiene en la relación entre el individuo y la sociedad, a través de diversas mediaciones institucionales, grupales e incluso individuales. Lo cual tiene obvias e importantes consecuencias a la hora de determinar qué debe hacerse para superar estos traumas.

El trauma psicosocial como deshumanización

Joaquín Samayoa (1987, págs 215) mantiene que los cambios cognoscitivos y comportamentales ocasionados por la guerra acarrearán un proceso de deshumanización, entendido como el empobrecimiento de cuatro importantes capacidades del ser humano:

- a) su capacidad de pensar lúcidamente
- b) su capacidad de comunicarse con veracidad
- c) su sensibilidad frente al sufrimiento ajeno
- d) su esperanza.

Samayoa considera que los cambios cognoscitivos y comportamentales ocasionados por la necesidad de adaptarse a la guerra y que precipitarían la deshumanización de las personas son cinco: (comentados anteriormente)

- a) La desatención selectiva y el aferramiento a prejuicios
- b) La absolutización, idealización y rigidez ideológica
- c) Es escepticismo evasivo
- d) El odio y deseo de venganza
- e) La defensa paranoide.

A la hora de examinar cómo surgen y se van configurando estos esquemas cognoscitivos y comportamentales, Samayoa señala tres dinanismos adaptativos o de supervivencia:

- a) la inseguridad frente al propio destino
- b) la carencia de propósito y aún de sentido en lo que se tiene que hacer
- c) la necesidad de vinculación o pertenencia personal a algún grupo.

Un línea distinta de pensamiento ha sido desarrollada desde su experiencia psicoterapéutica en Chile por el grupo encabezado por Elizabeth Lira (1985-1986). Según este grupo, una situación de terrorismo estatal como la que se vivía en el Chile de Pinochet provoca en las personas un estado de miedo y, aunque el miedo es una vivencia subjetiva y hasta cierto punto privada, “al producirse simultáneamente en miles de personas en una sociedad, adquiere una relevancia insospechada en la conducta social y política”.

Cuatro serían según este grupo de psicólogos las principales características psicológicas de los procesos desencadenados por el miedo:

1. la sensación de vulnerabilidad
2. un estado exacerbado de alerta
3. el sentimiento de impotencia o pérdida de control sobre la propia vida
4. una alteración del sentido de realidad, al volverse imposible validar objetivamente las propias experiencias y conocimientos.

Los planteamientos de Samayoa y del grupo chileno son complementarios: mientras en un caso se subraya el papel de los aspectos cognoscitivos y comportamentales, en el otro se enfatiza la mediación de un elemento afectivo, el miedo. Nos encontramos así con los tres constitutivos clásicos del análisis psicológico: el conocimiento, el afecto y el comportamiento, que algunos sustituyen por la volición.

Conviene señalar las limitaciones de ambos modelos. En el caso de los chilenos, es claro que su análisis se reduce a aquellos sectores de la población que han constituido el blanco de la represión pinochetista; quedarían, por tanto, excluidos los sectores de la población favorables a Pinochet, quienes más que miedo habrían experimentado frecuentemente satisfacción y seguridad con una política que garantizaba su dominio de clase.

El enfoque de Samayoa es más amplio, y en principio, puede aplicarse a todos los sectores de la población, ya que todos tienen que adaptarse a las nuevas circunstancias históricas. Pero es precisamente ese papel tan nuclear atribuido a la adaptación lo que encuentro insatisfactorio de este enfoque. Parecería que los grupos y personas son externos a la situación de guerra, a la que se verían obligados a adaptarse. Se trataría, entonces, de una concepción fundamentalmente respondiente y aun pasiva de las personas frente a las realidades históricas. Por el contrario, los datos llevan a afirmar el papel esencial y activo que desempeñan los grupos y personas como sujetos de la historia, por más alienadamente que la vivan. Si duda, para muchos salvadoreños la guerra es algo que se les impone; pero para no pocos la guerra es algo que ellos mismos contribuyen a propiciar y desarrollar y, por consiguiente, mal se entiende su participación en esos procesos si se la mira desde una perspectiva simplemente adaptacionista. Probablemente, Samayoa no pretende negar esto, pero su modelo arrastra esa limitación o, por lo menos, deja abierta esa ambigüedad.

Cristalización de relaciones sociales

Cada persona será afectada de acuerdo a su particular ubicación social y a su concreta manera de participar en los procesos de la guerra.

En primer lugar, creemos que las diversas formas de somatización constituyen el enraizamiento corporal de la polarización social. No se afirma que todo procesos de polarización acabe echando raíces en el organismo ni que todo trastorno psicosomático deba atribuirse a la vivencia de polarización bélica; lo que se dice es que la experiencia aguda de la polarización puede enraizarse y con frecuencia lo hace en el propio cuerpo. Los grupos y personas más propensas a experimentar este tipo de trastornos son aquellos que son atenazados por el desgarrón de la polarización: los habitantes de lugares que pasan continuamente del control de un bando al del otro, o aquellos que son sometidos a un intenso bombardeo ideológico por una u otra parte sin poder afirmar la propia opción, e incluso aquellos que tienen que forzarse a sí mismos a asumir posturas extremas y rígidas en favor de su grupo. Al desquiciamiento social corresponde el desquiciamiento personal y aun somático, hasta llegar a formas complejas de alienación psicóticas observadas en algunos jóvenes de poblaciones conflictivas.

En segundo lugar, el clima imperante de mentira permea negativamente los fundamentos de la identidad de las personas, y ello de diversos modos. Ante todo, porque la obnubilación de la realidad genera un desconyuntamiento esquizoide entre las vivencias subjetivas y la vida social, que no ofrece un campo para la formalización validadora del propio conocimiento o, en el mejor de los casos, lo refiere a un círculo social excesivamente restringido. A esta dificultad de formalización validante corresponde tanto el sentimiento de inseguridad sobre lo que se piensa como el escepticismo frente a las diversas opciones sociales y políticas.

Lira y sus colegas han analizado con claridad los problemas de identidad derivados de la imposibilidad de organizar la vida de acuerdo con los propios valores políticos cuando estos valores son contrarios al régimen establecido.

Finalmente, la militarización de la vida social puede ocasionar una progresiva militarización de la mente. No parece haber muchas dudas que la violencia casi compulsiva que se apodera de las relaciones interpersonales, incluso las más íntimas, así como la destructividad sociópata que ponen de manifiesto algunos miembros o ex-miembros de las fuerzas militares, están intrínsecamente relacionadas con la preponderancia creciente de las formas de pensar, sentir y actuar militares en la vida social. El aspecto más grave de esta militarización psicosocial se da cuando se convierte en forma normal de ser, transmitida por los procesos de socialización, como ocurre en los niños que ingenuamente afirman que para acabar con la pobreza hay que matar a todos los pobres.

Conclusión: la tarea psicosocial

La prolongación indefinida de la guerra supone la normalización de este tipo de relaciones sociales deshumanizantes cuyo impacto en las personas va desde el desgarramiento somático hasta la estructuración mental, pasando por el debilitamiento de la personalidad que no encuentra la posibilidad de afirmar con autenticidad su propia identidad. No se pueden entender entonces las crisis orgánicas sin su referente de tensión polarizadora, como no se comprende la inhibición sociopolítica sino frente al clima de mentira institucionalizada o el estereotipamiento ideológico frente a la militarización de la vida social. A su vez, las personas que se van formando en este contexto, van a asumir como connatural el desprecio por la vida humana, la ley del más fuerte como criterio social y la corrupción como estilo de vida, precipitando así un grave círculo vicioso que tiende a perpetuar la guerra tanto objetiva como subjetivamente.

A todas luces aparece la insuficiencia de la psicoterapia, individual y grupal, entendida como un proceso de intervención psicológica. No se trata de abandonar a su suerte a aquellas personas que sufren ya en carne propia el estrago alienador de la guerra, pero este esfuerzo es insuficiente, incluso en el caso de los mismos individuos involucrados. Mientras no se produzca un significativo cambio en las relaciones sociales (estructurales, grupales e interpersonales) tal como hoy se dan en el país, el tratamiento particular de sus consecuencias será cuando mucho incompleto.

Es necesario trabajar por establecer un nuevo marco para la convivencia, un nuevo “contrato social” en el mejor de los sentidos que permita la interacción colectiva sin que la discrepancia se convierta en negación mutua; hay que trabajar por un sinceramiento social, que lleve a conocer las realidades antes de definir las, a aceptar los hechos antes de interpretar los; hay, finalmente, que esforzarse por educar en la razón y no en la fuerza, de manera que la convivencia se funde en la complementariedad mutua para resolver los problemas y no en la violencia para imponer la propia alternativa.

Respuestas de stress psicológico de las madres palestinas y sus hijos a las condiciones de ocupación militar y violencia política (Raija-Leena Punamäki)

Resumen

Se estudiaron las respuestas de stress psicológico de 174 mujeres palestinas y sus 105 hijos que vivían en la Ribera Occidental y en la franja de Gaza, territorios ocupados militarmente por Israel desde junio de 1967. Este artículo examina el impacto que tiene en los niños el estar expuestos a hechos traumáticos relacionados con la ocupación militar así como la relación entre las respuestas de los niños y las de sus madres a la situación. Se menciona también el influjo moderador de otras variables sobre la relación entre hechos traumáticos y la salud mental de los niños. La relación entre las madres y sus hijos en las condiciones concretas de una ocupación militar y de lucha nacional contra ella se ilustra con entrevistas. Los resultados muestran que el estar expuestos a los hechos relacionados con la ocupación militar ha aumentado los problemas de SM tanto de las mujeres como de los niños. Con todo, entre las mujeres palestinas estudiadas, las experiencias traumáticas relacionadas con la ocupación militar tendían también a movilizar fuerzas contrapuestas con las que se trataba de enfrentar y manejar el stress. El control interno y la actividad sociopolítica como formas de adaptación aumentaban con la exposición al stress relacionado con la ocupación militar. El estudio confirma parcialmente resultados anteriores de que la SM y la conducta de la madre en una situación de stress media el impacto de los hechos traumáticos en la SM del niño. Un análisis de las entrevistas muestra que los factores históricos y políticos determinan la relación hijo-madre en condiciones de violencia política.

Antecedentes

Poco esfuerzo se ha dedicado a investigar el bienestar psicológico de los civiles en los conflictos militares contemporáneos. Tradicionalmente, los psicólogos han dedicado grandes esfuerzos a mejorar la efectividad de los soldados.

Los estudios psicológicos realizados durante la II Guerra Mundial apuntan a la resistencia de los niños en condiciones extremas de stress de guerra y sugieren que el estado emocional y la conducta de las madres son los principales mediadores entre el funcionamiento psicológico de los niños y las experiencias traumáticas. Fraser (1977) estudió los efectos psiquiátricos del conflicto de Irlanda del Norte en los niños y coincide en que el estado psicológico de la madre tiene una importante influencia en el bienestar del niño que se halla en una situación de violencia política. Fraser encontró que, entre los niños que padecían algún problema de SM, era característico que uno de sus padres se encontrara ausente o muy perturbado emocionalmente. Al examinar la adaptación emocional de los niños en condiciones de conflicto nacional, los investigadores israelíes han enfatizado no sólo la importancia del funcionamiento de la familia como grupo responsable y de apoyo, sino también la función de apoyo de toda la sociedad.

Sin embargo, sólo se ha encontrado un estudio empírico que informe sobre las respuestas de una muestra al azar de madres y niños. Bryce y Walker (1986) estudiaron a mujeres libanesas y a sus hijos tras la invasión israelí de 1982. Encontraron que el número de experiencias traumáticas de una familia se relacionaba con los problemas comportamentales de los niños, pero que la tendencia depresiva de la madre era el determinante principal de la enfermedad y hospitalización del niño.

Protacio-Marcellino (1985) estudió el stress y los problemas de adaptación de los niños de detenidos políticos en las Filipinas. Su estudio ilustra el profundo malestar emocional de los niños causado por la separación involuntaria de sus padres, pero muestra también un amplio repertorio de mecanismos de adaptación de los niños, incluyendo las defensas psicológicas y los mecanismos de adaptación tradicionales así como la actividad social y política. Subraya el hecho de que los problemas enfrentados por los hijos de los presos políticos están inseparablemente ligados a las realidades políticas, económicas, y sociales. Así, el tratamiento de los hijos de los detenidos no puede reducirse a reforzar los factores motivacionales y emocionales internos (conocimientos subjetivos) sino que debe pretender también cambiar la situación política y social, lo que para el caso significa reclamar una amnistía general para todos los presos políticos.

Hay poca información sobre el impacto de la política de apartheid en los sudafricanos. La información sobre la detención y tortura de miles de niños negros ha llegado al gran público a pesar de las fuertes regulaciones sobre censura existentes en Sudáfrica. El Comité de Abogados en favor de los Derechos Humanos (Lawyers, 1986) señaló que se daban problemas psicológicos de largo plazo en un 70 % de los niños detenidos. Entre los problemas se incluyen los trastornos por ansiedad, la depresión, los trastornos de adaptación y comportamentales así como manifestaciones psicóticas. Tras su liberación, los niños muestran frecuentemente sentimientos agudos de miedo, culpabilidad, aislamiento y depresión.

Para este estudio de madres y niños palestinos, se aplicó la teoría del stress (Lazarus & Launier, 1978) a fin de examinar las respuestas psicológicas de las mujeres y sus hijos a la violencia política. La teoría del stress sugiere que la sola exposición a los traumas difícilmente es en algún caso una explicación suficiente del desencadenamiento de problemas psicológicos. La manera como las personas evalúan el sentido y nocividad de los stressores encontrados (la evaluación primaria), la evaluación sobre sus propios recursos para enfrentar los acontecimientos stressantes (evaluación secundaria), y las formas de adaptación de hecho empleadas en las situaciones de stress. Todos estos elementos funcionan como mediadores psicológicos entre la exposición al stress y sus efectos en la SM. Se pueden llamar factores de vulnerabilidad y factores protectores a los mediadores sociales de un determinado proceso de stress que tienden a aumentar o a disminuir el efecto de los stressores en la SM.

Análisis

Este análisis muestra lo que la vida nos ha enseñado en el Oriente Medio: las experiencias traumáticas de guerra y conflicto aumentan el sufrimiento psicológico y los problemas de SM, y los niños son especialmente vulnerables a este stress intencionado de la guerra. Con todo, la capacidad humana para enfrentar estos problemas es impresionante: los recursos psicológicos y sociales que la gente puede movilizar para manejar los desastres políticos es quizás su única

forma de supervivencia. Las entrevistas con las mujeres palestinas indican que los procesos psicológicos para curar las experiencias traumáticas se fortalecen con el compromiso político e ideológico. La motivación nacionalista se encuentra en todas las fases del proceso de stress: el sentido y nocividad de un hecho así como la adecuación de los propios recursos para enfrentar el stress son evaluados en el contexto social y político más amplio de una nación agredida y en la lucha. Más aún, la elección de las formas de adaptación y de las reacciones al stress es influido por las normas y valores de la sociedad: en el caso palestino, la lucha de la sociedad por la libertad estimula el uso de formas sociopolíticas activas para enfrentar el stress. El uso de formas de adaptación pasiva y de sumisión está condenado.

La hipótesis de Seligman (1975) de que la exposición al stress conduce a la impotencia (lugar de control externo) y aumenta la tendencia hacia el uso de formas pasivas de adaptación, no se confirma en el estudio de las mujeres palestinas, en el que las causas del stress se relacionan con la ocupación militar y la lucha nacional. Más bien ocurre lo contrario: aún cuando la exposición a hechos traumáticos de ocupación militar tenga un efecto negativo en la SM de las mujeres y sus hijos, esas mismas experiencias tienden a movilizar fuerzas opuestas para enfrentar y manejar el stress. El control interno y la actividad sociopolítica como formas de adaptación se dan con más frecuencia entre aquellas mujeres que sufren más por la violencia, las pérdidas y el terror inherente a la vida de su nación.

Este estudio confirma hallazgos anteriores de que el estado emocional de la madre sirve de mediador entre el funcionamiento psicológico de los niños y la experiencia de sucesos traumáticos. Las afirmaciones clásicas de que “la madre funciona como un amortiguador entre los traumas de guerra y el bienestar del niño” toman una nueva dimensión cuando se comprueba que eso produce un stress adicional a la madre. La tendencia a concentrarse en la significación de la madre como el principal determinante del bienestar de sus hijos distorsiona nuestra comprensión de los procesos psicológicos característicos de una población expuesta a la violencia política. Las entrevistas con mujeres y niños palestinos indican que el éxito de las mujeres en conservar su integridad psicológica se relaciona con su compromiso político e ideológico con la lucha nacional. Así podemos asumir que, cuando la fuente del stress es de naturaleza política y nacional, la determinación ideológica de luchar contra los problemas nacionales explica el aguante de los civiles mejor que la personalidad, la SM u otros determinantes individuales.

2. LA GUERRA PSICOLÓGICA

Efectos psicosociales de la represión (León Rozitchner)

Consideraciones sobre un manual de acción psicológica de las Fuerzas Armadas argentinas

La “acción psicológica” es definida como una forma de guerra presente en el campo de la política, cuyo objetivo es el tradicional: alcanzar el dominio de la voluntad del otro. Para lograrlo acude a medios habitualmente no calificados de “guerreros”: la dominación del “espíritu”. Su acción consiste entonces en transformar a la subjetividad de cada ciudadano, considerado como “blanco”, en el lugar ocupado como propio por el enemigo. El recurso para lograrlo va desde la astucia para llevarlo a que acepte las ideas ajenas y contrarias como propias, hasta la implantación del terror como sujeción rendida al enemigo.

Este manual expone el método para producir en cada ciudadano un “aparato psíquico” particular, que lo organice de tal manera que haga imposible que aparezca allí el lugar subjetivo donde una persona se convierta en productora de una perspectiva propia y autónoma. Se trata de anular al sujeto poniendo de relieve, previamente, los lugares susceptibles de inscripciones y marcas indelebles que, reforzadas por distintos medios, impidan discriminar los índices de la realidad, a comenzar por aquellas que organizan la propia coherencia.

La acción psicológica comienza por definir su campo de influencia más inmediato, directo y habitual: la propaganda. “El principal procedimiento que consiste en el empleo deliberadamente planeado y sistemático de temas, principalmente a través de la sugestión compulsiva y las técnicas psicológicas afines, con miras a alterar y controlar opiniones, ideas y valores y, en última instancia, a cambiar las actitudes manifiestas según líneas predeterminadas”.

Esta concepción de la guerra psicológica está presente en la llamada “Doctrina de seguridad nacional”, es decir, aquella que considera a las propias clases populares como objeto del dominio. En el ámbito de la “paz” política se trata de imponer un “universo cultural” que organice la totalidad de lo real desde las fuerzas armadas. Están así aliadas y unidas en una misma acción con los poderes que abarcan todos los campos de la información, de la política, de la economía, de la religión, de las relaciones sociales, de la educación, y hasta de las relaciones sexuales: el trabajo de construir la “verdad” histórica en su contrario, organizando represivamente su despliegue.

El plan guerrero de “acción psicológica” es el fundamento descarnado y visible de la estrategia de dominio de todo el sistema del capitalismo imperial en tiempos de paz, que son también, como ellos mismos declaran, de guerra. El fundamento, en fin, del endocolonialismo.

El “comunicador-llave” es el modelo social del hombre en el cual se reconoce, como propuesta, un grupo o masa, público, de personas que lo toman como índice de realidad, valoraciones y proyectos. Es un “discriminador” de los índices de la realidad para los otros. Especie de “superyo” colectivo, irradia directamente, por su presencia personal, unitaria (sensible y racional), sus opiniones y actitudes. Y este lugar personal-social de un colectivo, que lo tiene como la presencia encarnada productora de significados, es el “blanco” que debe ser alcanzado para desviarle de su poder (corrupción, soborno) o destruirlo.

Esta propuesta de acción no corresponde sólo a un momento de crisis. Es, por el contrario, una acción continua y permanente, trabajando día a día para producir sus efectos “políticos”: empleo permanente de la acción psicológica para influir en la conducta y actitudes, a fin de favorecer o perjudicar a determinado público, para influir sobre los grupos hostiles a fin de lograr los objetivos políticos.

Esta forma de guerra psicológica es nueva: los progresos de las ciencias psicológicas, de las técnicas de influencia psicológica y de los medios de comunicación de masas, han acrecentado singularmente el efecto y el alcance de nuevos métodos de lucha.

La guerra se continúa en la paz por otros medios: invadiendo en la política el cuerpo y la cabeza de los hombres. El objetivo es idéntico, no hay diferencia entre paz y guerra, y sólo los medios difieren. Si hay guerra psicológica hay guerra continua: si éste fracasa se recurre directamente a los medios físicos. La lucha psicológica se transforma así en permanente, universal y total.

Se trata de ocupar la subjetividad de los hombres e imponer su dominio venciendo toda capacidad de resistencia: aniquilándolo en su espíritu, modificando su ser, conformando de otro modo su aparato psíquico.

El psicoanálisis freudiano describe la estructura de ese aparato psíquico que la represión cultural produce, y lo desnudó desmontando la estrategia implícita que llevó a construirlo. Aquí, por el contrario, se trata de reconstruir y reforzar su fundamento represivo. El problema, en la teoría freudiana, era el de desbrozar la verdad de su relación con su propia historia y con el mundo, y convertir al sujeto en el lugar donde ésta se debatiera y se elaborara. Aquí en cambio el problema consiste esencialmente en destruir esta capacidad histórica para desandar el camino en el cual se inscribe el régimen político de la democracia y convertir a los hombres, dentro de ella, en súbditos sometidos a una tiranía despótica. Porque lo fundamental a tener en cuenta es que el enemigo aquí designado como externo, es, en realidad, en la doctrina de seguridad nacional, el propio pueblo contra el cual se combate.

Sus objetivos son:

- disminuir la moral y la eficiencia enemiga
- apoyar los planes de velo y engaño tácticos
- incitar y coordinar la subversión de una población
- contrarrestar la propaganda y la subversión enemiga
- apoyar otras medidas (políticas, económicas, sociales, etc. que coadyuven al logro del objetivo).

Si el individuo (o grupo) sostiene sus creencias políticas, sociales, económicas y religiosas con convicción, entonces esa actitud resistirá al cambio. Las actitudes podrán cambiar más fácilmente cuando se aísla a las personas de sus sistemas de creencias y valores. Las actitudes nuevas serán las más fáciles de cambiar.

Es preciso tener siempre presente que esta concepción, insistimos, está dedicada a la dominación de un enemigo interior, por lo tanto, incluida en la teoría de seguridad nacional.

La resistencia ante la dominación social, que es sin más la resistencia contra la opresión en el lugar subjetivo de un ciudadano que organiza su fuerza y su poder personal (que forma entonces parte de una colectivo político), es aquello que los métodos de acción psicológica toman en cuenta para enfrentar esa resistencia y vencerla.

La acción de guerra, por los métodos de la insidia, el engaño y el terror, van a aparecer dando la batalla en el corazón de cada uno de los ciudadanos: en su propia subjetividad tomada como blanco individual de la acción guerrera durante la paz política.

Estos métodos son los siguientes:

1. Acción persuasiva
2. Acción sugestiva
3. Acción compulsiva

Se trata de acciones que distinguen tres niveles de inserción (y por lo tanto de resistencia) en el aparato psíquico del sujeto: consciente, subconsciente e inconsciente. Son grados de profundización en la dominación buscada. Al activarlos procura acentuar aquellos determinismos que están en el fundamento creador de ese aparato (ello, yo, superyo) para volver a suscitar el retorno a la dominación y al terror subyacente: la angustia de muerte. Se busca ratificar los terrores infantiles y la impotencia produciéndolos nuevamente, pero como ciertos, dándoles realidad en el mundo exterior adulto que confirmaría así, en los dos extremos, lo bien fundado de esa experiencia equívoca y parcial primera.

El nivel consciente (persuasivo) que acude a apelaciones racionales, y “actuará sobre las opiniones, lo intelectual y lo consciente” está destinado a “la ruptura de las inercias”. Sirve para “inducir un cambio de conductas y actitudes o para crearlas”. Este método tendrá su acción más efectiva en la educación e instrucción.

El segundo método, de acción sugestiva, actuará sobre las emociones y sentimientos, lo efectivo y lo subconsciente. La base de este método se halla en la existencia de imágenes previas, ya existentes, y sobre ese enlace que el sujeto mismo ha creado como fruto de su propia experiencia se trata de crear otro, no ya propio, sino sugerido, al que la segunda imagen quedaría enlazada por “asociación afectiva”. Se trata de inducir una especie de juicio afectivo sin que lo acompañe un razonamiento: este “impacto afectivo” es como una descarga sobre el sujeto que tiene un resultado: la movilización psicológica por la influencia (imperceptible) de una asociación afectiva. Este método se utiliza con el público cuya mentalidad es más simple y menos evolucionada.

Pero el método más desnudo, directo y certero en alcanzar su blanco es aquel que recibe el nombre de “acción compulsiva”. Se apela a lo instintivo, atraviesa toda la dimensión de lo psíquico para despertar reacciones tales que barran con la densidad y la complejidad que la experiencia social, la ética y los valores han estructurado en la persona como sujeto autónomo.

Se trata de obtener que el hombre se someta acudiendo a las formas “instintivas”, sólo atento a la “conservación” de la vida. Actuará sobre el instinto de conservación y demás tendencias básicas del hombre (inconsciente). La presión empuja por acción impulsiva, apelando casi siempre al factor miedo. La presión psicológica engendrará angustia: la angustia masiva y generalizada podrá derivar en terror, y eso basta para tener al público a merced de cualquier influencia posterior.

El miedo, la angustia y el terror: he aquí la base para desvirtuar y desviar cualquier transformación que la voluntad social de los hombres se proponga en una democracia.

De las tres modalidades descritas, se pone el énfasis en la segunda. En la acción sugestiva, en lo subconsciente y en lo afectivo, pero apoyada en el límite de la otra más contundente: el terror. Excluye a la acción racional porque la coherencia de las ideas pone en juego el juicio de los hombres, y sería así la menos eficaz. Las emociones y los sentimientos privarán y prevalecerán sobre lo intelectual; dirigidas al subconsciente actuarán sobre el juicio crítico orientándolo hacia determinados efectos prefijados. Los demás, sobre todo el terror, actuarán como apoyo y refuerzo.

La propaganda es el principal procedimiento de acción psicológica. Consiste en el empleo deliberadamente planeado y sistemático de temas, principalmente a través de la sugestión compulsiva (...) con miras a alterar y controlar opiniones, ideas y valores y, en última instancia, a cambiar las actitudes manifiestas según líneas predeterminadas.

Estos planes psicológicos deben estar siempre presentes en todas las operaciones de las fuerzas militares. Es decir, se trata de una acción permanente, siempre en acción durante la paz política. Es la estrategia fundamental que supera la acción militar directa, esporádica pues abarca los tiempos de paz además de los tiempos de guerra. En otras palabras, operaciones de asuntos civiles, de carácter permanente, que se desarrollarán tanto en la paz como en la guerra

Medios y mecanismos: los recursos de la acción psicológica para desvirtuar la elaboración de la conciencia verdadera que la sociedad puede tomar sobre sí misma. Sus temas (“formas de apelación”) son:

1. Los que afirman o exaltan instintos y hábitos individuales y sociales (necesidades) cambiando creencias, intenciones y deseos de actores diversos de población (conversión, diversionismo).
2. Los que por sorpresa, provocando emociones, distraen la atención pública de su fijación en objetivos inconvenientes (dispersión, diversificación de temas, pantallas, confusionismo, engaño).
3. Los que afirmando el amor propio o autodesestino, la esperanza y otros sentimientos afines, compensen temores y frustraciones diversas (compensación, evasión, negativismo).
4. Los que explotando principios de inercia psicológica o las tendencias al menor esfuerzo y a la fijación de hábitos, reiteran motivaciones y presentan explicaciones tendenciosas, simples o vulgares de hechos complejos (vulgarización, simplificación, repetición).
5. Los que reiteran en presentaciones indirectas la asociación de hechos y cosas o personas prestigiosas, temidas, queridas, respetadas, etc., con hechos, cosas o personas a las cuales se quiere transferir el sentimiento provocado por aquellos (transferencias).

Clasificación de la propaganda:

- Blanca: ampliamente diseminada y fuente conocida. Se sabe de quién la emite.
- Gris: no será identificada por su fuente, librada a la imaginación del público.
- Negra: pretende aparecer como originada por una fuente que no es la verdadera.

El intento de este proceso es de lograr que aparezca como verdadero lo falso. Estos mensajes deben disfrazarse en la realidad y darse la apariencia de ser espontáneos y “naturales”, como si surgieran desde dentro del fenómeno social mismo.

El poder tiene conciencia de que los medios son un poder.

Lo que la acción psicológica muestra, en la desvirtuación del proceso de construcción de cualidades y poderes humanos, tanto individuales como colectivos considerados como “blancos” que deben ser destruidos, es el fundamento humano y social de todo poder histórico.

Aporte de la psicología al campo de las alteraciones psicosociales por efecto de la represión

Lo que los psicóticos alucinaban, sus terrores y amenazas destructivas que les hacían vivir en la angustia, continua y en el pavor, se vieron confirmados como ciertos y realmente existentes en las torturas, las violaciones y los asesinatos.

No hay nada que más fácilmente se relegue colectivamente a lo inconsciente que la experiencia del terror y de la muerte.

La psicoterapia muestra en la extensión de sus categorías y sus límites habituales, producto de las experiencias de terror y represión, el innegable campo de sentido social de cada conducta, y con ello tanto la diferente concepción de la cura como de los factores determinantes en la aparición de la “enfermedad”. Más allá del terror militar, si se mantiene como invariable no criticado su fundamento, la estructura de dominio económica, cultural y política que lo engendra, el terror persistirá en la trama invisible, pero efectiva, que nos contiene.

Sólo colectivamente se puede engendrar la resistencia y no quedar detenidos en el momento de la represión como estabilizada en su conquista, que nunca es entonces definitiva. De allí que los poderes enfrentados igualados, ofensivos y defensivos, hagan posible la aparición de eso que se llama política y que es, en realidad, campo de tregua.

Lo colectivo potencia, desarrolla, crea y toma en objetivas y realmente resistentes y potentes lo que la individualidad aislada no puede necesariamente alcanzar por sí sola, y aquí lo colectivo nos permite penetrar en la comprensión de lo individual.

Lo que la “patología” individual nos revela en personas que han sufrido los efectos de la represión:

- emergen fantasías desintegradoras, persecutorias y autodestructivas; vivencia de ser agredido, torturado, vejado, violado, en inermidad absoluta. Pero corresponden a la realidad efectiva del sistema objetivo represor, prolongado su acción por la propia actividad del sujeto.
- Falta de expresión verbal: el nudo traumático no es verbalizable y por ende no es transmisible. El terror frente a una simbolización prohibida no puede buscar su poder de resistencia en el acuerdo con los otros. Restricción a la propia circularidad subjetiva, retraída, excluída, alejada hasta de la prolongación “sonora” de su cuerpo hacia los demás. Aislamiento y distanciamiento extremo del cuerpo colectivo. Pero tampoco puede decírselo a sí mismo, oírse a sí mismo: la intimidad misma está suplantada por una relación de terror.
- Angustia, insomnio, desintegración, fallas de concentración y memoria, melancolía y abatimiento, temores, agitación, irritabilidad, pérdida de apetito, síntomas psicósomáticos, delirio.
- Alteración de funciones ideó-asociativas. Dificultad para pensar y plantear problemas, objetivar, discriminar. Falta de proyecto futuro; ruptura de existencia como ente político.
- Repetición del infortunio en letanía asfixiante. La impotencia y la retracción de los poderes del cuerpo histórico sólo actualizan el drama sin solución en la repetición incansable de lo mismo, forma de enfrentamiento estéril que choca una y otra vez contra la presencia al infinito de un racconto cuyo secreto no se alcanza a develar, modificar ni trascender.
- Desaparición de la memoria. Al excluir la propia historicidad se excluye al sujeto de la historicidad social.
- Impide diferenciar la realidad de la fantasía: perturba el límite entre ambas. Las fantasías más terribles se verifican en la realidad represora, así como la realidad aterrizante se verifica como “cierta” en la fantasía más persecutoria.

Es preciso desarrollar una actividad colectiva donde esta destrucción sea políticamente encarada, teniendo en cuenta la profundidad con la que ha callado en cada uno.

La necesidad de extender en el cuerpo colectivo las mismas tareas de “cura” llamada psicológica que aparecieron como necesarias para enfrentar la disolución y la destrucción individual en los casos considerados:

- a) exploración focalizada en temas específicos (impedir negación) y estimular expresividad afectiva (coherencia entre saber y sentir);
- b) reconocimiento de emociones y tristezas ligadas a su objeto;
- c) unificación de emociones y hechos;

- d) conceptualizaciones simples;
- e) información (coherente) sobre realidad exterior;
- f) confrontación de actitudes disociadas;
- g) autocomprensión en el contexto y reconocimiento de su modo de ser;
- h) reconocimiento de emociones y experiencias con otros (ampliación de la libido);
- i) inclusión de técnicas no propiamente terapéuticas: promover comentarios, intercambiar ideas, discusiones, apreciaciones acerca de la realidad política, económica o cultural. La labor preventiva, responsabilidad ineludible del terapeuta.

Nadie está exento de tener que enfrentar a la derecha, y al represor y al militar y al cura y al delator y al perseguidor en uno mismo.

Esta desintegración impuesta implica la desagregación de la estructura psíquica del sujeto. Lo sensible (pulsional) , lo imaginario y lo racional, esa integración compleja de la cual resulta el yo, uno mismo, como integrado coherentemente o no con la realidad histórica, habilita en el cuerpo ese lugar capaz de ligar lo racional (lo simbólico se dice ahora) a lo sensible para pensar la realidad en su verdad y discriminarla.

Guerra psicológica: intervención política de la subjetividad colectiva (Elizabeth Lira Kornfeld)

Este trabajo se refiere a algunas de las operaciones psicológicas desarrolladas en la sociedad chilena con fines de control político e ideológico.

Antecedentes

El tema de la intervención masiva de la subjetividad con fines políticos casi no se ha constituido el objeto de estudio de los psicólogos en la sociedad civil y las publicaciones sobre el particular han recibido escasa difusión. Así la guerra psicológica se presenta como un sustituto de la violencia material. Hasta la primera guerra mundial, la guerra psicológica fue utilizada como un factor multiplicador de la violencia. Desde la segunda guerra, se puede observar que la utilización de la guerra psicológica fue avanzando en sofisticación y tecnología, fruto de las investigaciones realizadas con esa perspectiva.

El origen de la guerra psicológica como modalidad se atribuye a los macedonios, de quienes se dice habrían surgido los tres principios fundamentales de la guerra psicológica.

1. El primer principio se refiere al trato de los partidarios, los que deben recibir compensaciones sociales, materiales o morales, de modo permanente, a fin de garantizar su adhesión. Se incluye de manera importante la propaganda, las campañas de opinión sobre las realizaciones y las amenazas posibles.
2. El segundo principio es el de reforzar y acelerar las acciones indirectas mediante agentes secretos: rumores, movimientos, etc., que alimentan “la guerra de nervios”.
3. El tercer principio es el de confundir a la opinión pública con olas de noticias, verdaderas o falsas: este proceso puede ser expresado en los conceptos “quiebre”, “desintegración”.

Así, la guerra no es más una guerra en el sentido de un enfrentamiento armado: es una movilización total que integra todos los factores susceptibles de conducirla a su fin. Si además de los recursos “logísticos”, moviliza resortes espirituales de la colectividad para destruir la voluntad del adversario, si en sus planes operacionales integra situaciones psicosociales determinadas en los fines estratégicos o tácticos.

En regímenes totalitarios o dictatoriales la moral es un factor importante, tanto en las tropas militares como en los civiles. Pero esta moral no tiene una existencia autónoma. Surge de los conocimientos aportados por la psicología para contribuir a producirla. Implica por tanto la exploración sistemática de las tendencias e “instintos” fundamentales, el conocimiento del fondo común del inconsciente de los individuos o de los pueblos, la elucidación de los mecanismos de sublimación y transferencia aportando el medio de “integrar” a los individuos, que la evolución social había atomizado previamente. La moral es aquí una incitación permanente refleja a hacer cuerpo con el sistema doctrinal justificativo de la acción del grupo político en el poder.

La “guerra psicológica” como sistematización de la violencia es fundamentalmente una ética del poder y del control que utiliza técnicas aún rudimentarias, pero capaces de todas las audacias y, en consecuencia, de cualquier progreso. (Megret, 1956).

Siguiendo a este autor, la guerra psicológica es una parte del “arte de la guerra”; sus medios son la astucia, la sorpresa y su corolario el pánico, el terror, permaneciendo esencialmente como un instrumento táctico. La “discordia” se constituye en un instrumento de subversión estratégico, destinado a suscitar una ruptura del equilibrio de fuerzas y a precipitar la explosión táctica por las armas o por otro medio político.

Watson (1982) señala que una parte importante de la psicología militar tiene que ver con los pensamientos y sentimientos de las personas que participan en una guerra. Hace referencia a la contribución de la psicología a lo que él denomina “la ciencia del sufrimiento”: la deshumanización y el miedo. Señala que hay tres maneras a través de las cuales los psicólogos contribuyen a la deshumanización del enemigo:

- a) utilizando el miedo, el odio, el engaño, el dolor, la humillación, la soledad, la añoranza del hogar, la envidia, los celos;
- b) estudiando los hábitos, costumbres, gustos y disgustos, las características personales del enemigo, para luego sacar provecho de ello;
- c) haciendo menos evidente la brutalidad y de este modo encubriendo las atrocidades que se cometen en los procedimientos de interrogatorio y tortura haciéndolos aparecer como aceptables. “Una cicatriz mental es preferible a una cicatriz física, porque tarda en hacerse aparente” (Watson).

El otro aspecto en el que intervienen los psicólogos es en el uso del miedo como herramienta política.

En la década del 60, hubo un cambio importante en la concepción militar de la segunda guerra mundial, con el surgimiento de las guerrillas, la sofisticada tecnología introducida en los procesos de las comunicaciones, en el armamento y en la tensión generada por el manejo de situaciones explosivas en distintos lugares del planeta, unido al peligro nuclear.

El ser humano podría ser considerado el objetivo prioritario en una guerra política. Concebido como objetivo militar, el punto más crítico del ser humano es su mente. Cuando su mente es alcanzada, el “animal político” ha sido derrotado sin que necesariamente haya recibido un proyectil. El objetivo es la mente de la población, toda la población. (Omang, 1985).

En una guerra convencional existen leyes de la guerra cuyo objetivo principal es proteger a los no combatientes. En los procedimientos de guerra psicológica se utilizan las ansiedades, los temores y las frustraciones de las personas, hombres, mujeres, y niños, transformando el peligro y la amenaza vital en una situación permanente cuyo desenlace puede ser imprevisible, ya que no hay leyes que protejan a los no combatientes. Utiliza armas invisibles, frente a las cuales las sociedades modernas son altamente vulnerables.

Cualesquiera sean las técnicas empleadas, la idea básica de la guerra psicológica consiste en crear fuertes actitudes y sentimientos de pertenencia al grupo propio y actitudes opuestas de odio al enemigo, por constituir un peligroso grupo exterior, mecanismos muy fáciles de desarrollar en los seres humanos enfrentados a peligros, ansiedades y frustraciones. (Brown, 1978). Se trata de un enfoque que se organiza en pares absolutamente opuestos: amigo-enemigo, blanco o negro, amor-odio.

El sentimiento de odio y agresión como respuesta a una agresión del enemigo alivia los sentimientos de culpa, legitima la agresión propia y la proyección en el enemigo de los sentimientos agresivos, “él es el que inicia el proceso, yo sólo me defiendo”. Posibilita también que el grupo que se “defiende” fortalezca su moral interna, es decir, se comporte de manera homogénea y organizada en relación al enemigo y aumente, por tanto, su sentimiento de unidad, desapareciendo temporalmente todas las diferencias que engendran la desunión.

Se utilizan diversas formas de propaganda, tanto a través de los medios de comunicación formales (diarios, radios, etc.,) como informales (recados, rumores, etc.,).

Intervención de la subjetividad: terror y conducta colectiva en Chile.

La inseguridad y el temor se generan habitualmente por el cambio en el entorno vital y social o por la fantasía de un posible cambio como un elemento de alteración de la vida cotidiana.

Tienen en común la percepción que cualquier cambio que ocurra implicará pérdidas, sufrimientos, situaciones indeseables, etc.

Así las dificultades para predecir el curso de los acontecimientos genera incertidumbre y, por tanto, alta vulnerabilidad a ser influenciado en algún sentido la incertidumbre.

Guerra psicológica y efectos psicosociales

Los procedimientos empleados han variado con el tiempo, pero a través del uso específico del terror se ha logrado generar sometimiento y pasividad de vastos sectores sociales, sometimiento que ha hecho posible soportar el desempleo, la sobreexplotación, la falta de satisfacción de necesidades básicas (salud, vivienda, educación), sofocando cualquier manifestación de conflicto social. Las mayorías han ido resignándose a la pérdida de derechos y expectativas, a veces en la creencia de que este estado de cosas será transitorio y que tal vez la situación podría mejorar más adelante.

Las consecuencias de esta situación se expresan en lo económico-social, pero también la falta de trabajo estructura una forma de vida marcada por la deprivación, el sentimiento de fracaso y la derrota personal. La frustración constituye el núcleo central, el nudo traumático de la experiencia del desempleo, la que llega a transformarse en desestructuradora del aparato psíquico. La cesantía implica casi siempre la desorganización de la vida de las personas.

La frustración y carencia descritas y la desvalorización personal, que implica una amenaza profunda a los procesos que constituyen el soporte de la identidad, generan una experiencia subjetiva de situaciones en la que el hombre se va perdiendo a sí mismo. (Lira y Weinstein, 1981).

La experiencia de amenaza vital en el área de la subsistencia material se relaciona estrechamente con el sentimiento de estar amenazado en la realización de la vida, en el proyecto vital, puesto que la subsistencia es una condición necesaria e indispensable para la continuidad de la vida. Tanto la cesantía como la represión política remiten al sujeto a vivencias de inseguridad muy profundas.

El terror ha sido y es un instrumento político de control de las mayorías.

En la doctrina de la seguridad nacional todo es percibido potencialmente dentro del encuadre de la guerra. Todo puede ser amenaza, por tanto, se anticipa la represalia ante la amenaza potencial.

Un pueblo manejado por el terror se hace dependiente, intimidable e incapaz de proyectarse hacia el futuro de manera autóctona.

Los efectos del terror no terminan con el fin del régimen político actual, puesto que no sólo han afectado a la convivencia social, sino que se han internalizado en las estructuras psíquicas y en los vínculos sociales.

El miedo modela actitudes inhibitorias y autocensuradas, genera dificultades en la discriminación de la realidad e impide la participación necesaria para lograr una sociedad democrática.

Este tipo de procedimientos implica una violación de la libertad y de los derechos más básicos, puesto que los afectados participan inconscientemente en procedimientos de guerra, los cuales los afectan a pesar de sus valores, creencias e ideologías.

De la guerra sucia a la guerra psicológica: el caso de El Salvador (Ignacio Martín-Baró)

LA GUERRA SUCIA

OBJETIVOS	MEDIOS		CONSECUENCIAS PSOC.	
Exterminio del movimiento revolucionario	Guerrilla	Eliminación bélica	G. Militar	Eliminación física
	Partidarios simpatizantes	Represión aterradorante	G. sucia	Traumas psíquicos
				Terror
				Parálisis-Huida

LA GUERRA PSICOLÓGICA

OBJETIVOS	MEDIOS		CONSECUENCIAS PSOC.	
Anulación del movimiento revolucionario	Guerrilla	Eliminación bélica	G. militar	Eliminación física
	Partidarios			Traumas psíquicos
	Simpatizantes	Represión manipuladora	G. psicológica	Inseguridad
	Población			Inhibición-Huida
				Desprestigio moral

“Un daño socialmente causado sólo puede ser socialmente reparado”. No se puede pensar, entonces, que los problemas de los refugiados son adecuadamente solubles mediante la psicoterapia, ya sea individual o grupal. Los problemas de los refugiados requieren una verdadera socioterapia, una reconstrucción social de su vida y la de su propia comunidad, desgarradas por la represión y la guerra.

Psicología del miedo y conducta colectiva en Chile (Elizabeth Lira Kornfeld)

El miedo: delimitaciones conceptuales

El miedo, angustia, ansiedad, temor pánico, espanto, horror, son palabras que se refieren a vivencias desencadenadas por la percepción de un peligro cierto o impreciso, actual o probable en el futuro, que proviene del mundo interno del sujeto o de su mundo circundante. La objetivación del peligro puede llevar al sujeto a configurarlo como un riesgo de amenaza vital. La certeza o alta probabilidad de que dicha amenaza ocurrirá, transforman la inseguridad en miedo. La percepción de la amenaza como inminente puede transformar el miedo en terror o pánico. Se habla de pánico cuando un acontecimiento peligroso causa una reacción espontánea y desorganizadora en el individuo o en la comunidad (Merloo, 1964).

La dificultad para identificar el contenido mismo de la amenaza vital, o para discriminar su inminencia ha sido denominado angustia. La angustia se caracteriza además porque tiene una innegable relación con la espera. Le es inherente un carácter de imprecisión y de carencia de objeto.

Una situación es considerada peligrosa cuando se compara la magnitud del peligro y la impotencia del sujeto frente a ella.

En la angustia, la actitud de espera se relaciona con la imprecisión y falta de objeto de dicha angustia y con la impotencia anticipada frente a la situación peligrosa.

El miedo es una emoción intensa, que indica que el significado que el sujeto atribuye a la situación en la que se halla, es de peligro y el sujeto la percibe y comprende como una amenaza vital.

La inseguridad y el temor se generan habitualmente por el cambio en el entorno vital y social, o por la fantasía del cambio como un elemento de alteración de la vida cotidiana.

Tanto la realidad como la fantasía pueden desencadenar procesos de insegurización de diversa índole.

La amenaza vital puede ser percibida como amenaza de muerte física: como un peligro de ser agredido, golpeado, violentado, torturado, es decir, como una amenaza a la integridad corporal. También puede ser percibida como una amenaza en el acceso a los medios de vida, es decir, el riesgo de carecer de la subsistencia mínima, por la pérdida de trabajo o por la insuficiencia del salario respecto a las necesidades imprescindibles para vivir. La amenaza vital también puede establecerse como una amenaza a realizar la vida de acuerdo a los valores, creencias y propósitos que se consideran inherentes a la vida humana.

Es posible afirmar que los hechos políticos que implican cambios importantes en sectores sociales generan temor en los afectados. La incertidumbre juega un rol significativo en las conductas de los individuos y los grupos, desarrollando respuestas agresivas y violentas apáticas y resignadas a las circunstancias sociales y políticas y el grupo afectado.

Inseguridad y miedo: contextualización histórica

La historia del país registra principalmente las respuestas de temor y/o pánico subsecuentes a represiones políticas que han implicado masacres de personas en procesos sociales tales como huelgas o movilizaciones populares por salarios, tierras o derechos.

La característica de esos procesos es la definición muy explícita de los grupos y sectores sociales afectados.

Miedo y efectos psicosociales

Una consecuencia psicosocial y política de la represión y de la violación de los derechos humanos en nombre de la seguridad nacional y del nuevo orden social al que éste corresponde, es la introducción de la categoría amigo-enemigo que surge de la definición inicial de estado de guerra, y que en cierta forma perdura hasta hoy, por la forma práctica en la que se ejerce la política y por cierto, la represión política.

La denominación de subversión, estado de guerra, trato de prisioneros de guerra, etc., se traduce y manifiesta también en la introducción de la muerte en la vida política nacional, como resultado de sentencias, de enfrentamientos o de otras circunstancias fortuitas o no. La muerte aparece como una posibilidad asociada al quehacer político. Así, la disminución de la participación en actividades políticas, sociales o sindicales se ha vinculado al miedo, a la muerte, a la desgracia, a pérdidas variadas, que implican a su vez otras formas de muerte.

La introducción de la muerte, como un elemento de la vida política, implica a su vez la inclusión de lo traumático, como un componente de la vida personal y social. La detención en medio de la noche, el exilio forzoso, la desaparición sin huellas, la tortura, la aplicación de sentencias de carácter desproporcionado en relación a los hechos, el carácter retroactivo de la ley, son elementos que configuran experiencias políticas traumáticas.

Lo traumático está dado por dos elementos simultáneos: el impacto sorpresivo e inesperado de amenazas vitales múltiples las que, al mismo tiempo que aparecen como previsibles, son difíciles de discriminar, evitar o enfrentar. El segundo elemento surge de la desorganización experimentada por los sujetos concretos, las familias, los grupos sociales, los partidos políticos, etc. Esta desorganización conduce a respuestas inicialmente caóticas o inefectivas, que incluso aumentan el carácter traumático de la experiencia.

La descripción de la realidad social desde la óptica de lo traumático implica que con cierta regularidad los hechos sobrepasan la capacidad y los recursos de los grupos sociales, o de las personas involucradas, los que, incapaces de vivir en forma permanente en situaciones insostenibles, realizan ajustes destructivos o autodestructivos, que se hacen crónicos y que conducen más bien al deterioro psicológico y social.

Nadie puede vivir en el dolor agudo, en el colapso permanente, y es posible imaginar que lo que apreciamos en la conducta social, es algo parecido a una suerte de estado depresivo, en el que el proceso adaptativo a las situaciones catastróficas y traumáticas propias o ajenas se ha producido a costa de un empobrecimiento generalizado de los recursos psíquicos. Y esto permite sobrevivir.

Es la familiaridad con la muerte (física, psíquica, moral) la que constituye lo traumático cronificado y manifestándose como si, al mismo tiempo que parecen perderse los límites de la capacidad de destrucción, pareciera que a nivel subjetivo no hay límites tampoco en la capacidad de tolerarlos.

La violencia es siempre en sus inicios un hecho privado. Es un sujeto concreto la víctima, sin embargo, al ocurrir simultáneamente en miles de personas se transforma en un hecho social político.

Análisis psicológico y psicodinámico del miedo

La comprensión psicológica del miedo experimentado como consecuencia de las experiencias represivas requiere ser ubicado en el contexto de la situación específica y referido a los distintos niveles de comprensión de los procesos psicológicos como tales.

El miedo puede provocar conductas específicas que pueden ser descritas como procesos adaptativos frente a algo que se anticipa como un desastre, o como una catástrofe personal inminente e imprevisible.

El miedo puede transformarse en permanente, principalmente si se cronifican las circunstancias percibidas como amenaza vital.

El miedo como otras vivencias puede afectar el equilibrio emocional, alterando el funcionamiento psíquico y desencadenando procesos psicopatológicos específicos.

Por dinámicas psíquicas entendemos procesos que surgen de la internalización de un hecho externo de la realidad histórico-social que se asimila como hecho interno, se transforma en una realidad subjetiva y actúa como tal.

Dinámica de la angustia y de la culpa

Los sujetos reprimidos han sido víctimas de agresión en la mayoría de los casos por actuaciones de dichos sujetos consideran legítimas a partir de sus convicciones, y por tanto, en la mayoría de los casos también el riesgo de ser agredido, torturado o muerto ha sido anticipado, relativamente previsto y “esperado” como inevitable.

Esta “espera” implica el desarrollo permanente de contradicciones insolubles, que incluyen al sujeto en forma directa y también a quienes tienen vínculos con él. La lealtad a su proyecto social y político implica exponerse a la destrucción o a la tortura. Esta proposición y sus derivados generan un nivel de angustia anticipatoria constante, desarrollado a partir de la consciencia que el sujeto tiene de su vulnerabilidad física y psicológica. Para la única alternativa posible que tiene para evitar la angustia o suprimirla es renunciar a su proyecto. Es decir, a aquello que el sujeto más valora y que constituye la manera cómo el sujeto concibe el desarrollo y realización de su existencia. Renuncia que implicaría un alto nivel de culpa consigo mismo y los otros. Los polos de esta experiencia son ineludiblemente la angustia o la culpa frente a opciones que se dramatizan y se pueden vivenciar como insolubles.

La angustia también expresa no sólo el temor a sufrir consecuencias represivas, sino la impotencia respecto a la situación que las provoca y el carácter aparentemente inexorable de sus afectos individuales y sociales, y se deriva de la derrota del proyecto político y de la represión subsecuente.

La relación del sujeto con la realidad se encuentra alterada, pero tanto la angustia como la culpa pueden conducir inexorablemente a la privatización como modalidad protectora, transformándose en un conflicto puramente subjetivo e individual, desligado de las situaciones que lo provocaron. La recontextualización social permite realmente una comprensión de su función y de sus efectos subjetivos individuales y sociales.

Dinámica de la aniquilación: los dinamismos paranoides

Al hablar de los dinamismos paranoides nos referimos a una reacción frente a una situación objetivamente amenazadora de la cual se tiene experiencia directa o indirecta, la que es percibida como amenaza vital a nivel personal.

La amenaza vital aparece ligada a las ideas y actuaciones políticas del sujeto, siendo difícil precisar las circunstancias en que efectivamente dicha amenaza puede llevarse a cabo. La percepción de su arbitrariedad dificulta organizar una respuesta apropiada por parte del sujeto amenazado.

La reacción del sujeto debe ser necesariamente reprimida, o bien desplazada a situaciones menos peligrosas, o transformada en una respuesta que posibilite la descarga de la hostilidad que esta amenaza genera sobre terceros no peligrosos.

Castilla del Pino dice: “cuanto más intensa es la exculpación tanto mayor distorsión de la realidad existe”. Diversos autores han señalado, en relación a los dinamismos paranoides, ciertos elementos básicos para su aparición y arraigo entre los cuales se priorizan los siguientes:

- a) conciencia de inferioridad, que en este caso puede traducirse en conciencia de vulnerabilidad
- b) transferencia de la culpa de esa inferioridad a otros
- c) desplazamiento de la culpa a otros

Estos mecanismos que se relacionan con experiencias referidas a la interioridad del sujeto, han sido descritas como “soy indigno, merezco morir” y se transforman en “me creen indigno y me quieren matar”.

El miedo, aunque parezca con elementos aparentemente delirantes, debe ser confrontado con estos espacios de significación para verificar su carácter, en cuanto a reacción anormal o apropiada a las circunstancias que lo produjeron.

Dinámica de la inhibición

En la psicología, la inhibición ha sido descrita en diversas circunstancias, y aparece como un elemento conductual relevante en ciertos cuadros psicopatológicos, principalmente la depresión. También ha sido descrita psicosocialmente como apatía, pasividad, resignación, etc.

Entre las conductas ligadas al miedo en situaciones políticas el comportamiento de la mayoría tiende a ser silencioso, inexpresivo, inhibitorio, autocensurado, y de esta manera ha sido descrito reiteradamente como “despolitización”.

Inhibición se utiliza aquí en el sentido del concepto utilizado en psiquiatría, que alude principalmente a la carencia de movimientos y a la lentitud en el pensar.

En la inhibición el sujeto aparece “incapacitado para la acción” en un sentido amplio. Esta incapacidad proviene del reconocimiento de que no puede actuar, así la falla se encuentra en la intencionalidad.

La comprensión del psicodinamismo subyacente a la conducta de paralización, de despolitización, u otras que expresen las diversas manifestaciones de la inhibición, deben ser comprendidas descriptivamente y al mismo tiempo deben ser contextualizadas respecto a los psicodinamismos descritos anteriormente: la angustia y el temor a la aniquilación.

Con la conducta de inhibición se intenta evitar todo aquello que genera angustia. Al mismo tiempo este “no hacer” implica tomar distancia, separarse en cierta forma de los contenidos y del proyecto político, que en su momento fue plenamente significativo, en cuanto sentido de la vida y del quehacer personal. El sujeto se retrae de un quehacer que le resulta peligroso, y que por tanto le provoca angustia. A su vez los diferentes hechos de la realidad tienden a reactivar, incluso de manera traumática, esta angustia reforzando la convicción subyacente aunque no siempre verdadera de “quien nada hace nada teme”.

Por otra parte, retraerse de ocupar un lugar en las tareas sociales y políticas para asumir algún tipo de responsabilidad, desencadena la culpabilidad por no hacer “lo debido” respecto a una realidad en la que se estuvo involucrado, o respecto a la cual se tiene conciencia de pertenencia y personalidad.

La inhibición protege al sujeto de la angustia y la culpa, y por tanto, de enfrentarse consigo mismo y los conflictos que le desencadenaría involucrarse en la realidad que le resulta tan amenazadora.

Apuntes sobre psicología de la tortura (Ignacio Dobles Oropeza)

Resumen

El autor enfoca el problema de la tortura desde una perspectiva psicosocial.

Concluye que la tortura en nuestro contexto actual de violencia es un tema que amerita un estudio más detenido y profundo, no para ofrecer elementos más sofisticados y técnicos a los torturadores, sino para denunciar dicha práctica y posibilitar la implementación de programas terapéuticos con las personas que han sido víctimas de ella.

Psicología social y tortura

Tomaremos como punto de referencia el artículo 1 de la “Declaración sobre la protección de todas las personas contra la tortura y otros tratos inhumanos y degradantes” de las Naciones Unidas, que ha definido de la siguiente manera a la tortura:

A los efectos de la presente declaración todo acto por el cual un funcionario público, u otras personas a instigación suya, infligen intencionalmente a una persona penas o sufrimientos graves, ya sean físicos o mentales, con el fin de obtener de ella o de un tercero información o una confesión, de castigarle por un acto que haya cometido o se sospeche que ha cometido, o de intimidar a una persona u otras. No se considerarán torturas las penas o sufrimientos que sean consecuencia únicamente de la privación legítima de la libertad, o sean inherentes o incidentales a éste, en la medida en que estén en consonancia con las reglas mínimas para el tratamiento de los reclusos.

Esta definición encierra algunas de las dificultades teóricas y conceptuales que presenta el estudio de la tortura. Podemos por ejemplo, cómo se limita a situaciones “oficiales”. ¿Qué pasa, por poner el caso, con las bandas paramilitares?. La definición no se propone aclarar de manera precisa qué se entiende por tratos o penas crueles, inhumanos o degradantes...

Desde la perspectiva psicosocial, se trata de una relación establecida en un contexto histórico, social y político determinado, en la que se desarrollan acciones agravadas y deliberadas de degradación del hombre. “Independientemente de la personalidad de torturadores concretos, la tortura tiene un fundamento teórico: el aislamiento, la humillación, la presión psicológica y el dolor físico son medios de obtener información, de someter al preso y de intimidar a sus allegados”.

La relación psicosocial inmediata establecida entre torturador y víctima diferencia a la tortura de otras acciones de violencia represiva, y le confiere características especiales.

En la actualidad nos encontramos con el hecho generalmente reconocido de que la participación de “científicos” en la tortura ha aumentado progresivamente en los últimos años, así como que los mecanismos más sofisticados de la tortura moderna no son físicos, sino psicológicos. Así Córdoba (1979) ha delineado un programa de “psicología de la tortura” profundamente humanista que tiene las siguientes funciones:

1. El examen psicológico y el diagnóstico de personas supuestamente sometidas a la tortura.
2. El tratamiento para reducir las secuelas de la tortura.
3. La investigación de técnicas auxiliares para el diagnóstico preciso de los hombres y mujeres torturados a través de sus secuelas psicológicas.
4. La participación en juicio, para mejorar la inviolabilidad de la integridad física y psicológica de los prisioneros y detenidos, cooperar con los juristas en la identificación de sujetos torturados y torturadores.

5. Estudios sobre la motivación, incidencia, aspectos psicosociales de la tortura y la violencia, identificación de torturadores potenciales y criminales: investigaciones sobre prevención de la tortura.

Como dijo Politzer, “la psicología no posee en manera alguna el secreto de los hechos humanos, simplemente porque ese secreto no es de orden psicológico”

¿No llevará un “programa de psicología de la tortura” como el señalado más bien al perfeccionamiento de los mecanismos de tortura existentes, a que sean los agentes de la práctica de la tortura quienes se aprovechen de los descubrimientos realizados?. Esto lleva a interrogantes éticos de carácter sumamente complejo, que han sido abordados por participantes en diversas experiencias.

La psicología de la tortura sería en esencia contestataria.

Constitutivos del acto de violencia en la tortura: algunas reflexiones psicosociales

Martín-Baró (1983) ha señalado cuatro constitutivos de todo acto de violencia: la estructura formal del acto, la “ecuación personal” (aquellos elementos del acto que sólo son explicables por el carácter particular de la persona que lo realiza), el contexto posibilitador de la violencia y el fondo ideológico del acto.

La estructura formal del acto de violencia en la tortura, tenemos una relación en la que se intenta acentuar en la víctima, en un marco de gran impunidad, sentimientos de debilidad, humillación e impotencia, sin que resulte sencillo determinar si se trata de violencia instrumental o terminal. Decía Sartre: “El objeto de la tortura no es solamente obligar a hablar, a traicionar. Es necesario que la víctima se reconozca a sí misma, por sus gritos y su sumisión como una bestia humana a los ojos de todos y a los suyos propios. Es necesario que la traición lo aniquile, lo destituya para siempre de su ser. Al que cede a la tortura no se le ha obligado solamente a hablar. Se le ha reducido para siempre a un estado: el infrahumano”.

Aunque el trabajo terapéutico con víctimas de la tortura no apoya estrictamente el fatalismo absoluto de Sartre en cuanto al destino de las víctimas, esta cita apunta bien a la dificultad en establecer diferencias entre violencia terminal o instrumental en este caso.

También se violenta su dignidad como ser humano.

En lo que concierne a la “ecuación personal”, surge la pregunta sobre hasta qué punto los actos de la tortura llevan el sello de sus ejecutores, siendo producto de sus características psicológicas o personales. En la tortura, el que ordena no actúa, y el que actúa no ha decidido sino que ha obedecido.

La evidencia de que se dispone señala que el torturador, capaz de hacer su “oficio” y después ir a misa, jugar con sus niños, en fin, comportarse como cualquier “semejante”, suele ser producto de un proceso de selección y de “inducción” y formación en su trabajo.

Bandura (1965) ha señalado en sus consideraciones acerca del “aprendizaje social de la agresión”.

Los procesos analizados por Bandura son los siguientes:

1. Atenuación de la agresión por comparación ventajosa.
2. Justificación de la agresión en función de principios más elevados.
3. Desplazamiento de la responsabilidad.
4. Difusión de la responsabilidad.
5. Deshumanización de las víctimas.
6. Atribución de la culpa a las víctimas.
7. Falseamiento de las consecuencias.
8. “Desensibilización graduada”.

Consideramos que los primeros siete son procesos de tipo ideológico. El último, de desensibilización graduada, implica una “formación” en el oficio que es la que nos ocupa ahora.

Dice Bandura (1975): “el cambio se logra comúnmente por un proceso de desensibilización gradual, en que los participantes no reconocen totalmente los cambios marcados que han sufrido. En un principio, los individuos son inducidos a realizar actos agresivos que pueden tolerar sin remordimientos excesivos. Después de que, por la ejecución repetida, se les exige el malestar y el autorreproche, el nivel de agresión se aumenta de manera sucesiva hasta que por último pueden, sin afligirse demasiado, cometer actos infames que originalmente consideraban aberraciones”.

La formación del torturador y la ejecución de sus funciones, no se basan exclusivamente en sustratos psicopatológicos de la personalidad, sino que son resultados de contextos sociales determinados.

Atxoutegui ha llegado a preguntarse (1982) si no debería existir una categoría psicopatológica denominada “normópata” que define cómo “el individuo que se adapta a las normas impuestas por la clase dominante de su sociedad y que jamás adopta posturas independientes o rebeldes cuando llega el caso”.

En cuanto al “fondo ideológico” de la violencia en la tortura podemos decir que si entendemos el objeto de estudio de la psicología social como “la acción en cuanto ideológico” (Martín-Baró), tendríamos que remitir la violencia incluyendo los actos de tortura, a una realidad social configurada por intereses sociales determinados, en la que surgen valores y racionalizaciones que tienen la función de reproducir el estado de cosas vigentes, esta vez a nivel ideológico. Este fondo ideológico puede ser analizado en dos vertientes: una de carácter más inmediato, de justificación de la situación internacional entre torturador y víctima y otro, a nivel más global, en el flujo ideológico de la sociedad, de representación, valoración o legitimización del hecho de la tortura.

La justificación ideológica de la tortura, para el ejecutor de la misma, suele inscribirse en los marcos de la llamada “doctrina de seguridad nacional”, en la que se concibe a las fuerzas armadas fundamentalmente como instrumentos represivos internos, en una “guerra interna” contra opositores políticos, o incluso, ya en otra dimensión, de “guerra permanente contra la delincuencia”, etc. Esta polarización extrema justificaría prácticamente cualquier tipo de procedimiento.

Relacionamos este proceso con el de la valoración de la víctima por parte del torturador. Se trata no sólo de mecanismos de “desvalorización”, deshumanización, etc., que por supuesto están presentes y cobran gran importancia, sino que también puede darse una “sobrevaloración” de la víctima. Así el torturador, el degradado, cumple con el “sagrado deber” de luchar contra amenazas “de grandes proporciones”.

El torturador estaría defendiendo a “toda la sociedad” de una futura actual agresión por parte de fuerzas poderosas. Un acto de violencia mediante el cual una persona se defiende contra una agresión resulta en principio más justificable que en un acto de violencia buscando por sí mismo como expresión pasional o instrumental de otros objetivos. El torturador legítima en mayor grado sus acciones. Mientras más daño se hace más se lo merece, y por tanto requiere mayor justificación.

Jones y Aronson (1973) en un estudio encontraron que en casos de violación, se le atribuye más culpabilidad a la víctima en casos de que sean personas menos acordes en sus características personales con lo que se considera “bien adaptado” por la ideología dominante. Esto llevo a pensar que en el caso de tortura, mientras menos “lógica” resulta la agresión contra la víctima, más legitimación se tendería a encontrarle al acto.

Existe en realidad poca información empírica acerca de lo que piensan diferentes sociedades o sectores sociales acerca de la tortura.

En el caso de la tortura, si ella existe no puede deberse a una maldad y sadismo injustificados, de uno hacia otros, ni a la arbitrariedad. Debe haber una causa eficiente y suficiente y ella por otro mecanismo ideológico, el de culpabilización de la víctima, reside en el individuo torturado. “Si lo torturan, algo habrá hecho para merecerlo: causar daño, ser malvado, ser un delincuente, atentar contra el orden público...”.

El propio torturado, en última instancia, sería el responsable de que exista la tortura, y otros ciudadanos pueden legitimar su indiferencia, su pasividad ante los hechos.

En cuanto al “contexto posibilitador” de los actos de violencia en la tortura, debe existir un contexto propicio tanto para el desencadenamiento como para la ejecución del acto violento. Puede referirse a la situación inmediata o al contexto general, histórico-social, que genera hechos como la tortura en lo fundamental como respuesta de sectores dominantes a la oposición que sus acciones generan en la sociedad.

El contexto interaccional inmediato en la tortura es de dependencia extrema por parte del torturado y de dominio completo de la situación por parte de los torturadores.

La interacción forzada que se lleva a cabo en la tortura está llena de situaciones absurdas, desconcertantes, de todo tipo de presión psicológica y física. Se intenta “llevar al torturado a un punto en que no sepa diferenciar la verdad de la mentira”.

En cuanto al contexto facilitador de la tortura en su sentido más amplio, se trata de acciones que buscan instaurar el terror en la población y el miedo a la acción socio-política. Con este tipo de acciones se busca, según el caso, llevar a los individuos o a la colectividad a la negación y deformación de la realidad, al aislamiento del universo valorativo de la práctica cotidiana, la idealización y fijación en el pasado, o la desinversión del pasado (olvidarse de lo que pasó). (Paez, 1982).

El fenómeno de la tortura y su interpretación (Enrique Bustos)

Sólo a través de una actividad terapéutica, que comprenda la objetividad de la realidad externa y la subjetividad del mundo psíquico interior, pueden conseguirse procesos reparatorios donde lo externo y lo interno se unan en una relación creadora, transformadora y emancipante.

Durante los últimos quince años, el fenómeno de la tortura ha atraído la atención de ciertas organizaciones internacionales, las cuales han posibilitado un aumento de las actividades de denuncia de un terror conducente a la destrucción de los valores más esenciales y primarios de la condición humana. El aumento objetivo del uso de la tortura en los últimos años emana de los modelos dictatoriales y también de una agudización de contradicciones inherentes a sociedades en crisis. La actual forma de distribución, internacionalización e inmediatez de los medios de comunicación de masas ha posibilitado el contacto del hombre medio con los efectos y consecuencias de la tortura.

A partir del siglo XVIII se adoptan en la mayoría de los países europeos medidas contra el uso de la tortura, consistentes en leyes y actitudes condenatorias, empero, su práctica continúa. El nivel de atrocidad de la represión nazi conllevó a la formulación “nadie será sometido a torturas ni a penas o tratos crueles, inhumanos o degradantes” contenida en el art. 5 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, aprobada por la Asamblea General de las Naciones Unidas en 1948.

A pesar de ello, la tortura sigue siendo usada por los estados asociados de la ONU en un grado tal que, en el último decenio, se aprueban una serie de nuevas resoluciones, pautas y prohibiciones respecto de ella.

El año 1975 encuentra que tres importantes organizaciones mundiales (ONU, Asociación Médica Mundial y Amnistía Internacional) formulan definiciones sobre qué es la tortura, adoptando a la vez una serie de resoluciones en contra de ella.

Estas declaraciones y resoluciones proporcionan un marco de referencia conceptual para entender la tortura y sus efectos.

Entre los aspectos nuevos de estas declaraciones, el reconocimiento de que el ejercicio de la tortura tiene objetivos más allá del obtener información; provoca dolor psíquico y es aplicada sistemáticamente por representantes estatales.

En general existe un entendimiento de que la tortura es una actividad intencional y premeditada, programada sistemáticamente para la producción de dolores físicos y psíquicos y que, además, constituye un asalto violento a la integridad humana.

Pero la tortura y su ejercicio actual van más allá de las raíces etimológicas del concepto (lat: torquere, tortur, tortura-retorcer, tormentar, inflingir dolor). También es una demostración de poder y un reflejo de la relación entre los detentores de éste y los reprimidos por el mismo. En términos políticos, la tortura es el nivel represivo más agudo del enfrentamiento de las fuerzas sociales a través de sus representantes envueltos en una relación donde la dominación y lo inerme reflejan en su dialéctica, conflictos ineludibles del sistema.

Junto con el castigo y la obtención de información existe la finalidad de destruir y quebrantar al sujeto, par por medio de la ejemplificación, aterrar a la población y a los opositores del régimen o sistema uela aplica.

Las consecuencias de este fenómeno institucionalizado corroen la sociedad toda, agudizando la desarticulación de una interacción social cotidiana.

A un grado tal que las relaciones humanas, a causa del miedo, el silencio, el quiebre de lazos solidarios y la distorsión de la realidad se convierten o se ven amenazados de convertirse en reflejos del sistema de valores de un poder totalitario.

El ser objeto de la tortura implica una experiencia extrema, que para muchos conlleva un costo psíquico y físico, cuyos lastres y consecuencias familiares, económicas y sociales son cargados por años.

El definir el fenómeno de la tortura exclusivamente en un marco político, donde su objetivo se plantea en términos globales como la conservación del poder mediante el terror, implica que nuestro accionar tiende primordialmente o se remite sólo a la lucha concreta para la eliminación del régimen que la utiliza. Ello implica desconocer que es nuestro "Lebensweli" (aprox. "Mundo vital" o "mundo de la vida") el que determina nuestras acciones y nuestra praxis cotidiana.

El sólo prestar atención a las dimensiones del conflicto que toma lugar en la cámara de tortura en términos políticos, no permite dejar lugar al mundo emocional y vivencial del individuo, con sus respuestas de entonces y ahora.

El saber de la omnipotencia de los torturadores y lo inerme del torturado (en términos físicos y psíquicos), nos lleva a revertir los roles, otorgándole (y exigiendo en nuestro código moral interno) al torturado una omnipotencia frente al ejercicio de la tortura y desvalorizando la condición humana del torturador (animales, bestias, etc.). Este revestimiento lleva paradójicamente a la negación del contenido político del fenómeno de la tortura. O sea, el ejercicio consciente, sistemático, con objetivos definidos, por sujetos humanos, integrados y partícipes de un sistema de valores que usa recursos extremos para la defensa de sus intereses.

En el otro extremo de este espectro podemos situar la cosificación absoluta del individuo, transformándolo en una entidad diagnóstica, reconocible por sus síndromes y dolencias, que posibilitan su incorporación, en términos objetivizados, a esquemas teóricos que rigen la relación psicoterapéutica futura.

Esta objetivización implica que nuestra actividad se convierte en una actividad manipulatoria, tendiente sólo al desaparecimiento de la sintomatología y no en una actividad conducente al rescate del sujeto intencional, con una motivación emancipadora.

El aspecto vivencial pasa a ser un diagnóstico y el mero hecho de haber vivido la experiencia de la tortura sugiere la necesidad de un modelo fijo de tratamiento y con ello la estigmatización. Al sujeto se le priva de una interioridad sustantiva y se le escamotea su propositividad, reflexión e intencionalidad, mostrada en sus conflictos, problemas y pesares por los cuales requiere nuestra ayuda.

El contemplar al sujeto como un sistema o como un factor constituyente de un sistema basado en interacciones causales es también otra forma de negación del carácter humano del sujeto y de su mundo vital. Todo sujeto puede ser analizado en una perspectiva manipulatoria y mecanicista, y ser sometido a técnicas manipulativas tendientes a cambios relacionales, pero sustrayéndole su historicidad y con ello, responsabilidad histórica.

La postulación del fenómeno contemporáneo de la tortura como un instrumento represivo en la estrategia estatal de dominación, usado para obtener información, castigar y aniquilar física, psíquica y, o moralmente a los directamente afectados (o terceros), para con ello intimidar y paralizar mediante el horror que ella conlleva al resto del cuerpo social, implica una comprensión y valoración que permite superar las posiciones anteriormente descritas.

Entender la tortura como un fenómeno implica otorgarle un valor real, objetivo y social. Este fenómeno atraviesa la sociedad, su estructura y sus miembros, tanto a nivel vertical como horizontal. En nuestra labor psicoterapéutica, estos niveles se entrecruzan e implican una dinámica constante que cuestiona y pone a prueba nuestra actividad psicoterapéutica.

Es sólo a través de una actividad terapéutica, que comprenda tanto la objetividad de la realidad externa y la subjetividad del mundo psíquico interior, que podremos emanciparnos, tanto psicoterapeutas como pacientes, de las consecuencias de la tortura y trabajar conjuntamente por la erradicación de un síntoma perteneciente a un desorden social, llamado orden establecido.

El miedo y las dictaduras militares (Manuel Antonio Garretón)

El miedo ha acompañado siempre la historia de la humanidad y de las sociedades. El miedo a la muerte, a la destrucción de la identidad, a la sociedad, al retorno del pasado, al futuro, al dolor, a lo desconocido, forman parte de la precariedad de la condición humana. Las luchas necesarias contra el miedo, otras tantas formas de “burlar a la muerte”, no tienen otra victoria posible que reducir las condiciones que lo producen o superar circunstancias precisas que lo determinan, sin poder nunca eliminarlo.

Todas las sociedades y los regímenes políticos tienen formas particulares y conscientes de crear y combatir el miedo. Los regímenes democráticos no eliminan el miedo en la sociedad, pero generan mecanismos de control y superación para ciertos tipos de miedo. Los regímenes militares de los que nos ocuparemos aquí, se caracterizan por una regresión histórica en que el miedo predominante es el miedo primitivo, el miedo a la muerte. No por casualidad el tema predominante bajo estos regímenes es el tema de los derechos humanos, que son la proyección y extensión histórico-cultural del derecho de la vida.

Nos ubicaremos en una perspectiva sociológica muy limitada: las dictaduras militares que desde los sesenta emergieron en el Cono Sur de América Latina.

Hay dos tipos básicos de miedo, que pueden ilustrarse con las experiencias infantiles:

- la “pieza oscura”: miedo a lo desconocido, incertidumbre respecto a algún mal que se sabe existe, pero del que no se conoce su naturaleza exacta. Se percibe que el daño o golpe es inminente, pero se ignora de dónde y cómo viene.
- el “perro que muerde”: miedo causado por la certeza de la amenaza; se sabe, por memoria o anticipación, del mal que se va a sufrir y es a esa experiencia, cuyas dimensiones dañinas se conocen perfectamente, a la que se tiene miedo.

Por otra parte, tratándose de fenómenos políticos, vale la pena distinguir el miedo de los vencidos y el miedo de los vencedores.

- El miedo de los vencidos está atrevasado por los sentimientos de derrota o percepción del poder avasallador del enemigo, fracaso propio o pérdida de la oportunidad de realización personal y colectiva. Se combina el terror ante la represión sufrida en carne propia con el miedo a lo que vendrá, a la nueva situación creada portadora de amenazas que se desconocen.
- El miedo de los vencedores está hecho del trauma vivido antes de la victoria, del oscuro presentimiento de que la máquina represiva contra los vencidos puede transformarse en un monstruo incontrolable, de sensación de que toda victoria es efímera y del terror a la vuelta de tortilla y a la revancha de los vencidos.

Los miedos por incertidumbre y por certeza de la amenaza, y la mutua alimentación de los miedos de vencidos y vencedores, atraviesan todas las fases de los regímenes militares y tienen consecuencias importantes para los procesos de transición y consolidación democráticas.

Las dictaduras militares que se instauraron en Argentina, Brasil, Chile y Uruguay en las dos últimas décadas son regímenes a la vez, reacción contra la sociedad precedente e intentos fundacionales de crear un nuevo tipo de sociedad, dirigidos por las fuerzas armadas y apoyados por sectores civiles que corresponden gruesamente a lo que puede denominarse derecha económica y política.

Estos dos rasgos, el reactivo-represivo y el fundacional transformador, pueden distinguirse cuatro fases en la evolución de estas dictaduras, aunque algunas se traslapen:

1. La fase Reactiva
2. La fase Fundacional
3. La fase de Crisis Recurrentes
4. La fase Termina.

En cada una de las fases tienden a predominar ciertos tipos de miedos, como veremos en lo que sigue.

El reinado del miedo

La fase reactiva, que normalmente tiende a coincidir con el período inmediatamente posterior a la instalación del régimen militar, se caracteriza por el intento de desactivación y desmantelamiento del sistema político social precedente, principalmente a través de la represión. Un momento eminentemente militar, la eliminación del enemigo por cualquier medio. Este enemigo es fundamentalmente el sector derrotado por el golpe militar, también los cómplices y en general, la intervención militar.

La ideología predominante es militar y de guerra: la llamada “doctrina de seguridad nacional”.

No parece que pueda hablarse de oposición en sentido estricto. Estamos frente a una situación más elemental de resistencia y sobrevivencia física y, a lo más, organizacional.

Éste es el momento en que el miedo parece haberse apoderado de la sociedad entera. Es un miedo generalizado, propio de situaciones límites. Y este clímax de miedo es estimulado y agudizado por la propaganda oficial, que activa el miedo de los vencedores mostrando cuán cerca se estuvo de una catástrofe para ellos, el de los vencidos mostrando los éxitos de la represión, y el de la sociedad entera denunciando la presencia de un enemigo oculto no eliminado aún y llamándola a colaborar en su destrucción.

El miedo de los vencidos es un miedo primario, existencial: es el terror a la muerte y a la pérdida de la integridad física, a la desaparición, a la tortura, a la separación de todo un tejido de significaciones intelectuales y afectivas, al destierro, aun mundo de oscuridad. Hay una combinación del miedo por certeza (“el perro que muerde”) con el miedo por incertidumbre (“la pieza oscura”).

En una situación en que el Estado es omnipotente y la sociedad aparece como subterránea, clandestina o sumergida, la lucha contra el miedo tiende a ser individual, y atomizada, cada cual buscando el refugio en el núcleo más íntimo, en los grupos primarios.

El miedo de los vencedores es el residuo de miedos anteriores vividos durante la crisis que culminó con el golpe, la sobrevivencia de un trauma o de la sensación de amenaza a la seguridad. El alivio que provoca el golpe transforma este miedo al pasado en complicidad tácita o explícita, y en algunos casos, en actos de venganza concreta.

El miedo al pasado se convierte en un oculto miedo al presente, al Frankenstein, que se ha contribuido a crear y que no se controla.

Impotencia y sublimación

el momento transformador o fundacional corresponde al intento del régimen militar, sin perder su carácter represivo, de reconstituir la sociedad y gestar un nuevo orden social adecuado al tipo de capitalismo autoritario que se desea implantar. Es el momento de grandes planes, las institucionalizaciones, la implementación de medidas que revierten viejas conquistas de los actores sociales, especialmente populares, las idealizaciones, los milagros y booms económicos, los plesbicitos desde arriba, o las aperturas triunfalistas que buscan incorporar subordinadamente a sectores anonanados a la creación de la gran potencia o de la futura nueva democracia. Propia de esta fase es la constitución de un núcleo civil-militar hegemónico que define la dirección y el contenido del proyecto de sociedad. Predomina en el núcleo gobernante la utopía de instaurar un tipo de sociedad en donde la política desaparezca para siempre.

La oposición tiende a ser más social y cultural en este tiempo, aparatos políticos, los partidos, no se reponen totalmente de la desarticulación, e intentan reencontrarse con el movimiento social. Expresiones artísticas y literarias que expresan la nueva realidad y la crítica a ella. Hay una reactivación de la actividad sindical, del movimiento de mujeres y de otros sectores afectados por los cambios socioeconómicos impuestos por el régimen. Se producen desgajamientos de apoyos iniciales a la dictadura, por reacción a su prolongación y excesos, o por descontento frente a las transformaciones sociales y económicas mencionadas. La oposición, a la vez, tiene que reconstruir la relación entre lo político y lo social, y oponerse no sólo al carácter dictatorial del régimen, sino a las medidas y políticas que éste implementa, en una situación de fragmentación y semiclandestinidad.

El miedo de los vencidos, el punto de vista de la represión nada ha cambiado significativamente, un nuevo miedo, el de la incertidumbre, no ya solamente a la represión física, frente a los cambios mismos en las condiciones materiales y culturales de vida. Es también miedo por impotencia frente al Estado todopoderoso frente al cambio, frente a un presente y un futuro que no se controlan.

El miedo a los vencedores se ha sublimado en la orgía consumista, en la ilusión de un futuro que habrá eliminado para siempre la vuelta al pasado, en la aceptación de que si hubo costos que pagar “hoy estamos bien y mañana estaremos mejor”.

Si en la fase anterior predominan el Estado y la sociedad subterránea, éste es el momento de la sociedad esquizofrénica: la del milagro y la euforia, y la subterránea y del miedo.

Esperanza e incertidumbre

La fase de crisis recurrente, que puede arrastrarse por largo tiempo, se caracteriza porque el régimen militar o no pudo implementar su proyecto fundacional o éste se agotó, por diversas razones que no cabe analizar aquí. Estamos frente a un régimen que no tiene otro proyecto que su sobrevivencia, que perdió su capacidad de oferta y convocatoria frente a la sociedad, por limitada que ésta siempre haya sido.

La descomposición del núcleo en el poder, el aislamiento del poder militar respecto a la sociedad; la adopción de políticas erráticas, la incoherencia de los planes de gobierno; las presiones corporativas de sectores que se desgajan del régimen; las movilizaciones populares contra éste, la “resurrección de la sociedad civil”; los endurecimientos represivos contra tales movilizaciones, y, a veces, las aperturas obligadas desde arriba para neutralizar sectores desestabilizadores. El problema de la oposición es cómo transformar los descontentos y movilizaciones en fuerza política unificada, que convierta la crisis recurrente en crisis terminal. Implica recoger a los sectores que se desgajan del régimen y hacer creíble y consensual una propuesta de término.

La percepción de las debilidades del régimen, las movilizaciones masivas, la generalización de la crítica, las aperturas obligadas de espacios políticos para contener esa movilización, llevan a una superación parcial del miedo de los vencidos. La presencia de los otros refuerza la propia seguridad; el temor privado cotidiano trasciende a la acción colectiva y se convierte en coraje y sensación de heroísmo; la esperanza de que las cosas puedan cambiar alivia parte del miedo siempre presente. Se trata de una superación parcial en la medida en que los resultados son inciertos y que el causante de los traumas están aún allí y en cualquier momento puede desatar la represalia. La incertidumbre no desaparece y, por momentos, se agudiza, muchas veces, la propaganda oficial vuelve a alimentar los miedos de la época del golpe, a recordar el “caos”, y este renacer del miedo toca a ciertos sectores que se estaban movilizándose contra el régimen, pero que pasada la primera euforia, tienden a retraerse ante la incertidumbre y la amenaza.

Una revitalización de los vencedores, estimulado por la propaganda oficial de “vuelta al caos”, es miedo por incertidumbre. Frente al régimen fracasado y sin proyecto, la oposición es vista como incapaz de propuestas concretas de término. No hay adhesión al régimen, pero hay miedo al cambio.

Regresiones, residuos y exorcizaciones

la fase terminal se refiere a las formas y mecanismos de retiro del poder de las fuerzas armadas. La fase de transición se refiere al establecimiento de un régimen de reemplazo, en este caso, un régimen democrático. Se trata de momentos principalmente políticos que combinan procesos de descomposición de régimen, movilizaciones sociales orientadas a metas político-institucionales, negociaciones entre titulares del poder y oposición (puesto que en estas transiciones no hay derrota militar o modelo insurreccional revolucionario), y mediaciones entre régimen y oposición por parte de actores o instancias que se ubican por encima de aquéllos. El núcleo en el poder y los sectores dominantes en el

régimen buscarán preservar la integridad e impunidad institucional de las fuerzas armadas y la mayor cantidad posible de garantías para los privilegios y conquistas obtenidas. La oposición buscará asegurar el rápido establecimiento de elecciones democráticas y la constitucionalización del país.

El miedo predominante en estas fases es el miedo de los vencedores, que serán los vencidos en el proceso de transición. Los crímenes cometidos empiezan a ser reconocidos en la sociedad y las demandas por justicia y castigo se generalizan. Es el miedo a la “vuelta de la tortilla”, la conciencia del mal ocasionado. Este miedo lleva a los aparatos represivos a intentar los últimos coletazos.

Las fases terminal y de transición pueden ser vistas como períodos de exorcización del miedo en los vencidos, ya sea porque las movilizaciones con sello triunfador ahora refuerzan la seguridad y sentimiento de protección de los individuos; ya sea porque se ve desmoronarse los aparatos represivos, ya sea porque aseguran castigos a los culpables de los crímenes; ya sea porque la derrota inminente de los vencedores de ayer provoca un alivio personal y colectivo, y el conocimiento generalizado de lo que ocurrió y la denuncia masiva de los crímenes provocan. Hay probablemente huellas indelebles en los que sobrevivieron residuos que afectarán no sólo sus comportamientos individuales y la vida privada, sino su forma de adaptación a la sociedad, su confianza en los otros y en las instituciones su aceptación o rechazo de la política.

Producción y superación

Más que otras dictaduras, los regímenes militares del Cono Sur fueron sistemas institucionalizados de producción y difusión del miedo. Contaron para ello con aparatos represivos y de propaganda desconocidos hasta entonces.

La construcción de este sistema se hizo combinando el miedo por certeza de peligro (“el perro que muerde”) con el miedo por incertidumbre (“la pieza oscura”). El primero, a través de la represión física misma, la amenaza, el control de la población, la propaganda, el poder omnímodo del Estado, el segundo, a través de la desinformación, la ausencia de reglas, propia de la guerra, la falta de espacios de encuentro y reconocimiento entre los sujetos, la exacerbación de la irracionalidad, el estilo arbitrario y autocrático para imponer el cambio.

Este sistema de producción de miedo estuvo permanentemente atravesado por luchas por superarlo, aunque nunca se pudiera eliminarlo. Hubo superaciones falsas a través de la sublimación del miedo de los vencedores en la euforia consumista y en la ilusión de “grandeza nacional”, pronto derrumbada. Pero hubo formas auténticas de superación por parte de los derrotados y las víctimas, y de las instituciones y organizaciones sociales, religiosas y políticas que se identificaban con ellas. Las luchas por las libertades públicas, los recursos de defensa frente a una justicia que generalmente renunció a su misión, la denuncia de los crímenes, las movilizaciones contra el torturado, los desaparecimientos y, en general, los aparatos represivos, buscando imponer límites al poder estatal, intentaron superar o enfrentar el miedo por certeza del peligro o amenaza. Las luchas por la información libre, por la participación por la libertad y fortalecimiento de las organizaciones sociales y políticas, intentaron disminuir los márgenes de incertidumbre y de impotencia, superando así el miedo que éstas provocaban.

Es posible que los procesos de término del régimen y de transición a la democracia no permitan una exorcización de todos los miedos o que el tiempo mediante no haya sido suficiente para su absorción y superación. Las sociedades tienen grandes capacidades de absorber experiencias dramáticas y gestar su futuro sin referencia directa a la memoria de éstas.

No sabemos cuánto de los miedos creados y por los regímenes militares ha quedado y quedará en los individuos y en las memorias colectivas.

En todo caso, y aunque nunca el miedo puede eliminarse del todo, la sociedad democrática deberá enfrentar la posible herencia del miedo que se recibe de estas dictaduras militares, si no se quiere vivir permanentemente amarrado a traumas y fantasmas que de una u otra manera se harán presentes. Más allá de la catarsis y exorcizaciones del período de transición, ello deberá hacerse en dos planos. La sociedad y el régimen político deberán ejercer un control mucho más estricto y una penetración mayor sobre las organizaciones productoras de miedo, las fuerzas armadas. Será necesario desarrollar instituciones que resuelvan los problemas pendientes de exorcización de los miedos a través de la justicia respecto de los crímenes cometidos, aunque ésta no sea otra cosa que el conflicto y difusión de la verdad, si los castigos justos y las reparaciones no fueran ya posibles. Habrá que pensar en crear y fortalecer instituciones que precisamente enfrentan los dos tipos de miedo producidos por las dictaduras militares. Unas, destinadas a promover las libertades y garantías para los individuos y organizaciones, a reformar los sistemas judiciales, asegurar los recursos de protección individual y colectiva, a poner límites al uso de poder en las diversas instancias, para reducir el miedo por

certeza de la amenaza. Las otras, destinadas a promover la participación, la organización social en distintos niveles, la información y el conocimiento, para reducir el miedo por incertidumbre.

El desafío consiste en la constitución de fuerzas políticas capaces de crear instituciones que, sin pretender una sociedad sin miedo, al menos permitan sepultar los miedos del pasado.

3. PATOLOGÍA PSICOSOCIAL DE LA GUERRA

Guerra y trauma psicosocial del niño salvadoreño (Ignacio Martín-Baró)

El trauma psicosocial

La labor curativa del psicólogo es necesaria; pero limitada a eso, puede convertirse en un simple paliativo que contribuya a prolongar una situación generadora y multiplicadora de los mismos males que se pretenden curar.

Nuestro análisis debe extenderse a las raíces de esos traumas y, por tanto, a la guerra misma en lo que tiene de situación social psicopatológica.

En psicología hablamos de trauma para referirnos a aquellos problemas psíquicos originados por el impacto que una determinada experiencia o vivencia tiene una persona. Se trata de una experiencia brusca, que por lo general se presenta de forma imprevista y que, en todo caso, tiene un carácter patógeno, generador de un daño psíquico.

Son algunos de los presupuestos, más o menos implícitos, lo que sesgan nuestra comprensión del trauma psíquico. Mencionaré tres de ellos: la brusquedad, la imprevisibilidad y el carácter individual de la experiencia traumatizante.

Es con todo el presupuesto implícito de la individualidad de la experiencia traumática el más engañoso. Se puede comprender lo que es el trauma psíquico de manera similar a como se puede comprender el trauma orgánico: examinando al individuo afectado, su herida o lesión individual. Se trata del llamado “modelo médico” que mucho me temo sea todavía la perspectiva asumida por la American Psychiatric Association (1983) al definir el “desorden del estrés postraumático” en el DSM III.

Lo parcial de esta visión lo ofrece el que se haya podido hablar de traumas sociales para referirse a aquellas experiencias que afectan a toda una población como una totalidad, como un sistema.

El problema inherente al “modelo médico”, su abstracción respecto a las realidades sociohistóricas y su insistencia en ubicar los trastornos en la particularidad, orgánica o funcional, según el caso, de cada individuo, sin conceder suficiente consideración a la naturaleza social de las personas. Por eso, por lo menos en lo concerniente a los problemas psíquicos ligados a la situación de guerra, hablemos de un trauma psicosocial (Martín-Baró). Con este matiz conceptual pretendo aludir a tres aspectos que me parecen esenciales para una adecuada comprensión de la realidad del trauma psíquico:

- a) el trauma tiene un carácter dialéctico. La naturaleza del trauma hay que ubicarla en la particular relación social de la que el individuo sólo es una parte. No puede predecirse sin más que un tipo de situación social vaya a generar mecánicamente un trauma a cualquier persona, o que un determinado tipo de persona nunca sufrirá un trauma. Se afirma su carácter histórico.
- b) Las relaciones sociales: su mantenimiento es el que alimenta y multiplica los casos de individuos traumatizados.

El trauma psicosocial constituye así la cristalización concreta en los individuos de unas relaciones sociales aberrantes y deshumanizadoras, como las que prevalecen en situaciones de guerra civil (Martín-Baró, 1988). Esto significa que la cadena tiende a romperse por el eslabón más débil (los sectores sociales más desprotegidos) o por el eslabón más débil (los sectores sociales más directamente alcanzados por el conflicto y la actividad bélica).

Planteamos dos tesis:

1. El trauma psicosocial puede ser parte de una “norma anormalidad” social.
2. Afecta muy particularmente a los niños, que deben construir su identidad y desarrollar su vida en la red de esas relaciones deshumanizadoras.

La infancia y la guerra

Resumimos algunos de los resultados más consolidados por la investigación psicosocial respecto a los problemas concernientes a los niños en situaciones de guerra (Hoppe, 1985).

Se puede distinguir entre el impacto de las acciones bélicas sobre los niños que viven en las zonas más conflictivas (problemas relacionados con el miedo) y los que viven en zonas menos conflictivas o afectadas por las operaciones estrictamente bélicas (problemas más relacionados con la ansiedad). El miedo es una emoción negativa frente a un objeto amenazador conocido; la ansiedad es una emoción frente a una amenaza indefinida, ante un objeto cuyas características no son bien conocidas.

Hay dos grandes tipos de experiencias traumatizantes para los niños:

- a) la experiencia de hechos de violencia y destrucción, empapados con frecuencia por la crueldad y el horror,
- b) la experiencia de las separaciones físicas y personales.

Aunque la reacción inmediata de los niños frente a los hechos de carácter traumatizante suele ser fuertemente emocional (gritos, llantos, terror), es característico que desarrollen también un patrón relativamente estable de insensibilidad emocional, es decir, que el exceso costo emocional de las experiencias vividas los lleve a una desensibilización defensiva que los hace aparecer como fríos, insensibles, y aun carentes de emociones en la vida cotidiana. (Punamaki, Lindqvist).

Los trastornos infantiles ocasionados por la guerra suelen adoptar formas bien tipificadas: terrores nocturnos, deterioro de la capacidad de atención, conductas regresivas, la paradoja emocional entre la aparente insensibilidad cotidiana y el eventual desbordamiento emotivo, irritabilidad general y sensibilidad al ruido repentino y, sobre todo, múltiples tipos de somatizaciones. La prolongación de las experiencias traumatógenas lleva con frecuencia a los niños a buscar la fuga psíquica hacia la fantasía (Lindqvist, 1984). En algunos casos estas fugas abocan al desarrollo de síndromes esquizoides más o menos graves, que permiten a los niños huir de una realidad que no logran manejar.

Los miembros más cercanos de la familia filtran para los niños el impacto de las experiencias de guerra (Fraser, 1983; Ressler, 1984). Si los familiares reaccionan con calma y serenidad el impacto negativo es mucho menor que si reaccionan con agitación y pánico. Es opinión común que aunque la guerra marque a un niño, no tienen por qué estigmatizarlo ni traumatizarlo, siempre y cuando cuente con el apoyo debido de sus familiares. La guerra tiende a privar a los niños de la presencia de sus padres y hermanos, ya sea porque están muertos, ya sea porque se encuentran luchando en los frentes de batalla. Pero, cuando pueden contar con su presencia, es difícil por lo general que los adultos mantengan el comportamiento equilibrado que los niños necesitan, ya que las circunstancias de peligro o la situación de refugiados los obliga a una permanente cercanía y hacinamiento.

Mentalmente, el desarrollarse en un contexto de guerra lleva a aceptar como evidente la legitimidad de la violencia, cuando no a la militarización de la propia mente.

La guerra lleva al niño a desarrollar diversos tipos de resistencia frente a las experiencias traumatógenas. El carácter de esas resistencias depende de otros factores, como la edad en que el niño empieza a vivir la guerra o la presencia y reacciones de sus familiares más cercanos. Una resistencia, ya mencionada es la huida hacia la fantasía que puede culminar en síndromes más o menos paranoicos (aunque hay quienes mantienen que cierto aislamiento es terapéuticamente beneficioso); pero otras formas de resistencia psíquica más positiva son el desarrollo de un mayor control interno y el compromiso político con una causa. Las situaciones generadas por la guerra ofrecen oportunidades para que las personas saquen lo mejor de sí mismas con comportamientos altruistas hacia los demás, o que desarrollen virtudes solidarias, tan poco estimuladas por los valores del sistema dominante en tiempos de paz.

Para muchos individuos la consecuencia más trágica de la guerra es que tengan que pasar su infancia sin poderla vivir como niños: una infancia sin amor y sin juegos, sin cariño ni ilusiones.

Los hijos de la guerra salvadoreña

En este contexto de guerra, el niño salvadoreño enfrenta hoy tres importantes dilemas existenciales como parte esencial de las tareas de su desarrollo:

1. Acción-huida

Hay dos formas principales como los niños pueden involucrarse en una guerra: tomando parte activa en ella o siendo sus víctimas. No son excluyentes, ya que muchos niños caen como víctimas al tomar parte activa en las confrontaciones bélicas, o se incorporan a la lucha armada al sentirse víctimas de la guerra.

El niño soldado se le instruye y forma en el uso de la violencia, se llena su mente con imágenes polarizadas y maniqueas de bondad o maldad absolutas, se le enseña a plantear la existencia en términos de hostilidad contra un enemigo y, como ideal, se le pide arriesgar su existencia bajo el señuelo del heroísmo patriótico.

El niño-víctima es aquel que sufre en su propia carne el desastre de la guerra: experiencias de violencia y escasez, bombardeos y enfrentamientos, muerte o herida de familiares cercanos, destrucción y acoso, carencia de alimento y de cariño. Al niño-víctima no le queda por lo general más alternativa que la huida, el alejarse lo más posible de los lugares de confrontación.

El niño-víctima es atezado por la vivencia del miedo y del horror. Para él no hay heroísmo posible, sólo impotencia y privación; para él la violencia se muestra no en su faceta de poder, sino de destrucción; lo militar representa la amenaza permanente, el símbolo y portador de la muerte, el rechazo social a su presencia en el mundo. Hay también una minoría de niños salvadoreños a los que su privilegiada situación social les ahorra este dilema.

También ellos pueden ser víctimas de la guerra, a través de una huida social, ciertamente física y mental, aunque de naturaleza muy diferente a la huida violenta de los pobres.

2. Identidad-alienación

El niño tiene que construir su identidad en un contexto de violencia generalizada, donde la alternativa es asumir agresivamente una identidad socialmente estigmatizada o aceptar el cierre de opciones y someterse a una identidad impuesta, preñada de elementos deshumanizantes (ya sea desde la vertiente opresora o, más comúnmente, desde la vertiente oprimida).

Este problema ha sido tratado en profundidad por el equipo de chilenos (Lira, Weinstein y otros). El planteamiento básico se centra en el clima de miedo, cuando no de terror, en el que tienen que desarrollarse y actuar las personas a las que el poder establecido considera como enemigas e incluso como potenciales simpatizantes del "enemigo". El miedo cierra la posibilidad de desarrollar una personalidad de acuerdo a las opciones sociales y personales libremente asumidas por cada cual. Se produce una apatía política colectiva (la renuncia o el abandono de la identidad política considerada deseable).

En caso de asumir esa identidad deseada, hay que cargar con el riesgo objetivo de la represión y el miedo subjetivo, así como con el sentimiento de culpa frente a la propia familia, puesta en peligro por esa opción política personal.

Socializarse en un contexto de guerra, la estrictamente militar y la psicológica, pone al niño en el dilema de construir una identidad interiorizando la violencia, la mentira institucionalizada y el tipo de relaciones sociales deshumanizadoras, o una identidad socialmente estigmatizada, con frecuencia no menos violenta, y que tiene que recurrir a la mentira social, el juego de la falsedad pública y la autenticidad clandestina, como requisito de supervivencia. Con mucha frecuencia ni los padres ni los maestros o educadores tienen conciencia de él y, por tanto, no ayudan al niño a enfrentarlo constructiva y creativamente. Punamaki (1987) ha encontrado que, entre los niños palestinos, la claridad ideológica y el compromiso político eran de gran ayuda para que el niño enfrentara positivamente las circunstancias traumatógenas en que tiene que vivir y desarrollarse.

El dilema muestra cómo la situación de guerra pone a los niños ante alternativas existenciales cuya dinámica normal tiende a producir daños, trastornos psíquicos, es decir, lo que hemos llamado traumas psicosociales.

3. Polarización-desgarramiento

Ambos grupos contendientes hacen un esfuerzo consciente y sistemático por ganarse la simpatía y el apoyo de la población civil, lo que plantea una existencia social en términos de aceptación incondicional de unos y rechazo absoluto de otros, considerados como "enemigos".

El niño salvadoreño vive y tiene que desarrollarse en este clima de polarización, con el peligro de estructurar su mente en términos dicotómicos, tan poco propicios para la resolución creativa de problemas y que tan fácilmente orientan hacia los comportamientos violentos.

He planteado la hipótesis de que aquellas situaciones donde se vive con más intensidad el clima de tensión polarizadora, como son las zonas de conflicto, resultan un caldo de cultivo particularmente propicio para los trastornos psicosomáticos (Martín-Baró, 1988, p.139). Las somatizaciones constituirían así el enraizamiento corporal de la polarización social, y serían un signo de la incapacidad de la persona para manejar la situación de tensión, que ocasionalmente puede derivar al autismo en los niños y a problemas de carácter claramente psicótico o esquizofrénico en los jóvenes.

Conclusión

Como psicólogos, no podemos entonces darnos por satisfechos con atender las situaciones post-traumáticas. Esto es necesario y particularmente urgente con los niños. Pero el problema de fondo no está en los individuos, sino en las relaciones traumatógenas propias de un sistema opresor que ha desembocado en una situación de guerra. El tratamiento debe dirigirse también y muy primordialmente a la relación, a esos vínculos grupales que constituyen la “normal anormalidad” que deshumaniza a débiles y poderosos, a opresores y oprimidos, a soldados y víctimas, a dominadores y dominados.

Una infancia a la sombra de la guerra. Estudio psicológico de las actitudes y vida emocional de los niños israelíes y palestinos (Raija-Leena Punamäki)

Muchos niños en el Oriente Medio nunca han experimentado un día de verdadera paz.

Este artículo sintetiza los principales puntos de mi estudio sobre las actitudes de los niños israelíes y palestinos hacia la guerra y la paz y sus sentimientos de miedo y agresión.

En primer lugar algunos estudios anteriores sobre las reacciones psicológicas de los niños a la situación de guerra.

Impacto de la guerra y de la violencia en la salud mental de los niños

Los psicólogos no están completamente de acuerdo sobre los efectos de la guerra en la salud mental de la población civil y de los niños. Por una parte, se ha concluido que la guerra no aumenta significativamente la ansiedad, los temores o la conducta agresiva de los niños: los investigadores han observado que los trastornos emocionales crónicos eran raros entre los niños sometidos a los bombardeos aéreos. Por otra parte, se asegura que los bombardeos y otras experiencias traumáticas de guerra siempre afectan al psiquis y al desarrollo infantil. De acuerdo con estos estudios, la ansiedad y otros trastornos infantiles son más graves que los experimentados por los adultos.

Anna Freud y sus colegas estudiaron a los niños que sobrevivieron los bombardeos de Londres y a los niños que fueron evacuados al campo durante la segunda guerra mundial.

Freud y Burlingham hipotetizan que los niños sufren síntomas semejantes a los mostrados por los soldados en el frente. Pero sus resultados no confirman esa hipótesis. Los niños estudiados tenían miedo de las sirenas de peligro y los continuos bombardeos, pero sus experiencias de terror no les causaron daños psicológicos crónicos. Cuando se dieron trastornos emocionales graves, estaban relacionados con la conducta de las personas más cercanas, especialmente con las reacciones de la madre.

Sigmund Freud (1919) sospechaba que un daño objetivo por sí solo no puede producir una neurosis u otros trastornos psicológicos sin la participación de niveles inconscientes más profundos del aparato psíquico, y que las experiencias de terror no pueden como tales producir neurosis en la vida adulta.

Kardiner (1941) y Fairbairn (1943) en sus estudios sobre soldados señalan que la neurosis por trauma de guerra no constituyen una enfermedad separada, sino que se componen de varias reacciones neuróticas semejantes en su causa y efecto a todos los trastornos psicológicos y sólo se distinguen por la agudeza y gravedad de los factores precipitantes.

Freud y Burlingham (1942) afirman que los niños poseen un mecanismo psicológico (p.ej para crear fantasías) que les ayuda a enfrentar las experiencias dolorosas y a superarlas mejor que los adultos. Sin embargo, el hecho de que ciertos mecanismos psicológicos (p.ej mecanismos de defensa como el aislamiento o la intelectualización) no estén totalmente desarrollados vuelve a los niños más vulnerables a la vida bajo tensión o durante la guerra. Es difícil para el yo en desarrollo de los niños enfrentar las demandas de una situación traumática.

Fraser (1977) ha estudiado a los niños que viven en las áreas conflictivas de Irlanda del Norte. Trata de establecer los efectos de la prolongación de la violencia y de la tensión en la salud mental de los niños. La reacción inmediata a la violencia y a las experiencias traumáticas fue la histeria, sin que los niños pudieran dejar de llorar. El insomnio, el nervisismo, la enuresis y un desequilibrio emocional general fueron otros síntomas comunes entre los niños. Trastornos

persistentes no eran corrientes, pero los niños manifestaron miedos anormales (fobias) durante largo tiempo. Algunos niños mostraban un comportamiento obsesivo: podían estar convencidos de que los iban a matar y no se atrevían a salir afuera.

Freud y Burlingham (1943) subrayan que la guerra tiene un impacto global en el desarrollo emocional del niño, en sus actitudes y en su experiencia sobre las relaciones humanas, las normas morales y su visión de la vida. La guerra nunca es una situación de stress externo con la que el niño tenga que lidiar: la violencia y la dirección de la guerra se vuelven para integrante de su psiquismo y de su vida mental. La guerra (las batallas, el deseo de venganza, las actitudes nacionalistas, la destrucción) se transforma en sentimientos, símbolos y modelos para la vida emocional de los niños. Por ejemplo, se pueden notar los cambios en su lenguaje, en la formación de conceptos, en sus juegos y dibujos. El enemigo se vuelve el objeto de la agresión y miedo del niño, reemplazando a los objetos que dominan sus emociones en tiempos de paz. La guerra también afecta el simbolismo y el lenguaje de los niños. Para un niño israelí estar bien armado significa una saludable y fuerte confianza en sí mismo y simboliza la tranquilidad frente al miedo y la amenaza.

Lieblich (1977) describe cómo una situación prolongada en conflicto y la amenaza de la guerra han moldeado las relaciones sociales y el desarrollo personal de los israelíes. Lieblich hipotetiza que un continuo estado de tensión y alerta crea un tipo especial de persona o carácter adecuado para luchar y vivir en guerra. Para este tipo de persona, la destrucción y el odio hacia el enemigo se vuelven la forma normal de vivir, no hace falta una forma alternativa. La gente tiende a adaptarse a las circunstancias y demandas impuestas por la guerra cambiando sus actitudes, valores y conducta y, si continua el stress, incluso cambiando su personalidad para que sea funcional en esa clase de sociedad conflictiva.

Impacto de la guerra y violencia en el desarrollo emocional de los niños

De acuerdo a investigadores psicoanalistas, el efecto nocivo de la guerra en el psiquismo infantil se debe al hecho de que las experiencias traumáticas de la guerra trastornan el paso de una fase del desarrollo a la siguiente.

En el estudio de desarrollo edípico, un niño puede desear a veces la muerte del otro padre y, por tanto, el alivio en la competencia emocional que la ausencia del otro padre le puede traer. Si, de hecho, el padre muere o se retrasa su regreso del frente, el niño puede experimentar una culpabilidad intolerable. Su transición al siguiente estadio se ve dificultada y disminuyen sus posibilidades de superar el complejo de Edipo armoniosamente.

La identificación y la socialización son procesos importantes en el desarrollo personal de un niño. Pero se presentan problemas al proceso de identificación cuando el padre deja el hogar y se ve al frente, desarticulando la estructura, la rutina y los roles familiares. La socialización de los niños en los valores morales deseables resulta imposible en una sociedad conflictiva.

La creencia en la propia invulnerabilidad personal es un elemento natural en el psiquismo de todos. La confianza subjetivo de que “nada malo puede sucederme a mí” se derrumba cuando una persona es víctima de sucesos nocivos. Las experiencias traumáticas y el stress persistente pueden impedir que un niño desarrolle un saludable sentimiento de invulnerabilidad, es decir, el sentimiento de que uno puede controlar el propio destino y el curso de su vida en influir en los hechos más cercanos. Al niño le resulta difícil confiar en otras personas y mirar con confianza al futuro cuanto tiene que enfrentar una continua amenaza externa.

Muchos investigadores comparten la idea de que el problema de la guerra no es la expresión excesiva de sentimientos, sino más bien la ausencia de toda emoción.

Freud y Burlingham (1944) concluyeron que un niño es capaz de contar, recordar, imaginar y representar las experiencias traumáticas únicamente cuando sus sentimientos de miedo y ansiedad están ya bajo control.

En casos afortunados, el niño puede expresar y repetir sus experiencias traumáticas mediante el juego o la narración de historietas. En los casos más graves esto es imposible, ya que revive unas experiencias dolorosas no resueltas.

De acuerdo al estudio descriptivo de Lieblich (1977) la negación y la supresión de emociones y sentimientos eran los síntomas más comunes entre los pacientes de terapia.

La agresión en el estado de guerra

La dificultad que experimenta un niño al pasar de un estado de desarrollo al siguiente se ve claramente en su desarrollo de la agresión. Los niños pequeños expresan libremente sus sentimientos de hostilidad y agresión (morder, patear, destrozar sus juguetes). Más tarde, a través de la educación y la socialización, los niños empiezan a controlar y reprimir sus impulsos destructivos. El niño aprende que es malo causar daño, herir o matar. Aprende a extinguir y esconder sus propios deseos agresivos.

Cuanta más crueldad, violencia y amenazas se den en el ambiente de un niño, más difícil le resultará controlar sus propios sentimientos de odio y agresión. El niño no tiene que sentirse culpable al expresar impulsos destructivos porque “todos” actúan siguiendo la motivación bélica agresiva.

La veneración oficial hacia los héroes de la guerra y las acciones bélicas pueden conducir a que los civiles también admiren la violencia y la agresión.

Según Dollard y otros (1939) la agresión feroz hacia el enemigo y la conducta agresiva son respuestas a la dificultad de satisfacer las propias necesidades y la consiguiente frustración en una situación de guerra.

No hay una respuesta tajante a la pregunta de si la admiración infantil hacia la agresión contra el enemigo conduce a una mayor agresividad.

El miedo infantil en una situación de guerra

Freud y Burlingham (1943) demuestran que los miedos infantiles suelen estar ligados a la amenaza y peligros de la guerra. La ansiedad experimentada por los niños es, por su parte, un resultado de los conflictos internos. Los niños tienden a transferir la amenaza actual y el peligro a sus conflictos internos, y la realidad circundante de la guerra se vuelve parte de su ansiedad interna. Los niños tienden a dirigir sus conflictos y ansiedades internas hacia los objetos y sucesos externos. Por ej un intenso horror infantil por los soldados puede retrotraerle al miedo extremo que siente hacia su padre.

El mundo de cada niño está lleno de temores y ansiedades, en cada edad se tiene un propio objetivo de terror. Los temores infantiles se originan en el proceso de socialización y educación (castigo y temor de la autoridad) algunos surgen del conocimiento de la sociedad y de los medios de comunicación (policía, asesinos) o provienen de la religión (diablos). Según Escalona (1975) la paz significa que los niños puedan tener miedo de los espíritus, monstruos y asesinos, pero que puedan en el instante que lo desean regresar a una segura realidad. El final seguro y feliz de los cuentos infantiles proporciona al niño la garantía de que pueda controlar y entender el curso de su vida y lo que sucede alrededor de él. El niño que vive en el mundo de la violencia y la guerra no tiene la seguridad de un final feliz. En tiempos de guerra, desaparece la frontera entre los miedos en el mundo de la fantasía y el peligro real.

Los miedos colectivos de los padres y de toda la sociedad se añaden a los miedos normales del niño.

Los niños israelíes y palestinos

El objetivo de este estudio era examinar las reacciones psicológicas de los niños que viven a la sombra de un conflicto prolongado que arrastra un alto grado de stress. Se estudiaron y cuantificaron las actitudes de los niños israelíes y palestinos hacia la guerra y la paz, y sus sentimientos de miedo y agresión.

En conclusión, se puede observar que en las sociedades asoladas por conflictos, donde las actitudes nacionalistas están muy extendidas y los niños son víctimas de la agresión, educar ciudadanos pacíficos tiene grandes dificultades.

Berkowitz (1962) indicaba que, en una situación de frustración, cuando el objeto de la agresión es demasiado poderoso, el miedo domina las propias emociones y conducta.

Dentro y fuera de la cárcel: el problema de conquistar la libertad (David Becker & Juana Kovalskys)

Introducción

La represión ejercida por las dictaduras latinoamericanas ha significado una dramática, pero vasta acumulación de conocimientos respecto a la vida del preso político en la cárcel.

Recobrar la libertad constituye en sí una vivencia paradójica y contradictoria marcada por la gran dificultad para integrar la experiencia de la cárcel y la vinculación al mundo externo. Esta situación adquiere siempre un carácter traumático, cuya intensidad y duración depende de la posibilidad de reconocimiento y elaboración de la experiencia en su totalidad.

Nuestro enfoque considera la salida de la cárcel, como experiencia traumática que condensa los daños previos y el conflicto de asumir la libertad. Comprende dos partes en las que se abordan aspectos psicodinámicos del daño y características del abordaje psicoterapéutico, respectivamente.

La liberación: una experiencia traumática

Los testimonios de expresos políticos ilustran claramente las sensaciones de angustia, confusión, inseguridad y tristeza que experimentan los afectados en referencia a su liberación.

La liberación adquiere para ellos características traumáticas en un doble sentido:

- a) Como experiencia concreta de ruptura del equilibrio vivencial, de pérdida de vínculos y de enfrentamientos con una realidad muy distinta a la esperada.
- b) Como experiencia en la cual la acumulación de situaciones traumáticas, detención, tortura, estadía prolongada en la cárcel, se comienza a vivir en el aquí y ahora, con toda la intensidad de sus consecuencias destructivas, debido al desastre entre la ocurrencia del hecho traumático y su percepción psíquica.

Pérdidas

Desde el primer momento, las vivencias del preso político están marcadas por múltiples pérdidas: la libertad, la familia, el modo de vida y el proyecto vital. Todas ellas son vividas como pérdidas transitorias, recuperables con la libertad futura. Esta expectativa largamente alimentada, se enfrenta a la salida de la cárcel con una realidad que parece afirmar lo opuesto.

En el último tiempo, recobrar la libertad implica en la mayoría de los casos, un hecho imprevisto, paradójicamente impuesto, sin información previa y que debe concretarse, casi siempre en unas pocas horas. En el espacio que media entre la "orden de libertad" y la salida de la cárcel se superponen emociones contradictorias, alegría y pena, desconcierto y esperanza. Lo que deja, amigos, compañeros, objetos, espacios físicos de la cárcel es vivido como una pérdida brusca brutalmente impuesta, tanto más por lo imprevisible que resulta para el expreso, que su experiencia de liberación esté connotada por vivencias de pérdidas y duelo.

La liberación determina dos procesos subjetivos superpuestos y contradictorios:

- a) El expreso político necesita reconocer los significados emocionales de la vida en la cárcel y las vivencias de pérdida por el hecho de encontrarse ahora en libertad. Casi siempre, la cárcel permite la reestructuración personal gracias a la ayuda de los compañeros presos frente a las vivencias de confusión y abandono; la ayuda concreta a necesidades primarias, la contención del dolor, la comprensión y solidaridad. Ganar la libertad entraña la amenaza de pérdida de estas experiencias vitales.
- b) Al mismo tiempo, el expreso político también tiene que reconocer que las pérdidas supuestamente transitorias son pérdidas definitivas. La familia, el entorno social de expreso ya no son los mismos. Son posibles nuevos aprendizajes y encuentros, pero como tales, confirman la realidad de las pérdidas, de lo irrecuperable y exigen un proceso de duelo, tanto más difícil y doloroso por lo inesperado e inicialmente incomprensible.

Equilibrio y desequilibrio

En la mayoría de los casos, la detención, originalmente muy perturbadora del equilibrio personal y familiar, se convierte en el curso del tiempo en el eje alrededor del cual se reestructura un nuevo equilibrio.

El preso se va integrando a su nuevo grupo de referencia, con el que establece redes afectivas muy potentes. La familia aprende a sobrevivir, material y emocionalmente, la ausencia a través de reorganizaciones difíciles, pero necesarias. Comienza a estructurarse el espacio de lo no compartido. El preso y su familia van organizando un mundo nuevo, que inicialmente perciben como empobrecido y limitante, pero que el curso del tiempo se transforma en “el mundo”.

La detención en la mayoría de los casos está marcada por la tortura física y psicológica, lo que configura una experiencia que invade tanto el período intrapsíquico, produciendo conductas de negación y silencio. Se conforma así un cuadro básicamente depresivo que atraviesa toda la experiencia posterior por la dificultad de integrar la violencia vivida y recuperar la dignidad.

Se producen modos particulares de adaptación que adquieren un doble carácter:

1. La convivencia con presos comunes y con la represión carcelaria, configura una situación de amenaza vital que exige desplegar defensas extremas. El autocontrol rígido, bloqueos e inhibiciones son algunas de las modalidades defensivas puestas en juego.
2. Se establecen vínculos afectivos importantes con los compañeros presos, lo que también adquiere significados contradictorios. Muchas veces las vinculaciones suplen necesidades afectivas primarias, estructurándose así procesos de carácter regresivo.

El contacto con la familia y los amigos en esta etapa adquiere características de un doble estándar afectivo, donde la comunicación se torna recíprocamente selectiva, como una forma de protección del otro. Esta opción va configurando el aislamiento, cuyo efecto desintegrador será vivido plenamente a la salida de la cárcel.

En esta perspectiva puede entenderse que la libertad amenaza desenmascarar el carácter destructivo de ciertas interacciones familiares protectoras, demuestra la precariedad de los equilibrios adquiridos y por último, obliga a un nuevo cambio forzoso de ese equilibrio, lo que evidentemente tiene que generar vivencias ambivalentes que producen confusión y angustia.

El mismo problema queda evidenciado en la conducta de los familiares, quienes viven emociones muy contradictorias, lo que se expresa en frases tales como: “... funcionábamos mejor sin tú...,” en aparición de conductas muy alteradas en los niños, en críticas a los nuevos hábitos del expreso o a sus dificultades por retornar funcionamientos que le eran habituales.

Así, la salida de la cárcel produce una nueva crisis, muchas veces más problemática que la vivida durante la detención. Lo que constituyó una defensa organizadora, estructuración de los propios espacios y desvinculación parcial con la familia, connota la nueva situación con los elementos destructivos y desintegradores de la relación familiar y social.

Las contradicciones de la libertad

En el primer momento de contacto con el mundo de afuera prevalecen las sensaciones de inadecuación física y psicológica (desorientación y confusión).

El expreso comienza a vivir contradicciones múltiples que difícilmente reconoce como tales. Las energías puestas en la revinculación familiar son vividas como experiencias de deslealtad a los compañeros que permanecen en la cárcel. La necesidad de protegerse por razones de seguridad es vivida como un hecho de debilidad y postergación del compromiso político. La dificultad para retornar los roles en la familia se percibe como pérdida de amor desde los otros. Los problemas de reinserción laboral se ven como incompetencia personal, desdibujándose su origen social.

En realidad, desde la detención, el preso y sus familiares se sintieron obligados a actuar sobre una serie de contradicciones que parecen exigir elecciones y decisiones claras y definidas, que en rigor constituyen opciones objetivamente imposibles: el preso torturado debe optar entre la vida y su proyecto vital, entre la lealtad política y sus familiares. Sobrevivir en prisión, obliga a elegir entre fuerza y debilidad; a compartir los sentimientos más dolorosos y al mismo tiempo negarlos para proteger a los seres queridos. La familia, a su vez, se ve obligada a optar entre compartir

el efecto devastador de la ausencia y ofrecerle consuelo y protección; debe reestructurar sus propios roles y mantener intacto el rol del miembro ausente.

Es precisamente a la salida de la cárcel, cuando se explicitan estas múltiples polaridades.

Resumiendo el carácter traumático profundo que tiene la liberación:

- la realidad de grandes pérdidas en todos los planos, respecto tanto al “adentro” como al “afuera” de la cárcel;
- la existencia de un equilibrio intrapsíquico que paradójicamente es producto de y se basa en la amenaza vital cronificada, cuya desaparición implica una amenaza de destrucción;
- la intención de negar el carácter contradictorio de las vivencias en el que confluyen todos los problemas mencionados.

Aceptar las pérdidas, elaborar los traumas e integrar, en lugar de resolver las contradicciones, constituyen, a nuestro juicio, los elementos básicos para poder enfrentar el desafío de la liberación y poder vivir el trauma de la liberación como un proceso que lleva gradualmente a una libertad real.

El espacio grupal: una respuesta reparatoria

Asumimos la validez de la aproximación psicoterapéutica individual y familiar para el abordaje de este tipo de situaciones, pero desde nuestra experiencia, definimos el espacio grupal como un recurso privilegiado para la resolución de los conflictos vinculados a la liberación.

Para el expreso, el grupo aparece como un espacio protector, de transición entre el adentro y el afuera, capaz de contener los conflictos que emergen en la revinculación familiar y social.

Revertir la situación traumática pasa a ser una labor compartida donde el grupo puede desempeñar en palabras de Bauleo (1970) “el papel de organizador social de los espacios de experiencia”.

El haber compartido la experiencia de detención y también las dificultades actuales asociadas a la liberación actúa como un elemento que potencia fuertemente la cohesión grupal.

El poder reconocer y validar la existencia de un padecimiento subjetivo relacionado con el proceso de reinserción a la realidad externa, pero vinculado con la experiencia vivida durante la detención y con la historia previa de los sujetos, produce alivio y abre las puertas a un proceso de elaboración y resignificación de las experiencias traumáticas vividas.

A través del proceso terapéutico se va reconociendo la profundidad de la crisis experimentada por los sujetos y, por tanto, la necesidad de redefinirse en una multiplicidad de dimensiones de articulación con la realidad.

Aparece dificultada la relación con familiares, amigos y compañeros de organización. Existe el sentimiento de que ningún vínculo permite contener y compartir el conjunto de experiencias vividas. Se experimentan carencias, frustraciones y el reaparecimiento de conflictos anteriores, lo que lleva muchas veces a un aislamiento progresivo.

El grupo ofrece la posibilidad de reiniciar prácticas de cercanía con otros, a los que se siente confiables y capaces de comprender la complejidad de lo vivido.

Las vivencias de destrucción pueden ser reconocidas y elaboradas con menos temor ante la posibilidad de reconstrucción y vida que ofrece el grupo.

Empieza a vislumbrarse como posible el hacer compatible el reconocimiento y expresión de debilidad, temor, confusión y desorientación con el despliegue de fortaleza y recursos activos que fue necesario desarrollar durante la permanencia en la cárcel.

Comienza a compartirse la sorpresa dolorosa experimentada al salir de la cárcel.

Durante las situaciones límites vividas en la cárcel se desarrollan recursos inéditos para el sujeto mismo, sin embargo, éstos no resultan útiles para enfrentar las dificultades cotidianas que impone la salida de la cárcel.

Los integrantes del grupo van asumiendo en conjunto la confusión que todos estos cambios han producido en ellos y la necesidad de elaborarlos para poder reinsertarse en la nueva realidad a la cual se quiere pertenecer, pero que se siente muy ajena.

Va emergiendo la necesidad de revisar el sentido que tuvo la experiencia de detención, las circunstancias en que ésta ocurrió, las personas significativas vinculadas a ésta, el proyecto más global en que está inserta.

Otro elemento importante que atraviesa todo el proceso terapéutico dice relación con la existencia de lealtades divididas entre el grupo de pertenencia desarrolladas durante el período de reclusión y los vínculos existentes en el afuera. Ambos referentes aparecen competitivos e incompatibles frente al intento de opción excluyente. Se necesita la cercanía de otros, pero es vivida como muy amenazante, porque el restablecimiento de vínculos fuera de la cárcel aparece como un abandono respecto a los compañeros que permanecen allí.

El espacio grupal constituye una instancia reparatoria, precisamente, porque se trata de un espacio transicional real y simbólico que como tal facilita la expresión de los sentimientos vinculados a las pérdidas; permite elaborar los traumas en el sentido de socializar lo que forzosamente se privatizó, y por último, ayuda a reconocer, aceptar y desarrollar las múltiples contradicciones que implica la experiencia de libertad con los elementos de destrucción interna que se superponen.

Las técnicas terapéuticas son múltiples, escribir y dibujar colectivamente; diseñar esculturas grupales; juegos y técnicas corporales, siempre con el objetivo de facilitar el uso del espacio grupal como espacio transicional.

Desde esta condición de vulnerabilidad, asumir la libertad no tiene que ver sólo con la necesidad de defenderse y reinsertarse en un medio social amenazante, sino que, básicamente, con la necesidad de construir identidad. Entendemos la construcción de la identidad individual y social, como producto de la integración de la experiencia traumática a la experiencia global del individuo. Es el único modo de asumirse como personas enteras, no disociadas, y sentirse parte de una sociedad que, en algún momento, deberá asumir a su vez éstas y otras destrucciones.

Comentarios finales

Hubo un aspecto central que nos resultó inédito: la recuperación real de la libertad como experiencia traumática.

Comenzamos a vivir este problema desde nuestra identidad social, a partir de las palabras de un miembro del grupo “... tú sales de la cárcel y te metes a otra más grande que es el país”.

Para la sociedad, este reconocimiento es amenazante, en tanto perturba el falso equilibrio basado en la inmovilidad institucionalizada.

Hemos visto que para los expresos políticos, ganar una libertad real implica asumir el daño e integrar las pérdidas. Pensamos que esto mismo es válido a nivel macrosocial, donde una reparación real solamente será posible reconociendo lo que se destruyó, integrando lo que se perdió, construyendo un futuro con fuerza y debilidad; con alegría y tristeza; integrando y construyendo la historia, sin olvidarla ni negarla.

Psicopatología y proceso psicoterapéutico de situaciones políticas traumáticas (D. Becker, M^a I. Castillo, E. Gomez, J. Kovalskys & E. Lira)

Psicopatología observada en traumatizaciones extremas producidas por la represión política

Sintomatologías:

1. Sintomatología observada inmediatamente después de la experiencia represiva (0 a 12 meses).

Manifestaciones psíquicas:

- Reacciones depresivas; reacciones agresivas; trastornos del sueño (insomnio, pesadillas); episodios psicóticos transitorios; reacciones angustiosas con manifestaciones diversas tales como: dificultades de concentración, confusión y culpa; procesos de duelo alterados.
- Trastornos en el funcionamiento familiar tales como pérdida (parcial) de la estructura familiar; pérdida de, o mantención rígida de límites del sistema familiar.

En relación a los trastornos de conducta observamos: problemas de aprendizaje, alteraciones de la alimentación y conductas psicopáticas y antisociales en adolescentes.

Manifestaciones somáticas:

- Fracturas y daños en la columna vertebral; inflamación y destrucción parcial de órganos sexuales; infecciones crónicas; hongos; otras están ligadas a situaciones prolongadas de stress tales como cefaleas, alteraciones de presión arterial, trastornos gastrointestinales, etc.

En síntesis, varios problemas somáticos y una amplia gama de reacciones psicósomáticas, cuadros depresivos y angustiosos, alteración parcial de la estructura familiar, dificultados en la comunicación y las relaciones humanas y en general, algún grado de alteración del contacto con la realidad, sin que por ello estemos haciendo referencia específica o indirecta a las modalidades diagnósticas de uso común.

2. Sintomatología a largo plazo (1 año a 15 años).

- Estructuras individuales y familiares crónicamente depresivas: el silencio y la negación son las formas más frecuentes de interacción y encontramos también fuertes sentimientos de culpa. En la comunicación familiar predomina el aislamiento y el comportamiento evasivo. Se observa sintomatología relevante en uno o más miembros del grupo familiar; muchas veces los cuadros más severos se observan en el miembro menos afectado directamente por la experiencia represiva. Variadas alteraciones psicósomáticas, tales como úlcera, enfermedades dermatológicas, alergias, etc.

3. Sintomatologías psicosociales

Problemas psicosociales estrechamente ligados a la dificultad de satisfacer necesidades básicas para sobrevivir debido a cesantías prolongadas. El aislamiento de la red social y política, es una consecuencia de la estigmatización de la represión y también un resultado de la cesantía prolongada.

La situación represiva tiende a generar un proceso de marginación real, la amenaza externa, y un proceso de automarginación producto de la generación de sentimientos de esperanza y desesperación que se encierran privadamente en el propio sujeto o su grupo familiar.

El daño psíquico observado en las personas afectadas por la represión política, se comprende en la articulación dialéctica entre vulnerabilidad individual o familiar, y daño social e intencionalmente infligido en el marco de la represión política.

En términos conceptuales, la alteración psíquica que observamos puede ser descrita en el marco de la psicopatología aceptada universalmente, pero ésta es indudablemente insuficiente para dar cuenta de la etiología descrita. Con el fin de proporcionar un marco conceptual apropiado, hemos definido a nuestros pacientes como “traumatizados extremos”.

Hacemos referencia a trauma como “el daño producido por experiencias vitales incontrolables y aterradoras” o “el colapso de la estructura de sí mismo, a través de todos los planos de referencia, como resultado de la confrontación entre una amenaza catastrófica y una respuesta caótica (Benyaker y otros, 1987).

El concepto de trauma calificado como “extremo” por Bruno Bettelheim permite diferenciar entre experiencias traumáticas que son producto de una catástrofe natural o un accidente, respecto de experiencias traumáticas que son intencionalmente inflingidas sobre la población como parte de una estrategia política global.

El síndrome post-traumático (PTSD) en su conceptualización actual, no distingue suficientemente entre las situaciones traumáticas que pueden producirse eventualmente en circunstancias determinadas, como los accidentes, o los desastres naturales y las situaciones traumáticas predecibles y planificadas como parte del diseño de represión política en los países en que ocurre.

La referencia a la terminología de Bettelheim pone el acento en la intencionalidad atribuible a la traumatización y al carácter extremo que suele adquirir, al buscar la destrucción del sujeto, en su condición de persona y militante político, simultáneamente. Se trata de un diseño dirigido a un sector de la población en razón de su ideología y su práctica política, que tiene efectos sobre el contexto social, desalentando la participación social en general y vinculando experiencias de muerte (traumatizaciones extremas) con la acción e ideología política de las personas.

La situación traumática colapsa la estructura psíquica o la estructura de la familia y el proceso que se desencadena, implica una reacción que incluye simultáneamente dicho colapso y los recursos disponibles de la familia o del individuo frente a dicha experiencia. La sintomatología que se observa, no da cuenta por sí misma del proceso singular que se desarrolla y que evoluciona a partir de la estructura de la familia o la personalidad previa del sujeto; de la percepción y significado que se le atribuye a la experiencia traumática desde el contexto social y desde la red social de permanencia; y la que el propio sujeto (o familia) le da en el marco de su propia historia vital.

Las manifestaciones y consecuencias psicopatológicas observadas, no se trata de “cuadros o síndromes psicopatológicos” únicamente, sino al mismo tiempo de expresiones concretas del conflictos social y político que se desarrolla en una sociedad determinada y que se manifiesta tanto en el psiquismo individual como en la subjetividad social.

Nuestra concepción de la psicopatología se apoya, por tanto, en la situación traumática vivida (la experiencia represiva) y el proceso que esta situación desencadena en los sujetos, en las familias y en los grupos.

La psicopatología implica por lo general sintomatología angustiosas y depresivas como resultado de traumatizaciones extremas producidas por la represión política, las que se adicionan al contexto económico social de miseria, sobreexplotación y cesantía, al que hemos denominado violencia estructural. Esta psicopatología, originalmente generada como una reacción traumática inicial, puede convertirse en daño psicológico, al incorporarse como parte del proceso singular y específico del sujeto o de la familia de reaccionar y adaptarse a la experiencia vivida, en la mayoría de los casos incorporando el daño y la perturbación en dicha adaptación.

La difuncionalidad se manifiesta, por tanto, en sintomatología, la que a su vez atrapa al sujeto en su condición de víctima de la traumatización, generando una suerte de “equilibrio enfermo” que afecta la estructura de la familia, y al desarrollo normal del ciclo vital de sus miembros.

La traumatización incluye al grupo familiar completo, a pesar de que aparezca un solo miembro directamente afectado.

Proceso terapéutico. Vínculo terapéutico - vínculo comprometido

Todo proceso psicoterapéutico supone la construcción de un vínculo interpersonal específico que se diferencia técnica y socialmente de los vínculos interpersonales en general.

El proceso terapéutico con sujetos (individuos, familias o grupos) traumatizados extremos se sustenta en la comprensión explícita y consciente del terapeuta que la traumatización es producto de un hecho social político que se ha convertido en un proceso de daño psicológico. La psicoterapia implica retraducir ese daño subjetivo internalizado, al contexto de una interacción entre seres humanos.

La terapia requiere desarrollar, por tanto, un espacio vinculatorio, que pueda contener la destrucción padecida y diferenciar las destrucciones internas y externas. Sólo desde esta posición es posible entender los procesos transferenciales.

Este vínculo entre terapeuta y paciente requiere, por tanto, que el terapeuta confirme como un hecho de realidad la existencia de la represión política. Hecho que pertenece al contexto social y político, así como a la subjetividad de los terapeutas y a la de los pacientes.

En el exilio, la confirmación de la realidad de represión política se da en otro contexto y tiene efectos diferentes sobre la construcción del vínculo terapéutico. En cualquier caso, las dificultades provenientes de las diferencias del idioma, o de la cultura se insertan en la dificultad de cualquier terapeuta dentro del país o fuera, nacional o extranjero, que debe trabajar con sufrimientos extremos, traumatizaciones que implican simultáneamente realidades objetivas y subjetivas que tienen la capacidad de movilizar afectos y emociones muy intensos, que pueden inducir sentimientos, idealización de los pacientes o autoidealización de los terapeutas. El vínculo terapéutico que es necesario construir implica una fuerte participación de terapeuta y paciente en el proceso a desarrollar. A esta participación mutua la hemos denominado “vínculo comprometido”.

Desde el terapeuta implica una actitud activa, solidaria y definida frente a la realidad; desde el paciente, un proceso en que se compromete a asumir y elaborar su padecimiento, con todas las humillaciones, dolores y culpas que puedan implicar.

Es a partir del desarrollo de esta relación que puede postularse el restablecimiento de la capacidad de confiar, como condición previa a la tarea de estructuración psíquica de las capacidades yoicas; aspectos que se hallan profundamente dañados en los pacientes afectados por traumatizaciones extremas.

En la experiencia traumática, la muerte se convierte en parte de la vida psíquica de un sujeto vivo. Esta paradoja de ser muerto vivo sólo se puede resolver a través de una relación interpersonal, donde la muerte puede formar parte del proceso vincular, disolviendo la disociación y volviendo a la dialéctica de vida y muerte que es inherente a la vida en sí. Esta “muerte” sin embargo se produce en el marco de la represión. El paciente fue forzado a experimentarla, como parte de una agresión sobre él, la muerte que allí surge lo invade, pero en cierta forma no le pertenece, se le impone, no surge de sí mismo.

La psicoterapia no sólo implica contener el horror y la destrucción vivida, se trata adicionalmente de trabajar con el paciente para reconocer que la muerte que él vive como introyectada es una muerte proyectada sobre él.

Como la traumatización extrema implica el colapso de las estructuras psíquicas del sujeto, desaparece su capacidad de experimentar la destrucción como algo que viene desde afuera hacia adentro y que es intencional. Mientras dura la experiencia traumática, especialmente la tortura es vivida “artificialmente” como una experiencia psicótica: la vive como muerte, donde ya no hay límites entre interioridad y exterioridad.

El “vínculo comprometido” implica desarrollar, por un lado, la función de contener y, por otro lado, permite la reconexión con estructuras que existían en el sujeto, que posibilitan la elaboración de lo vivido.

La traumatización extrema genera una experiencia de casos de desesperación total, pero al mismo tiempo se mantienen estructuras, que en el período post traumático funcionan de manera defensiva aunque disociadas del núcleo destruido. En terapia se produce el riesgo de abordar lo traumático manteniendo la disociación, generando una pseudo-catarsis, que repite la experiencia traumática sin lograr un proceso de elaboración, es decir, sin conectarse verdaderamente con ella y por ende, sin lograr cambio alguno. El vínculo comprometido sirve como puente entre la experiencia traumática encapsulada en el paciente y sus propias estructuras psíquicas facilitando una reintegración represiva en la totalidad de su experiencia vital de aquella que se constituyó en traumática.

El terapeuta no puede esperar que el paciente hable, el terapeuta siente que puede preguntar. El silencio en estos casos es una suerte de identificación activa con el represor, puesto que la técnica de la tortura, por ej conlleva amenazas de muerte si se rompe el silencio: si dice lo que vivió, si relata su dolor. El terapeuta silencioso que sólo “refleja” al paciente no logra entrar en la situación pues es en cierta forma el portador del estigma implantado en el paciente. Es percibido por éste como una especie de receptor anónimo que quiere saber lo más posible del paciente y, sin embargo, sólo le ofrece algo que él no logra discernir.

El terapeuta que se mantiene anónimo, sin ideología, genera en el paciente traumatizado, en el torturado, mucha ansiedad y resistencias, le resulta imposible confiar. No recibe signos desde el terapeuta que los lleven a hacerlo.

Un terapeuta que se mantiene anónimo, no neutral, define su actitud “comprometida” porque sabe que tiene que sostener y preguntar que en un momento puede estar simbioticamente relacionado al paciente y sufrir y llorar con él y a la vez, al momento siguiente, puede tomar distancia para hablar de las técnicas de la tortura. Ambas dimensiones son parte del proceso. El concepto de “vínculo comprometido” puede tomar distancia para hablar de las técnicas de la tortura. Ambas dimensiones son parte del proceso. El concepto de “vínculo comprometido” puede aparecer impreciso, pero en la práctica describe e incorpora la existencia simultánea de estructuras y el colapso de ellas, de interior y exterior, de sufrimiento vivido individualmente y proceso político macrosocial dentro del paciente.

Desde la conceptualización del “vínculo comprometido” como marco referencial y como eje central del proceso terapéutico podemos diferenciar cuatro temáticas recurrentes, que en cierto modo definen la evolución de los procesos patológicos de los pacientes como también las líneas de interpretación por parte de los terapeutas. Estas temáticas son:

1. pérdida y duelo
2. contradicciones
3. equilibrio-desequilibrio
4. privatización del daño

1. Pérdida y duelo

Las experiencias traumáticas extremas implican un daño psicológico específico, y también un conjunto de pérdidas cuya magnitud y significación para los sujetos y familias determinan la naturaleza del proceso de duelo que se desarrolla.

La condición de preso político implica la pérdida de la convivencia familiar, del modo de vida, de los vínculos sociales, aun cuando estas pérdidas son inicialmente vividas como transitorias.

En la tortura, la agresión ejercida tiene el propósito de destruir al individuo como sujeto político, como persona. En el proceso psicoterapéutico es preciso permitirse un proceso de duelo como parte de la recuperación de la autoestima, sin negar la agresión y salir de la humillación extrema que significó la tortura.

En las situaciones de muerte y desaparecimiento, el proceso de duelo, implica un conjunto de estados subjetivos que se siguen a la pérdida.

El exilio implica un proceso de rupturas y pérdidas en diferentes niveles de la existencia de los sujetos y de las familias, incidiendo significativamente sobre las tareas del ciclo vital.

El duelo por esas pérdidas no tiene espacio social en el que puede ser elaborado, como tampoco lo tiene la muerte y el desaparecimiento en un contexto político represivo.

La naturaleza de estas pérdidas, simultáneamente privadas y sociales, hace, por lo general muy difícil la elaboración privada del duelo y da origen a procesos de duelo alterados.

En las situaciones de pérdidas de los procesos de duelo alterados aparecen una serie de dinámicas:

a) la negación

Es preciso considerar la conjunción de dos elementos inseparables: la realidad intrapsíquica y la realidad externa para entender la dinámica de la negación. Desde el punto de vista intrapsíquico, la pérdida real es inaceptable. La realidad social y política niega lo ocurrido o lo distorsiona de tal forma que lo hace irreconocible.

En algunos casos se tiende a no aceptar la pérdida, a no hablar de ella y evitar que otras personas lo hagan; en otros, se ocupa la mayor parte del tiempo en una desgastante hiperactividad, que no da tiempo para llorar, ni entretenerse, ni estar solo.

Ambas reacciones implican un enorme esfuerzo de los afectados por no vivir la pérdida y en ese sentido tiene un efecto protector parcial. Con el transcurso del tiempo es difícil mantener esta negación y en pro de ella es necesario recurrir a reacciones cada vez más pronunciadas de retraimiento personal en el núcleo familiar, y aislamiento del entorno social.

b) la identificación con la muerte

La identificación con la muerte como reacción después de la pérdida de una persona querida se observa en muchos casos de duelo.

Se puede manifestar a través del deseo explícito de morir; del desarrollo de conductas de alto riesgo y autodestrucción; o por la aparición de enfermedades graves como cáncer y gr la elaboración de fantasías permanentes sobre la muerte y el modo cómo murió la persona querida.

Se trata de mantener o de intentar mantener cercanía con el familiar perdido. La pseudo muerte de los sobrevivientes puede aparecer como una forma de unir lo destruido y de hacer más comprensible lo incomprensible. En estas situaciones de traumatizaciones extremas adquieren un carácter intenso y contradictorio ya que esta pérdida es vivida en una realidad social que aún después de ocurridos los hechos, sigue promoviendo y generando amenazas de mayor destrucción.

c) la culpa

Aparece con frecuencia y se relaciona directamente con la necesidad de responder a las preguntas de por qué y cómo sucedieron los hechos, y también al imperativo de reparar y proteger al objeto perdido.

La tarea terapéutica consiste en facilitar que el proceso de duelo se realice en forma más sana, interpretando las dinámicas descritas y compartiendo con el paciente el derecho a elaborar sus duelos. El duelo implica recuperar la propia dignidad perdida (“no puede ser que perdamos hasta el derecho de llorar por nuestros muertos”)

2. La contradicción

“Dejar atrás” es una verbalización que reiteradamente aparece en el proceso psicoterapéutico. Intentar olvidar la destrucción y volver a estar íntegro e incólume como resultado de una especie de disociación voluntaria.

En este proceso, el sujeto comienza a vivir contradicciones múltiples que difícilmente reconoce como tales. Si el afectado orienta su esfuerzo a la reorganización de su vida y de sus vínculos afectivos, esta experiencia comienza a experimentarla como deslealtad con quienes se ven imposibilitados de intentar algo similar, por estar en prisión o por estar expuestos a otro tipo de amenaza directa. Del mismo modo, si se da la necesidad de buscar protección por razones de su seguridad, esto es vivido como un acto de debilidad o postergación de compromisos ideológicos o políticos.

En el ámbito familiar, es casi inevitable que la experiencia traumática altere profundamente los roles de permanencia. Ello implica una gran dificultad, cuando el afectado y su familia intentan volver a sus modos de relación previos. El verdadero significado de los problemas queda oculto y el afectado y su familia viven una real experiencia de pérdida objetual.

La ocurrencia del suceso traumático coloca al individuo que lo padece, en la obligación de hacer opciones objetivamente imposibles. P. Ej., irse del país o quedar expuesto a la amenaza vital.

La familia del afectado, a su vez, se ve también enfrentada a opciones que parecen imposibles. Asumir el efecto devastador de la ausencia y ser capaz de ofrecer consuelo y protección a sus miembros: reestructurar los roles familiares, manteniendo intacto el del miembro ausente, constituyen siempre disyuntivas que parecen exigir elecciones y decisiones claras y definitivas pero que terminan por ser muy amenazantes por la imposibilidad de resolverlas.

Es consustancial al daño producido por una situación traumática extrema que los afectados intenten hacer opciones unilaterales respecto a las contradicciones que les toca vivir, las que invaden todos los niveles de funcionamiento

psíquico. Intentos por disminuir el padecimiento en la ilusión inconsciente de que es posible eliminar las contradicciones, sin embargo, están destinados al fracaso, en tanto las contradicciones forman parte de la realidad objetiva del daño.

Desde el proceso terapéutico se trata de facilitar al paciente la interacción paulatina de estas contradicciones y de interpretar la supuesta resolución de los problemas y las opciones unilaterales como una repetición permanente del daño. La posibilidad de permitirse ser fuerte y débil; llorar las pérdidas y luchar por la verdad y la justicia no constituye únicamente un acto de reparación en términos psicológicos sino también implica reivindicación político-social relevante.

3. Equilibrio - Desequilibrio

El encarcelamiento la desaparición o muerte de un familiar, el exilio forzoso implican desde su origen elementos profundamente perturbadores del equilibrio individual y familiar, que terminan por configurar un modo de vida que es adaptativo al contexto social patológico. La ocurrencia en el pasado del suceso traumático, y de la violencia que pasa a formar parte de la cotidianidad, exige y condiciona la creación de nuevos códigos de funcionamiento personal y vinculatorio.

El individuo va construyendo lentamente un nuevo equilibrio, a través de múltiples reorganizaciones, en el plano afectivo, en las relaciones familiares y sociales y en las categorías cognitivas para aprehender la nueva realidad.

Cuanto más traumática ha sido la situación o la vivencia subjetiva de la misma, menor es la posibilidad de que se convierta en pasado. Para quien lo padeció y para su familia, el daño pasa a ser un vector alrededor del cual se organiza el equilibrio intrapsíquico.

Esto es posible sólo a expensas de un funcionamiento muy rigidizado, predominando mecanismos de negación, desplazamientos y sustitución de los conflictos.

Eventualmente, esto posibilita un alivio sintomático que cumple con la función de evitar la desestructuración del individuo, y refuerza el intento inconsciente para mantener la homeóstasis que incluye el daño, pero también la impotencia respecto a su elaboración.

En la medida que esta situación se cronifica, la persona tiene que enfrentar la paradoja de reestructurar su vida y recuperar el equilibrio emocional sobre la base de lo destruido.

En lo que concierne a las vinculaciones afectivas primarias, los vínculos adquieren el carácter de un doble patrón. La comunicación se toma progresivamente selectiva en el intento recíproco de protegerse del dolor y la pérdida. Se trata de una opción defensiva destinada al fracaso ya que sólo logra configurar frustraciones, aislamiento, y trastorno individuales y familiares de carácter encubridor o secundario.

Poco a poco, la cronificación del status individual y familiar va haciendo evidente la precariedad del “equilibrio enfermo” que amenaza romperse por la invasión de múltiples patologías que van desde la angustia y confusión hasta los desórdenes vinculares y socio-adaptativos.

Si el suceso traumático se da en un contexto personal de violencia estructural, caracterizado por carencias en aspectos primarios de sobrevivencia, es obvio que se potencia el efecto psicológico del daño. A la marginalidad histórica del individuo se agrega la marginalidad social, producto de la represión política, aumentando así su vulnerabilidad.

A pesar que estos procesos demuestran la precariedad y la disfuncionalidad de los equilibrios adquiridos, los afectados perseveran en sus intentos por mantenerlos. Cuando llegan finalmente a terapia traen consigo la angustia de su padecimiento pasado y actual, y también el temor para remover ese padecimiento y volver a sufrir. La petición al terapeuta parece ser “ayúdeme a quedarme en ese equilibrio que he logrado y que me tiene enfermo” y a la vez “no trate de sanarme”. El manejo terapéutico tiene que ser muy cuidadoso porque tiene que enfrentar la dificultad de que si acepta la petición del paciente tal como se plantea nada puede mejorar, y si por el contrario se amenaza demasiado directamente la estructuración rígida, el paciente se va a sentir atacado, nuevamente reprimido y probablemente va a abandonar la terapia. El hecho de haber establecido un vínculo comprometido facilita que el paciente se permita una paulatina “desestructuración” en la cual, sin embargo, también se puede sentir cada vez mejor al ir adquiriendo un nuevo equilibrio interno. Sin embargo, no hay duda que el proceso terapéutico sobre todo en su fase inicial implica una amenaza las estructuras que hasta ese momento permitieron sobrevivir al paciente.

4. Privatización del daño

La mayoría de las personas traumatizadas extremas que han experimentado esas situaciones en contextos sociopolíticos de represión, no pueden sino vivir los problemas como un hecho privado, personal, disociado de una u otra forma del carácter político social que tuvo el acontecimiento inicialmente.

Muchas veces, el torturado no se siente víctima de la represión, sino un traidor, por no haber resistido, o se siente humillado y arrasado por no haber protegido su vida suficientemente. Todas esas reacciones tienen en común la privatización del daño. En términos psicodinámicos esta privatización tiene la ventaja de reemplazar la vivencia de impotencia absoluta, por otra que por lo menos, en parte, reestablece la potencia y el control.

El hecho destructivo es innegable, pero la autojustificación individual se da en el marco de la culpa o de la depresión, como un recurso defensivo contradictorio e insuficiente para enfrentar la traumatización, que no logra resolver el problema que enfrenta el sujeto o la familia.

El proceso terapéutico constituye un primer momento de resocialización del daño, transformándolo en una experiencia que puede ser compartida. Sin embargo, la resolución en el espacio terapéutico es aún privada y simbólica, y necesita que el sujeto pueda revincular su propia experiencia traumática al contexto sociopolítico en el que ocurrió, a las significaciones y lealtades que lo hacen comprensible para él y coloca al sujeto en la posibilidad de actuar sobre la realidad vital y mediante ella en el proceso histórico y social y en el contexto político del cual forma parte.

Si el daño no es solamente privado, si implica y afecta a toda la sociedad, también es ahí donde finalmente se puede elaborar y resolver. bajo la dictadura existen límites muy poderosos para que sea posible asumir el daño como un hecho psíquico privado y simultáneamente como un hecho político y social. La integración de ambas dimensiones posibilita la recuperación de la salud mental y es, por tanto, una tarea a realizar tanto en el nivel psicoterapéutico como en el nivel político social.

4. TERAPIA PARA LOS TRAUMAS DE GUERRA

La reconstrucción del sí mismo traumatizado por la tortura. El proceso terapéutico (J. Barudy, D. Paez, J.Martens & Grupo terapia COLAT)

El proceso terapéutico: la recuperación del sí mismo cuestionado y debilitado

La opción y el contenido terapéutico

Se trata de una orientación terapéutica centrada en el cliente o experiencia o Rogeriana.

La terapia que hacemos a los ex presos es de apoyo a la reorganización de su sí mismo actual. El análisis de la transferencia no se hace, ni el de los conflictos primarios. Nos quedamos al nivel de la modificación en el sentido de una mayor plasticidad del yo (mayora fortaleza y flexibilidad) y de una relativización de las expectativas del ideal del yo.

La mayor importancia la damos a la aceptación de la experiencia de prisión y tortura, así como a la reinserción grupal adaptativa.

Sintiéndose aceptado tal como él es, por el terapeuta, el cliente comienza también a plantearse el aceptarse a sí mismo. El cliente puede permitirse expresar y explorar sus vivencias y experiencias actuales y pasadas. Eventualmente, experiencias traumáticas de persecución y tortura.

Ciertas vivencias y experiencias reprimidas o “controladas” hasta ahora, por su carácter amenazador comienzan a surgir dentro de su conciencia.

Al acordarse, sentir y revivir estas experiencias como “suyas”, por primera vez, éstas tienen la posibilidad de ser integradas en su psiquismo.

La reinserción grupal adaptativa la intentamos a través de la integración crítica en grupos culturales, sociales, etc., y/o a través de una acción coordinada y respetuosa con la organización política en que el cliente milita.

Los terapeutas actuamos como facilitadores del proceso de recuperación de nuestros clientes. Ofreciendo una relación terapéutica honesta de respeto, aceptación incondicional y comprensión empática de su discurso verbal, sus defensas, sentimientos, actitudes y conductas.

Las etapas del proceso terapéutico

1. El contacto y las primeras entrevistas

En nuestra experiencia, los motivos de consulta más frecuentes son generalmente a partir de un síntoma que les molesta y le impide el funcionamiento normal:

- una crisis de angustia sin causa aparente,
- síndrome depresivo,
- agresividad controlada,
- síntomas psico-somáticos (dolor abdominal, cefalea).

Es frecuente que el motivo de consulta sea la incapacidad de concentrarse y los problemas de memoria. Es esta etapa tratamos de “respetar” el síntoma y no desplazar la atención del cliente hacia el conflicto subyacente. Al igual que en el análisis es fundamental seguir el ritmo del cliente y partir de la experiencia, del síntoma.

2. Etapa defensiva y de rodeo

En las primeras sesiones, la actitud, conducta y verbalización por parte del cliente se presenta de tal manera que muestran al terapeuta el aspecto social del sí mismo, la parte social de la identidad.

Ese sí mismo “público” está fundamentalmente conformado de una estructura defensiva.

Le permite al cliente representarse a él mismo y al terapeuta, así como al mundo exterior, que él “no está quebrado”, que está íntegro y que sigue siendo el militante heroico que la lucha socio-política exige.

Es importante no revelar o puntear las defensas o resistencias del cliente. Puede ser interpretado por éste como una interpretación amenazante que su sí mismo debilitado, en realidad, no es capaz de soportar o lo hace difícilmente.

Debajo de ese rol de “militante de acero” se encuentra el conflicto entre la experiencia traumática y el sí mismo “herido”, traumatizado, debilitado y cuestionado por esa experiencia crítica de tortura y prisión.

Sólo de un modo gradual y cuando es posible establecer una relación terapéutica segura donde el cliente se siente aceptado y comprendido en terapia éste comienza a revelar su sí mismo “privado”, herido y debilitado.

3. Proceso de revelación del sí mismo herido.

Este proceso se hace también mediante momentos de avance y retroceso y con mucho temor y ambivalencia.

Gradualmente, la persona en terapia va descubriendo la existencia de sus defensas, de su “caparazón” defensivo, pero sin conectarlas aún con la experiencia crítica y traumática de prisión y tortura.

El terapeuta es vivido de una manera ambivalente por el extorturado en terapia.

Por una parte, se teme la posibilidad que el terapeuta pueda tomar parte, tomar posición, y echarle en cara, enjuiciándolo, lo “feo”, denigrante o irresponsable de su experiencia.

Por otra parte, el terapeuta representa una posibilidad concreta de poder “vaciar”, aceptar e integrar la experiencia conflictiva y traumática del pasado, esa “carga dolorosa” que es difícil llevar y manejar.

Existen casos en que el sistema represivo, a través de diferentes técnicas, condicionamientos, etc., provocó una especie de despersonalización del prisionero que lo llevó a colaborar con los servicios represivos. En estos casos, recordar o tomar contacto con la vivencia del pasado en la relación terapéutica significa reconocer ante el otro su “traición”.

El riesgo para el ex preso torturado es doble: tener que aceptarse a sí mismo, con todo el dolor que ello implica, y por otro lado, tener que correr el riesgo de ser abandonado, estigmatizado y marginado por su grupo político de referencia.

La relación de confianza permitirá al expreso en terapia la apertura de su sí mismo hacia la experiencia traumática y conflictiva del pasado.

4. La apertura del sí mismo herido a la experiencia conflictiva y traumática del pasado

Un largo tiempo puede transcurrir antes que la persona en terapia adquiera la confianza y seguridad en la relación terapéutica.

Confianza y seguridad de que en la relación terapéutica él no será juzgado y su experiencia será aceptada a pesar de lo horrible que pueda ser o que a él pueda parecer.

Después de un tiempo variable, de rodeos racionalizaciones, discursos ideológicos y políticos, de hablar de problemas referidos a otras personas, el expreso en terapia empieza a hablar de su experiencia. Empieza a mostrar las heridas que la experiencia le causó a su sí mismo y empieza a abrir este sí mismo a esa experiencia anteriormente deformada y negada.

Esta apertura varía de persona a persona. Las formas que hemos encontrado:

a) Expresión gradual de sentimientos:

- sentimientos referidos a problemas con su partido,
- conflictos relacionales con su esposa,
- sentimientos y emociones provocados por la actitud o lo que él piensa que es la actitud de las gentes del país de acogida.

Este tipo de situaciones empiezan a ser traídas a las sesiones y son revividas emocionalmente.

- b) Análisis de las reacciones defensivas: elaboración que el sujeto en terapia comienza a hacer de sus conductas defensivas.

En un primer momento son traídas a la terapia como conductas que empiezan a molestarlo. En ocasiones comienza a sentirse preso o presa por estas reacciones defensivas.

En este período existe aún una tendencia a escaparse de la posibilidad de relacionar esta conducta con la experiencia pasada.

- c) En algunos casos, la apertura y aparición del sí mismo “camuflado” se produce a través de un abrupto ataque de emociones que se “le escapan” al cliente.

El ex torturado en terapia tiene la sensación de que sus emociones lo inundan, hace esfuerzos por controlarlas, pero se siente sobrepasado por algo que lo asusta, que estaba dentro de él que aparece ahora delante de otra persona.

Este es uno de los momentos cruciales de la terapia. Un buen manejo que se refleje en una actitud neutral, pero de apoyo, seguridad, y aceptación por parte del terapeuta, ayudan al paciente a utilizar estos momentos penosos para descargar sus emociones y perder el miedo por lo que está sintiendo.

Evitar la interpretación que hace tomar consciencia de la relación de esas emociones con efectos y conflictos infantiles (donde se constituyó el sí mismo del sujeto) puede provocar una regresión, puesta en cuestión y desorganización aún más profunda del sí mismo herido del ex preso.

Una excesiva preocupación por parte del terapeuta puede contribuir también a reforzar sentimientos de culpabilidad del ex preso en terapia o como formas de infantilización o como el rechazo de su experiencia por el otro.

Nos parece importante el manejo por parte del terapeuta de su propia angustia.

5 Acercamiento paulatino a la experiencia traumática

La apertura emocional va permitiendo en sesiones sucesivas que la persona en terapia vaya aproximándose a la experiencia crítica, traumática, que significa el período de tortura y encarcelamiento.

A menudo, son reacciones emocionales desmesuradas en situaciones de la vida cotidiana las que permiten y provocan la vinculación de éstas con ese momento de su pasado que el cliente ostentaba negar.

Es a través de la elaboración de estas situaciones y los sentimientos que ellas despiertan que el compañero en terapia comienza poco a poco a recordar y a revivir los momentos difíciles de su pasado.

6 La aceptación de la experiencia y del sí mismo debilitado: el comienzo del cambio

Los clientes pudieron encontrar una ayuda terapéutica cuando constataron no sólo racional, sino ante todo emocionalmente, que la relación terapeuta-cliente en terapia era segura. (Serían aceptados y respetados).

El ex preso en terapia comienza primero a reconocer su experiencia, luego a revivirla, a aceptarla y por último a integrarla.

Es en este contacto terapéutico que el sí mismo debilitado y herido por la experiencia traumática pasada comienza a reconstruirse y reorganizarse.

Al sentir que sus experiencias y sentimientos son aceptados por el terapeuta, comienza el proceso de aceptación de ellas por el cliente, con la consecuente descarga de angustia y tensión acumuladas.

Las experiencias revividas que desencadenaron el proceso de cambio han adoptado las siguientes formas:

- el contar cómo lo trataron en la prisión y tortura,
- el contar la culpabilidad resentida por su hermano y amigo muerto,

- el miedo a enfrentarse a las autoridades,
- incidentes específicos (en un hospital, etc.)

En esta etapa de la terapia se produce una especie de “viaje hacia el centro de sí mismo”.

Cuando el cliente comienza a aceptar su sí mismo herido, es decir, la debilidad, precariedad y parcialidad de éste, se produce a nuestro parecer el comienzo del cambio de estado. Esto se manifiesta por una sensación de bienestar psíquico y a veces físico, en la medida que el sujeto al integrar una parte de su experiencia se ha acercado a una mayor consecuencia.

El quiebre del “caparazón” del rodaje defensivo implica la aparición del yo privado, de la real experiencia individual del sujeto.

Podemos pensar, sin estar seguros aún, que el compañero en terapia se sienta doblemente aceptado: individual y socialmente por un terapeuta exiliado de izquierda.

Esquema: La recuperación del sí mismo traumatizado:

1. Experiencia de prisión y tortura.
2. Degradación: violación física y moral, sumisión e impotencia.
3. Experiencia grupal en la prisión.
4. Sí mismo público, identidad social, reconstruido.
5. Exilio: mantenimiento del cuestionamiento del sí mismo: desaparición parcial condiciones de reconstrucción de la identidad social.
6. Sí mismo público intacto, mecanismos de defensa. Sí mismo privado, herido y débil.
7. Crisis: fallas en mecanismos de defensa (funcionamiento parcialmente desorganizado de sí mismo).
8. Terapia etapas 1, 2 y 3
9. Toma de conciencia de conductas y actitudes defensivas
10. Terapia 4 y 5.
11. Conexión con el pasado.
12. Exposición del sí mismo herido, y apertura de éste a la experiencia pasada
13. Terapia 6
14. Aceptación de su experiencia integración de ella y reorganización de sí mismo.

Todas estas modificaciones representativas, cognitivas y emocionales van estrechamente asociadas a cambios conductuales. Y además, implican un proceso de “desculpabilización” del compañero en terapia en algunos casos.

Las modificaciones que hemos observado en nuestra práctica, a partir de este proceso de reorganización y reconstrucción del sí mismo han sido:

- Cambios de actitud y conductas más adaptativas (liberadoras) frente a la militancia y al partido político.
- Análisis crítico de conductas y experiencias del pasado.
- Relectura de las expectativas en relación al núcleo familiar y a un aumento de la comunicación en la familia.
- Mejoramiento de las relaciones interpersonales, con mayor aceptación de sí mismo y de los demás.

Psicoterapia con víctimas de la tortura (Agusto Murillo Perdomo)

Se presenta aquí un modelo de intervención psicoterapéutica, relativamente breve, empleado con torturados latinoamericanos, exiliados en países europeos.

Efectos psicopatológicos de la tortura

La tortura sufrida es resentida por el torturado según la estructura de su personalidad, que determinará a nivel individual el significado dado a esa experiencia traumática, que también se ha de integrar dentro del cuadro social en el que vive el individuo. Es importante distinguir al menos dos niveles de estructura del yo: la identidad individual y la identidad social. La identidad social será determinada por las grandes categorías sociales, organizaciones y grupos a los que el individuo pertenece; generación, clase, etc. La identidad individual sería la unidad primaria forjada a través de la infancia en la interacción vivida con los padres, hermanos y ambiente.

El torturado siente psicológicamente y da sentido a la agresión en función de su individualidad personal y de su situación en un determinado grupo y sociedad.

Nuestra experiencia muestra que la tortura en la inmensa mayoría de los casos el objetivo principal no era tanto obtener información sino producir un quiebre psicológico y lograr un cambio en el comportamiento de la persona. “Enloquecer” al oponente político y aterrorizar a toda la población.

Sintomatología

Todos nuestros pacientes manifiestan un núcleo central de profunda ansiedad subyacente a variados síntomas, entre los que cabe destacar: estados de profunda depresión, incapacidad de concentrarse, cambio continuo de actividad, trastornos de memoria, insomnios, sentimientos paranoides que tienden a agravarse y trastornos sexuales, especialmente impotencias secundarias.

A nivel más social, un gran mayoría manifiesta tendencia al aislamiento y a abandonarse completamente en manos de los organismos asistenciales. Los intentos de suicidio, se producen en los casos de depresiones o de crisis paranoicas. Los delirios han sido relativamente pocos en relación a la población tratada.

Con relación a los niños torturados (10 entre 7 y 10 años), hemos tratado dos autistas, los otros con retardo del lenguaje y tartamudeo, ocho con enuresis y pesadillas nocturnas, dos con encopresis.

La integración a la escuela fue muy difícil, especialmente por el hiperquinetismo y la imposibilidad de concentrarse en una tarea.

El proceso psicopatológico del encarcelamiento y la tortura

El paso de la libertad a la prisión crea en todos un choque traumático profundo. Todo el sistema carcelario y naturalmente la tortura están dirigidos a cambiar la identidad individual y social del preso político.

1. Todos los actos iniciales de entrada en la cárcel, chequeos, despojo de ropas y objetos personales, cambio de nombre por un número, las vejaciones personales... son individuos por el preso como un rito de deposición de su identidad individual y social para adquirir la de preso, la de torturado en completa indefensión.
2. El aislamiento inicial del preso intensifica la pérdida de todos los puntos de referencia de la identidad cotidiana. La incomunicación total durante semanas y aun meses es muy mal soportada por el sentimiento que se crea en el preso de estar completamente abandonado de todos.
3. La tortura en sus múltiples formas viola el espacio físico y moral que le permite al individuo definir su identidad personal, negando su realidad y valor de persona.
4. La imposibilidad de oponerse y de expresar su rebelión, el continuo maltrato verbal y físico provocan la degradación de la identidad personal y social con el sentimiento de impotencia y de vergüenza.
5. La capacidad de juicio y de decisión van siendo minadas mediante reglamentos depresivos y degradantes, a veces incoherentes y confusos.

La identidad sexual se ve cuestionada en general no sólo por los episodios de violaciones sino por el sistema general de la cárcel que impone especialmente a los hombres un comportamiento en oposición a la ideología machista tan

difundida en los latinoamericanos que determinan y delimita los roles sexuales del hombre y de la mujer. Los guardias están ahí para hacer sentir en todo momento su autoridad que debe ser acatada sin réplicas. Este sometimiento prolongado crea un sentimiento de inferioridad y de impotencia. La agresividad tiene que ser reprimida y escondida aun ante las más degradantes y dolorosas vejaciones de los guardias.

Su imagen de padre y protector queda desvirtuada, porque además de no poder ejercer ese papel con su familia y amigos, es él mismo quien necesita ser protegido y ayudado. Los episodios de homosexualidad y aun pequeños manoseos o vejaciones sexuales por parte de guardias y compañeros de cárcel, son vividos con gran vergüenza y culpabilidad impregnados de un sentimiento de inseguridad y aun de angustia sobre su propia identidad sexual.

Todas las impotencias secundarias tratadas. Tenían directa referencia a episodios traumáticos vividos en la cárcel y en la tortura. Para la supresión del síntoma en gran parte de los casos fue suficiente la resolución e integración coherente de las experiencias traumáticas vividas en la cárcel.

7. Las delaciones o la colaboración con el aparato represivo de la cárcel. Uno de los objetivos del sistema carcelario y de la tortura es crear el sentimiento de traición en el torturado y en sus compañeros de militancia: los torturadores juegan mucho con el "sus compañeros ya hablaron".

La utilización de drogas y las pérdidas de conciencia en las sesiones de tortura e incluso afirmar cosas que no se han dicho nunca, es una arma siempre utilizada por los torturadores para hacer creer al torturado que ha hecho revelaciones y delaciones. En estos casos, el sentimiento de culpabilidad y el desprecio de sí mismo destruye casi irremediablemente la imagen que se tenía de sí mismo. Muchas depresiones están muy relacionadas con ese sentimiento de culpa, y algunos hiperactivismos militantes de los primeros meses de exilio pueden esconder una búsqueda de reparación y de perdón de su traición.

El haber podido superar con vida todo el período de encarcelamiento y tortura. Es sentido por muchos con culpa, especialmente cuando amigos y compañeros sucumbieron y en ciertos momentos de crisis se desea morir como ellos o se echa sobre sí la responsabilidad de su muerte.

8. La tortura psicológica: tratos represivos en que se ejerce una violencia estrictamente psicológica y no física. Insistimos también en que toda tortura física está produciendo lógicamente una violencia psicológica. El aislamiento y la incomunicación completa. Los episodios más dolorosos han sido el presenciar la tortura de seres queridos y amigos, asistir a la violación de la propia esposa e hijas... los simulacros de fusilamiento o ahorcamiento, realizar tareas completamente incoherentes.

Los rogerianos podrían hablar de incoherencia entre el sí mismo y la nueva experiencia de la vida carcelaria. Dentro de una visión más analítica se podrían considerar la tortura y la cárcel como ataques masivos a la estructura del yo, exigiendo una adaptación de los mecanismos de defensa y el replantear tal vez, la eficacia y solidez de los conflictos primarios.

El exilio como nuevo replanteamiento de la identidad individual y social

El exilio por el desarraigo y las rupturas que conlleva, en sí mismo, un acontecimiento muy traumático. El exilio replantea al individuo el problema de su propia identidad individual y social, y si se quiere la incongruencia del sí mismo con la nueva experiencia de la vida.

El exilio con sus nuevas dificultades suele hacer surgir y aflorar los traumas psíquicos sufridos en la detención y en las sesiones de tortura.

Hacia una metodología de intervención psicoterapéutica con los ex torturados: la reconstrucción del sí mismo

La demanda de ayuda psicoterapéutica se produce generalmente en momentos de crisis ligados a un acontecimiento desencadenante que hace revivir momentos traumáticos de la cárcel. En algunos casos de crisis de personas que vienen del extranjero y que no pueden permanecer en Bélgica más de tres semanas o un mes, se realiza con ellos una intervención psicoterapéutica focal de corta duración con el objetivo de ayudar a sus crisis actual y elaborar un cierto programa de vida más equilibrado para el futuro.

Una vez terminada la primera entrevista, se establece un plan de trabajo terapéutico a tres niveles paralelos, que son realizados por diferentes terapeutas.

- a) Una terapia individual verbal, generalmente en el marco amplio rogeriano o analítico, según la formación del terapeuta.
- b) Trabajo de relajación y ejercicios de resensibilización dirigidos a lograr una especie de reconciliación de ex torturado con su cuerpo.
- c) Un trabajo grupal, dentro de la metodología, adaptada, del trabajo en una red con familiares y amigos que quieran apoyar el proceso terapéutico. Este trabajo se inicia hacia la fase final de la terapia y está limitado en el tiempo y en los objetivos concretos que se establecen.

El proceso terapéutico atraviesa diversas etapas. La intervención de tipo más analítico hace énfasis en la transferencia con el terapeuta y los de orientación más rogeriana en la empatía del terapeuta con el ex torturado. En algunos momentos del proceso terapéutico, para desbloquear una situación o dar mayor clarificación a la toma de conciencia, es eficaz, utilizar técnicas de psicodrama, realizadas por miembros del equipo como terapeutas auxiliares pero dentro de límites y objetivos muy precisos.

1. Hacerse aceptar por el terapeuta.

El proceso terapéutico se inicia generalmente por la búsqueda del paciente de hacerse aceptar tal como se presenta. El ex torturado habla de las secuelas físicas y psicológicas que él cree le dejó el encarcelamiento y la tortura. Ya han pasado exámenes médicos y seguido tratamientos que han sanado y reparado gran parte de los daños fisiológicos sufridos. Es esencial que el terapeuta acepte esa sintomatología y aun refuerce la ritualización de exámenes médicos, especialmente de tipo neurológico.

El terapeuta punteando y clarificando el significado de las angustias sobre los aspectos médicos, logra que el paciente se sienta aceptado seriamente, pero que también sus dolencias lo deben llevar más allá de los exámenes y medicamentos.

2. Etapa de rodeo

El paciente se complace en contar muchos detalles, pero con frialdad emocional, lo bien que superó lo macabro de la tortura y el duro régimen carcelario. Es como si tuviera necesidad de presentar al terapeuta la solidez y coherencia de su yo social, aceptado no sólo por el terapeuta, sino por los demás. Da una imagen de perfecto militante.

Al final de esta etapa, después de un cierto período de disminución y aún desaparición de síntomas, se vuelve a hablar de éstos, pero ya en relación con las dificultades que vive en el exilio.

Esta etapa defensiva debe ser interpretada como una manera de esconder la angustia que le crea el temor de seguir adelante en el proceso terapéutico y abordar los episodios traumáticos.

3. Puesta a prueba de la confianza que puede depositar en el terapeuta

Empieza a manifestarse una gran ambigüedad en relación con el terapeuta. Generalmente habla de las dificultades y conflictos reales que tiene con las demás personas; del sentimiento de sentirse rechazado o incomprendido por los otros; de su deseo de aislarse; de sus pensamientos de que tal vez hubiera sido mejor permanecer en la cárcel que salir a enfrentarse con las dificultades del exilio.

Esta etapa es bastante difícil, es aquí donde se juega generalmente la continuidad o la ruptura del proceso terapéutico. A veces, en la vida real se puede estar viviendo la misma ambivalencia y conflictividad en las relaciones con su familia y sus amigos.

Son muy frecuentes las crisis de agresividad en el interior de la relación terapéutica. El paciente busca ver hasta qué punto puede depositar en el terapeuta toda su confianza. Que no importa lo que diga, ni lo que cuente sobre sus experiencias traumáticas, el terapeuta no lo que diga, ni lo que cuente sobre sus experiencias traumáticas, el terapeuta no lo va a abandonar ni a rechazar. Es importante que el terapeuta puntee y haga verbalizar en lo posible los sentimientos de agresividad y miedo a ser rechazados por el terapeuta. No conviene hacer interpretaciones muy psicoanalíticas de episodios de la vida infantil ni de los procesos primarios, porque pueden reforzar los mecanismos

de defensa y un aumento de la angustia. Además muy probablemente la prolongación de la terapia será un nuevo elemento para interrumpirla y el sentimiento de que no se avanza nada.

4. La apertura hacia las experiencias traumáticas

El paciente empieza a abrirse para hablar de su experiencia traumática:

- Algunos empiezan expresándose gradualmente a través de varias sesiones dedicadas a hablar de situaciones alejadas del conflicto entre la experiencia pasada y el sí mismo social, principalmente Sentimientos referidos a problemas con su partido; conflictos reales con la esposa, etc.
- Otros empiezan a analizar las reacciones defensivas relacionándolas con su vida en la cárcel. La hiperactividad, por ejemplo, un paciente la asociaba a una búsqueda de encarcelarse a sí mismo en gran número de cosas, para huir y disminuir su angustia personal, como un modo de encarcelarse: “es como si yo mismo me hubiera apisionado” decía un paciente.
- En otros, son momentos emocionales muy fuertes, en los cuales siente como si estuviera siendo sumergido por sus emociones, como si algo dentro de sí tuviera que salir incontroladamente.

El terapeuta tiene que balancear muy bien su actitud entre una excesiva preocupación y una fría relativización de lo que sucede en la sesión terapéutica, porque son a menudo interpretadas por el sujeto en terapia como formas de infantilización (“maternización”) y además refuerzan los sentimientos de culpabilidad del ex preso, en la medida en que se siente responsable del dolor que el terapeuta parece sentir por él.

Las situaciones que desencadena la toma de conciencia del significado de su experiencia traumática han sido: noticias de sus países de origen; confrontación o dificultades del paciente con la policía de los países de acogida; una película en la que se presentaban situaciones semejantes a las vividas en la tortura.

5. La toma de conciencia de lo que significó la experiencia traumática

El paciente empieza a reconocer su experiencia o episodios de la prisión o de la tortura, que dejaron huella profunda en él. Algunos relatan y reviven el dolor de los momentos de la tortura en que se sintieron completamente degradados a nivel peor que los animales.

La actitud de escucha calurosa, no compasiva, pero sí abierta y sincera, sin juicios ni interpretaciones moralistas, van dando al ex torturado la posibilidad de ir aceptando la experiencia traumática como tal, su indelebilidad y la necesidad de seguir viviendo con ella. Nace así la preocupación y el interés para integrar positivamente en su yo, los episodios traumáticos vividos y la herida dejada por las vejaciones en su identidad individual y social.

Cuando el ex torturado empieza a aceptar su sí mismo herido, es decir, su debilidad, su incoherencia con la imagen social anterior, ya se da un inicio de cambio de estado. Poco a poco se va sintiendo un real sentimiento de bienestar psíquico y de mayor seguridad personal.

6. Elementos de cambio

la ruptura de las antiguas defensas en un ambiente de seguridad y la adquisición de nuevos esquemas de orientación y marco de referencia del comportamiento exigen una dimensión en el proceso terapéutico; es así como se introduce el trabajo en red.

La nueva integración y reforzamiento del yo individual deberán ser integrados en el yo social, dará la posibilidad al paciente de trasponer a la realidad los efectos terapéuticos de lo vivido en la terapia individual y reforzará la nueva imagen social de la persona. El trabajo en red, que se inicia al fin de la terapia, busca interesar a la familia, al grupo de amigos y a la comunidad latinoamericana donde el paciente vive su exilio. Organizan un encuentro de amigos y familia. El paciente, dejado en la libertad de asistir o no a las reuniones.

La reunión se inicia con la explicación de cada uno de sus relaciones con el paciente y de cómo ha vivido el encarcelamiento, la liberación y la crisis que puede haber vivido el paciente. Este tipo de discusión tiene gran importancia con relación a la marginalización que generalmente se hace a las personas que empiezan a manifestar desequilibrios mentales. Se verá la manera de dar un apoyo no paternalista ni infantilizante al ex torturado, para que pueda integrarse en la comunidad latinoamericana en general o en algún grupo. Cuando el paciente participa en la

reunión, es importante dejar que él hable de cómo se siente, de cómo vive lo que ha escuchado de sus amigos y qué espera de ellos. Los terapeutas que dirigen la reunión, es deseable que sean al menos dos, deberán tener mucho cuidado en que se disminuya y se canalice la agresividad que pueda haber del grupo de amigos y de la familia hacia el paciente y de éste hacia sus amigos.

Estas reuniones suelen ser dos o tres espaciadas por dos semanas. Se pueden hacer reuniones más restringidas con determinadas personas para concretar y discutir un problema más específico con relación al paciente.

La aplicación de esta metodología de trabajo ha tenido alrededor del 70 por ciento del éxito, partiendo del criterio de disminución y desaparición de síntomas y sobre todo la capacidad demostrada de lograr una “adaptación crítica” al exilio.

Se pueden concretar los cambios sufridos por los pacientes a un nivel más social en conductas más adaptativas y liberadoras frente a lo que es su militancia política; análisis crítica de conductas y experiencias del pasado, mayor realismo con relación a su exilio y a las posibilidades de adaptación; mejoramiento de sus relaciones interpersonales, con mayor aceptación de sí mismo y de los demás; capacidad de superar sin mayor desgaste las dificultades que surgen de su condición de exiliado.

7. El trabajo sobre el cuerpo

La continua tensión psíquica en que vive se expresa en una fuerte tensión corporal. El trabajo se desarrolla paralelamente a las sesiones de terapia verbal a un ritmo de tres por semana, con tareas para hacer diariamente en casa.

Se inicia el trabajo con técnicas corrientes de relajación, tipo Jackson o “training autógeno”. Un poco más adelante, cuando la técnica de relajación ha sido lograda, se empieza un trabajo de ejercicios de sensibilización, orientado básicamente a descubrir núcleos de bloqueo y tensión en el cuerpo. Las manos y los pies son puntos muy relacionados con la tortura, la plastibia y los masajes pueden ser medios muy eficaces para desbloquear esa relación con el cuerpo. En algunos casos, esto ha servido para que avance y se profundice la terapia verbal. El ex torturado tiene que reconciliarse con su cuerpo.

La sociedad con desaparecidos (Lía Ricón)

Según Freud en el texto “El malestar en la cultura”: “como último rasgo de una cultura, pero sin duda no el menos importante, apreciaremos el modo en que se reglan los vínculos recíprocos entre los seres humanos...”

El autoritarismo se puede definir como “el principio de obediencia ciega a la autoridad como opuesto a la libertad individual de pensamientos y acción. En el gobierno es un sistema político que concentra el poder en manos de un líder o de una pequeña élite no constitucionalmente responsable ante la ciudadanía, por lo tanto opuesto a la democracia”.

El psicoanálisis efectiviza el paso desde un psicología descriptiva a una psicología que como decía Freud, al ir tras la conciencia, estructura modelos de funcionamiento de psiquismo a partir de los cuales se abren fecundos campos de investigación que siguen en desarrollo.

En lo que hace al psicoanálisis como práctica, las conductas de psicoanálisis ante el psicoanalizado se dan teniendo en cuenta las leyes de funcionamiento del psiquismo, las leyes del inconsciente, cualquiera sea la escuela posterior a Freud en la que se deriva del descubrimiento princeps freudiano: la ruptura epistemológica operada por el descubrimiento del inconsciente.

El psiquismo con sus leyes de funcionamiento no surge como una expresión innatista de la maduración del cuerpo anátomo-fisiológico, ubicado en un medio físico-geográfico, sino como una sociogénesis. Esta sociogénesis incluye a la familia, la escuela y la sociedad (los llamados por Althusser aparatos ideológicos del Estado).

El inconsciente freudiano tiene leyes que, como ya dije, están claramente explícitas y desarrolladas en toda su obra. Estas leyes son homólogas a las del lenguaje. Al decir lenguaje, estoy mencionando a la palabra como un derecho del hombre que el discurso autoritario de todos los tiempos le ha negado (el derecho a organizar un pensamiento sin imposiciones). Obstaculizar el ejercicio de este derecho es cometer la más violenta y destructiva agresión.

Las situaciones concretas

1. Situaciones vinculadas con la influencia de las figuras parentales (ej., delirios relacionados con miedos en la infancia por situaciones de obediencia ciega)
2. Situaciones vinculadas con la educación. Cómo puede implementarse el discurso autoritario en la tarea docente en todos sus niveles. Castigos corporales, clases magistrales como modalidad docente con aspectos intrusivos y violatorios que impone una información ex cátedra.

Las propuestas de Freire, tales como “nadie educa a nadie y nadie se educa a sí mismo, sino que los hombres se educan entre sí con la mediación del mundo”, expresan más claramente que cualquier otra formulación la posición opuesta al discurso autoritario efectivamente a través del modelo monológico, centrado en el emisor que no permite ninguna autonomía en el desarrollo..

Un ej., es la violencia que significa pretender que un niño chiriguano desarrolle su aprendizaje con jirafas, semáforos o rascacielos que nunca vio y de los que no tiene noticia.

3. Situaciones vinculadas con la sociedad general.

La pertenencia a una cultura, a un grupo humano cohesionado por una ley, nos incluye en un discurso que determina los modos de relación de los seres humanos, supuestamente en la cultura en la que vivíamos estábamos sujetos a una ley y había un organismo que se ocupaba de hacerla cumplir.

Como dice Bertrand Russell, “los deseos comunes de la humanidad de felicidad, de paz interna y externa y de comprensión del mundo”.

Esta sociedad con desaparecidos por los que no se podía preguntar y de los que las instancias oficiales no se ocupaban, es la que posibilita que un niño diga la triste frase que registra un trabajo sobre el tema: “no quiero crecer, porque si llego a pensar distinto a los militares, me van a matar”. El desconocimiento del destino de cada uno, incrementa la incertidumbre y, por ende, contribuye al desarrollo de un estado paranoide, que entre otros efectos, dificulta la elaboración del duelo. (Recordemos las búsquedas en las listas de los damnificados por el terremoto mejicano).j

Nos preguntamos si podrán cumplirse los tiempos del Edipo en una sociedad en la que el Estado no actúa en representación de la ley, sino que él mismo se considera la ley.

Todos conocemos la existencia de las fantasías sobre los orígenes en determinada época del desarrollo infantil. En esta sociedad hubo niños, hijos de secuestrados y nacidos en cautiverio, que fueron entregados a familias que se apropiaron de ellos. Estos niños viven como en adopción aparentemente abandonados por sus padres carnales.

En un trabajo de Silvia Amati sobre la tortura, en el que la joven violada aún puede pensar en su violador y se dice “el es tan violado como yo”. No sólo está presente el daño mayor de los damnificados directos y de sus familiares, sino también el de la complicidad, la debilidad, el sometimiento, el miedo, la autocensura.

La práctica psicoanalítica

las reglas de la abstinencia y la neutralidad debemos mantenerlas para permitir que se desarrolle el proceso psicoanalítico.

Durante el terrorismo de Estado, esta garantía desapareció y el psicoanalizado debía para conservar su vida, saber al menos que su analista no lo iba a denunciar. Por otra parte, la asociación libre quedó obstaculizada por la autocensura que invadió imperceptiblemente todas las áreas de la vida.

La desaparición: su repercusión en el individuo y en la sociedad (M^a L. Pelento & J. Braun de Dunayevich)

la descripción empírica de los hechos ocurridos en nuestro país (Argentina), durante la dictadura militar y condensada en la figura de la desaparición, lleva a visualizar, por contraste, ciertas condiciones que damos por sentadas en los duelos habituales y que son las que permiten que el proceso de duelo se ponga en marcha. Estas condiciones son:

- a) el conocimiento directo o la información adecuada de la muerte de la persona y de sus causas;
- b) la existencia de ciertos elementos simbólicos entre los que podríamos incluir: los rituales funerarios, las prácticas comunitarias y una adecuada respuesta social.

La primera de estas condiciones se vincula con lo que Freud en *Inhibición, síntoma y angustia* denominó “examen de realidad”, señala que el duelo se genera bajo el influjo del examen de realidad que exige categóricamente separarse del objeto porque él ya no existe más.

Con respecto a los elementos simbólicos mencionados anteriormente, antropólogos y sociólogos afirman que a pesar de los cambios en la actitud de los hombres frente a la muerte, producidos en el curso de los siglos, los rituales funerarios son imprescindibles. Estos posibilitan que los deudos se beneficien por su efecto catártico y ordenador de las cargas de amor, odio y culpa, tal como lo señaló Freud.

También señalan que, en circunstancias habituales de fallecimiento, familiares y amigos de los deudos, instituciones y sociedad, a través de ciertas prácticas comunitarias (ritos de pasaje, condolencias, etc.) favorecen el reconocimiento de la muerte y de los efectos concomitantes.

Postulamos que en el caso de la desaparición de personas, fueron creadas, en cambio, situaciones tales que hicieron que, prácticamente, ninguna de estas premisas pudiera ser cumplida.

Con la metodología de la desaparición se produce, en realidad, una confluencia de tres órdenes e fenómenos:

- a) la existencia en el espacio de la mente, primero de un “objeto desaparecido”, luego de un “objeto asesinado”, y en tercer lugar de un “muerto sin sepultura”;
- b) la pérdida del microgrupo social de referencia y de pertenencia;
- c) la pérdida del macrogrupo social

La desaparición y muerte producen en el psiquismo efectos diferentes.

Esta situación está caracterizada por: desaparición forzada de la víctima, luego de su cadáver, y anonimato del victimario, proponemos un modelo basado en los términos: vacío, relleno y reestructuración.

La idea de vacío proviene de la misma figura de la desaparición, ya que la desaparición como método implica el intento de borrar todo rastro del hecho. Esta metodología impide que el aparato psíquico tenga acceso a percepciones, representaciones y recuerdos. El discurso social que emana del mismo poder propone mensajes falsos y contundentes que alteran, tanto al representante materno, sostén y cualificador semántico de experiencias, como al representante paterno, instaurador del orden y de la ley. Esto trae como consecuencia un sentimiento abismal de desamparo, incrementado por la caída y conmoción de valores e ideales.

Las alteraciones complejifican enormemente el procesamiento de estas pérdidas, las cuales producen en el aparato psíquico una brecha, un hueco, un vacío.

La metodología de la desaparición, además, intentó producir activamente un doble vacío, no solamente en la función psíquica individual sino también en el vacío de función social.

El fenómeno observado en lo social es la disgregación del microgrupo de pertenencia, cuando éste sucumbe al pánico y al terror al contagio, produciéndose entonces la pérdida de lo que J. Puget (1985) llama la “representación grupal” en el aparato psíquico. La representación grupal constituye la representación mental de lo social., sostén de la identidad, que incluye el discurso social portador de las normas de interacción y los valores e ideales sociales. La pérdida del grupo de referencia y pertenencia produce una cualidad de desorganización mental que desencadena en el sujeto una crisis de identidad.

En cuanto al macrogrupo social, éste quedó sumido en una situación de irracionalidad. Se desatendieron las reglas habituales de convivencia, surgieron otras reglas enigmáticas no enunciadas que impidieron toda comprensión de los derechos y deberes de los ciudadanos. Cambió el sentido semántico de ciertos términos y surgió un léxico nuevo.

Se perdió el referente de la culpa (¿todos somos culpables?). Gran parte de la sociedad estuvo sumida en una conspiración de silencio y apeló a la renegación. Aulagnier (1980) lo llama “estado de alienación”.

Para esta autora, el estado de alienación representa el límite extremo que puede alcanzar el yo en la realización de un deseo de abolir toda situación de conflicto, incertidumbre y sufrimiento. La autora señala que, bajo ciertas condiciones (subjetivas u objetivas), la mayoría de las personas puede oscilar hacia ese estado. El estado de alienación está inducido por un sistema social y de poder, que impide a las personas “pensar el sistema y la realización con el poder que deriva de ese sistema”. Esta interdicción ocurre en sistemas sociales en los que el poder amenaza de muerte a todo opositor.

Por razones de supervivencia y para evitar el dolor que le provocaría al sujeto percibir y pensar el sistema social represivo en el que está inserto, éste opta por adosarse al discurso dicho por el poder. Esto desemboca en una desrealización de lo percibido y en la imposibilidad de pensar y fantasear sobre lo que sucede. A la falta de percepciones, representaciones y recuerdos que produce, como lo señalamos anteriormente, la metodología de la desaparición, se suma este ataque al pensamiento, producto del estado de alienación que desestructura más aún el aparato psíquico. Así llegamos a la idea de vacío de función social y a una de sus consecuencias más importantes: el daño al pensamiento.

El vacío absoluto de función psíquica es imposible, ya que equivaldría a la muerte. S. Resnik (1985) dice, en este sentido, que el vacío está poblado de demonios y fantasmas, es vacío de toda posibilidad empática, asegurante y recreativa.

Observamos en el lugar del vacío y como relleno (segundo término de nuestro modelo), una serie de fenómenos clínicos, a saber: intensificación de lo fantástico, predominio del pensamiento mágico, conductas ritualizadas, rituales obsesivos, fenómenos de rumiación, episodios fugaces pseudoalucinatorios, y, en lo social, el surgimiento de mitos.

El aparato psíquico, perturbado en su capacidad de pensar, al ser atacado en su racionalidad, es forzado a un funcionamiento regresivo, surgiendo entonces el pensamiento mágico.

Observamos rituales que tienen como contenido fantasías de hacer aparecer al desaparecido, de evitarle el sufrimiento o de mantenerlo vivo, (vivo-muerto, vivencia de lo siniestro). Otras conductas dramatizan rituales funerarios inacabables que intentan sustituir los ritos sociales faltantes. En otros casos parecen fantasías sadomasoquistas que intentan organizar sentimientos de odio, venganza.

La imposibilidad de construir una realidad fáctica se rellena con el fantaseo estéril que reemplaza la fantasía creadora.

La falta de ley y de un representante paterno protector se sustituye con un representante paterno autoritario (Suárez, 1984).

Valores e ideales éticos fueron sustituidos por ideales espurios, ligados al enriquecimiento material y a la perversión.

También tiene efecto de relleno la incorporación de frases hechas (“los argentinos somos derechos y humanos”) y la parasitación semántica de las palabras.

Desde lo social hemos observado la circulación de mitos cuyos contenidos latentes son un intento para asimilar psicológicamente, en forma disfrazada, situaciones de angustia colectiva intolerable. Estos mitos se elaboran sobre esbozos de conciencia de vivencias de horror y tortura insostenibles para el yo (mito del secuestro de niños, del robo de órganos y otros).

Si hacer desaparecer fue el mecanismo del terrorismo de Estado, hacer reaparecer es la tarea de la reestructuración, tarea que implica develar sustitutos, levantar represiones y renegaciones en la esfera individual, así como también en la social.

Fueron las mismas personas afectadas las que comenzaron la reestructuración de la red social. Las organizaciones de derechos humanos: éstas funcionan como grupos de sostén y referencia, creando espacios catárticos y elaborativos que permiten reestructurar el diálogo, la verdad, la ética y la solidaridad social. En algunos casos constituyen el sustituto de familias destruidas, al ofrecer sostén afectivo, material, y jurídico, lo que permite la recuperación de la identidad de los afectados.

Muchos de los eventos producidos por estas organizaciones constituyen actos de terapia social (marchas, reuniones científicas, publicaciones, etc.).

festivales de música, canciones de protesta, las llamas de los encendedores en los estadios, se pueden leer como formas de develar verdades, y por ende, como intentos de elaboración colectiva.

Otro acto de reparación social lo constituyó el juicio oral, que permitió el acceso a lo simbólico a través de la palabra.

La significación jurídica del hecho delictivo dio apertura a significaciones obturadas. Estas significaciones fueron cambiando en los distintos momentos del juicio: durante el relato de los testimonios, en el tiempo de espera de la sentencia y luego en la sentencia. En términos generales, el relato de los testigos significó un encuentro con las palabras que describían el horror: en algunos casos, la mención del nombre, y del lugar en el cual el testigo había visto al familiar despertó una vivencia fugaz de ubicación del objeto desaparecido, seguido de la certeza de su asesinato. En otros casos, esta mención del nombre y lugar despertó una vivencia de lo siniestro, centrada en la fantasía de la reparación del muerto. Pudimos observar que la búsqueda infructuosa del desaparecido en el relato de los testigos empujó a algunos familiares a reexperimentar la vivencia traumática provocada por la metodología de la desaparición.

El juicio oral fue uno de los elementos que contribuyó poderosamente a promover un cambio de status del objeto perdido en el aparato psíquico: éste pasó de tener el status de objeto desaparecido a tener el de objeto asesinado. Esta transformación movilizó fuertes sentimientos de rabia y dolor que nos parecieron corresponder a la correcta ubicación del agresor y al dolor provocado por la certeza del asesinato del ser querido. En algunas ocasiones, la intensificación del odio servía al mismo tiempo de defensa frente al dolor provocado por la certeza de la muerte.

El dictamen de la sentencia despertó diferentes tipos de sentimientos: en algunos casos de alivio, en otros de desilusión y rabia en la medida en que la penalización sólo abarcó a algunos miembros del poder genocida.

Puntualizamos las dificultades que hemos observado en la elaboración de cierto tipo de pérdidas producidas durante la época de la dictadura y que caen bajo la figura de la desaparición. Presentamos un modelo simple que nos permitió reagrupar y entender algunos de los fenómenos observados en la clínica.

La posibilidad de procesamiento de esas pérdidas requiere como condición ineludible la reestructuración social. Implica, el rescate de su función protectora y el reestablecimiento de la ley, los ideales y las reglas que rigen la vida societaria.

Muerte y duelo: los familiares de ejecutados y su psicoterapia (D. Becker, M^a I. Castillo, E. Gomez y S. Salamovich)

Descripción fenomenológica del daño en familiares de ejecutados

En todos los testimonios de familiares de ejecutados aparecen como sentimientos iniciales frente a la noticia de la muerte del ser querido, el dolor, el horror, la sensación de catástrofe, la incredulidad, la confusión y la impotencia. La primera respuesta son los estados de shock, como resultado del desequilibrio experimentado por la persona al tomar conciencia de la pérdida definitiva e irreversible de su familiar. Las vivencias de angustia, de sufrimiento y de vacío se asemejan a una pesadilla, ya que el horror y la injusticia de lo sucedido inhabilitan a la persona, para aceptarlo como cierto.

Las sensaciones de impotencia y de culpa. En ocasiones se observa como primera fase un estado de estupor, al tratar de reconstituir con posterioridad esa etapa, los recuerdos fragmentarios y difusos. Es frecuente la emergencia de un estado de despersonalización que parece ser una respuesta defensiva frente a la situación traumática.

En algunos casos, los menos, la persona tiende a no aceptar la muerte, no habla de ello y no desea que otros lo hagan. Se evita el contacto con personas y objetos que recuerden al occiso, lo que puede llevar a un gran aislamiento. Actitudes de negación que en estos casos son extremas, se observan en la mayoría de los casos en distintos momentos del proceso de duelo. Luego de la fase de desconcierto y confusión inicial, sobreviene a menudo un período de hiperactividad, de intentar reconstruir los hechos, es denunciarlos y de exigir explicaciones. Los sentimientos de rabia impulsan muchas veces estas acciones, a través de las cuales se busca vencer la impotencia y la culpa.

La sensación de vacío, que después se hará permanente, es muy intensa en el primer momento. Surge una sensación de falta de sentido de la vida. Urgencia de reorganizar el funcionamiento vital, tanto individual como familiar, pero hacerlo implica asumir la pérdida. Se produce la contradicción entre el imperativo de tomar conciencia de la muerte y el rechazo a aceptar lo sucedido.

Muchas veces se produce una pérdida de iniciativa que resulta muy perturbadora para el familiar. La necesidad de responder a demandas externas (trabajo, cuidado del hogar y la familia) puede, en algunas ocasiones, enmascarar en alguna medida esa conducta, pero aún así hay espacios del tiempo libre no estructurado que se yerguen como enormes obstáculos para reorganizar la existencia.

El familiar espera que algo acontezca para volver a la realidad, al momento previo a la pérdida.

Aparecen también conductas desorganizadas, que se expresan con frecuencia en el inicio de tareas que quedan después inconclusas.

Son frecuentes las distorsiones perceptivas, en las cuales se cree reencontrarlo, una tendencia a percibir algo como el fantasma del ser perdido, lo que puede resultar transitoriamente gratificante y reasegurador, pero que genera también temores a una pérdida de control y a la locura. Puede manifestarse también a través de los sueños, desplazamientos o sustituciones.

Es así como en los familiares de los ejecutados, la situación represiva altera profundamente el desarrollo del duelo, impidiendo el desenlace normal de este proceso. El tiempo no se convierte en aliado, el olvido reparatorio no existe, los mecanismos de defensa habituales fracasan, los sentimientos negativos son difíciles de franquear, la herida permanente abierta resistiéndose a cicatrizar, el dolor agudo del primer momento se transforma en crónico. Lo que permanece es la profundidad del sentimiento de desgracia y la vivencia de pérdida constante.

Es necesario comprender las razones que impiden que los familiares de los ejecutados elaboren el duelo. Las más relevantes, cada persona vive su proceso de manera diferente, de acuerdo a su historia vital, su organización intrapsíquica, sus valores y la calidad del vínculo que habían establecido con el ser querido.

La magnitud de las pérdidas

Se da en el contexto de múltiples pérdidas: proyecto político, ser social, amigos o familiares que han sido también víctimas de la represión, estabilidad económica, vivencia, lugar de residencia, etc. A la persona se le hace difícil encontrar en qué o en quién apoyarse para asumir su dolor. La sensación de pérdida del ser amado va acompañada de la horrible sensación de pérdida total. Los hechos no pueden ser aprehendidos para elaborarlos correctamente. El mundo es un caos y no hay ordenamiento posible.

El estigma social

En muchos casos, a los familiares de la víctima no les fue permitido efectuar el funeral ni celebrar un oficio religioso. En otros, no hubo ni siquiera entrega de cadáver. En muchos de ellos se produjo, además de la paralización por el miedo, el deseo de pasar inadvertidos, lo cual trae como consecuencia un mecanismo de auto-estigmatización.

Hay casos en que el miedo paralizó toda acción solidaria de la comunidad, de amigos y parientes.

El miedo, el aislamiento, el rechazo social y la distorsión de los hechos por los medios de comunicación de masas impiden, pues la recuperación de la imagen pública del familiar ejecutado, obstaculizando aún más la elaboración del duelo por parte de quienes lo sobreviven.

La ira es uno de los sentimientos más intensos, por las sensaciones de impotencia, de injusticia, de falta de explicación por parte de alguna autoridad.

La rabia adquiere, en muchos casos, connotaciones de alienación, porque su objeto está fuera del alcance de quien la experimenta.

El duelo alterado, la ira, el desamparo, la confusión marcan directamente a los niños. La violencia de una muerte injusta y prematura es lo más doloroso dentro de una experiencia de pérdida global.

El estado de dolor intenso y el sentimiento de catástrofe impiden en una primera fase muy prolongada en algunos casos, que los adultos se comuniquen con el niño para aclarar su confusión y compartir sus sentimientos.

Para que el duelo en la niñez siga un curso satisfactorio deben cumplirse algunas condiciones:

- que el niño haya vivido una relación razonablemente normal con sus padres, antes de sufrir la pérdida;
- que se le dé pronta y exacta información y se le permita hacer preguntas y participar en el dolor de la familia;
- que cuente con la presencia reconfortante del padre sobreviviente o de un sustituto cercano.

Algunos niños pasaron años sin vivenciar la pena por la muerte del padre, sin poder llorar. Pensar en el padre era precisar una situación caótica y violenta.

En este contexto, los niños fueron ensayando diversos caminos de sobrevivencia que tienen relación con la edad en la cual sufrieron la pérdida y con las características del padre sobreviviente u otra figura de apoyo.

El desarrollo de los niños que perdieron a su padre muy tempranamente (durante los dos primeros años de vida) se ha dado en el marco de una pérdida familiar que tiene una fuerte presencia para el niño, pero que no está asociada a una relación de la que él tenga recuerdo ni a una vivencia directa.

Ha configurado relaciones madre-hijo (y abuela-nieto en algunos casos) en las que coexisten fuertes vínculos de afecto, de sobreprotección y grandes demandas y exigencias por parte de los adultos. El niño tiene un profundo significado emocional para la madre: simboliza su unión con el esposo asesinado y constituye la esperanza de continuación de la vida del padre.

Esta delegación da origen a conflictos de ambivalencia en el niño respecto de la imagen del padre muerto.

Cuando el niño ya tenía una vivencia del padre, y por tanto, una representación interna y una transferencia afectiva, buscó en algunos casos compensar la pérdida mediante la incesante reproducción en su fantasía de los aspectos protectores y gratificantes de esa relación, sin poder incorporar la realidad definitiva de la muerte.

El intento de esquivar una realidad inabarcable se expresó en algunos casos en pseud-percepciones (“escucho la voz de mi padre que me aconseja”) también se expresó en sueños recurrentes.

Estas esperanzas del niño de reunirse con el padre muerto, que constituyen un aspecto normal del duelo, de la infancia, se prolongaron a veces anormalmente debido a lo abrupto e inexplicable de la experiencia y por las tremendas carencias que la familia debió enfrentar después. La desprotección, en términos de seguridad y de sobrevivencia básica, era tan abrumadora que la necesidad de la presencia del padre persistía por mucho tiempo.

El intento de contener la irrupción de las fantasías de terror derivó en un empobrecimiento más global de la fantasía y de los efectos en general.

Entre las consecuencias de largo plazo para el desarrollo psicológico de estos niños destaca el temor a la muerte del otro padre y a la propia muerte.

Miedo, angustia, depresión, tristeza interminable son los elementos básicos sobre los cuales se desarrollan las sintomatologías específicas, como son el insomnio, las reacciones psicósomáticas múltiples (p. Ej., problemas digestivos, úlcera), el aislamiento, los brotes agresivos, las confusiones de roles y, en general, los cuadros de desorganización y de desestructuración familiar.

Si en el caso de los detenidos-desaparecidos destacamos un proceso depresivo que está marcado por la confusión y una especie de prohibición de duelo, en los familiares de los ejecutados nos encontramos más bien con un proceso de duelo eternamente prolongado, marcado por sentimientos básicos de horror y de miedo. En ambos grupos, la reestructuración de la familia se ve seriamente dificultada.

Algunas reflexiones sobre los procesos de duelo

El proceso de duelo se refiere a la secuencia de estados subjetivos que se siguen a la pérdida y que tienden a la aceptación de ésta y una readaptación del individuo a una realidad que ya no incluye al ser amado.

Implica un proceso dinámico complejo, que comprende la personalidad global del individuo y abarca de un modo consciente e inconsciente todas sus funciones, actitudes, defensas y, en particular, sus relaciones con los demás.

El duelo puede ser considerado como un proceso de adaptación que conlleva mucho dolor y sufrimiento, pero que abre la posibilidad subjetiva de reanudar vínculos.

Freud y Melanie Klein siguen siendo los principales referentes teóricos básicos sobre esta temática.

Para Freud, el duelo consistía, en la reacción experimentada frente a la muerte o frente a la pérdida de un ser amado o de una abstracción equivalente (la patria, la libertad, etc), tienen como base común la valoración afectiva que consciente o inconscientemente es atribuida a la pérdida.

En su artículo “Duelo y melancolía”, Freud se refiere a ambos cuadros, se caracterizan psíquicamente por un estado de ánimo muy doloroso, por un cese del interés por el mundo exterior, la pérdida de la capacidad de amar y la inhibición de casi todas las funciones. En el melancólico parece existir la pérdida de un objeto inconsciente.

En el primer caso, el mundo ha quedado pobre y vacío, en el segundo, es el mismo melancólico el que se siente empobrecido. La carga de libido de este último queda retraída en el yo. Como mecanismo defensivo se establece una identidad de una parte del yo con el objeto abandonado, evitándose así asumir la pérdida y, por consiguiente el duelo. El conflicto entre el yo y la instancia disociada que Freud llama conciencia moral.

Las observaciones de Freud muestran que:

- El problema del duelo no se limita únicamente a la muerte de una persona querida, sino al mundo completo y a nuestra vinculación afectiva con éste.
- En toda pérdida hay un proceso de duelo complejo, resultando a veces difícil de aclarar la diferencia entre el duelo patológico y el duelo moral. El carácter más o menos patógeno del proceso de duelo dependería de la estructura interna del afectado y de las circunstancias de la pérdida.
- Todo duelo tiene una parte intrapsíquica y una parte interpsíquica, las que interrelacionan dialécticamente a lo largo de todo el proceso.
- Aunque implique sufrimiento, es posible reorientar la libido e integrar el objeto perdido y adquirir nuevos objetos, sin que éstos tengan carácter compensatorio.
- El riesgo central es quedarse congelado en la muerte, matando así parte del yo, y perder la capacidad de reubicar, al cabo de un proceso, la muerte como un hecho exterior.
- El proceso patológico constituye una defensa activa contra la amenaza de la pérdida, mecanismo que, sin embargo, termina dañando seriamente el yo.

Para Melani Klein, existe una relación estrecha entre el duelo y los procesos de la temprana infancia. El niño pasa por estados psicológicos comparables al duelo en el adulto. Sólo cuando en el desarrollo infantil se pasa de la posición esquizo-paranoidea temprana a la posición depresiva, el yo queda más integrado y se fortalece, adquiriendo mayor capacidad para soportar el dolor de la culpa, y desarrollar las defensas correspondientes, sobre todo la tendencia a reparar. En la fase anterior, en cambio, con un yo débil e inmaduro, la culpa, si se la experimenta, es vivida como persecución y el objeto que la despierta se convierte en perseguidor.

La diferencia básica entre el duelo normal y los estados maníaco-depresivos estriba en que, en estos últimos, los sujetos no han sido capaces en la temprana infancia de establecer objetos internos buenos y de sentir seguridad en su mundo interno, es decir, no alcanza nunca la posición depresiva infantil.

El dolor experimentado en el transcurso de un lento proceso de duelo, en el que se ejercita el juicio de realidad, parece obedecer no sólo a la necesidad de restablecer los vínculos con el mundo exterior, y así continuamente reexperimentar la pérdida, sino que, al mismo tiempo, al imperativo de reconstruir ansiosamente el mundo interno, al cual se percibe amenazado.

Incorpora la teoría de los objetos internos, los objetos buenos y malos, su integración, etc. Implica interpretar el problema de las pérdidas no únicamente en términos de la reorientación de la libido, sino en un contexto en el cual los objetos internalizados forman parte del sí mismo; toda pérdida implica también una pérdida del yo.

Otros elementos claves a los que alude Melani Klein son los siguientes:

- La capacidad de un duelo normal en su dimensión intrapsíquica depende en gran medida de la existencia suficientemente segura de objetos internos buenos.

- La culpa tiene una connotación reparadora e integradora justamente en referencia a la conservación del objeto interno. Vale la pena recordar lo que Winnicott expresa al respecto cuando habla de la capacidad de preocupación por el otro (capacity for concern).
- La manifestación de que se está incurriendo en una elaboración inadecuada sería la regresión parcial o permanente a tipos de mecanismos de defensa usuales en la fase paranoico-esquizoide.

De Freud y Melanie Klein se deduce que el duelo es un proceso fundamentalmente interaccional. Las teorías de la terapia familiar han asignado gran importancia a este aspecto (Minuchin, p.ej., habla de familias en transición).

En términos interaccionales el duelo normal exige que la estructura familiar se adecue a la nueva realidad, sin perder su organización previa. Patológicos serían el congelamiento en la estructura de la pre-muerte o la desestructuración total.

Parece necesario insistir en dos aspectos:

- El carácter básicamente de horror de estas muertes, que les confiere una cualidad traumática distinta a la de muertes normales o accidentales.
- La capacidad sociopolítica que ubica a estas muertes dentro de la evolución histórica de un pueblo afectando así el conjunto de la sociedad.

El punto es que aquí, la destrucción del yo, la reacción patológica prolongada no es producto de una neurosis no resulta o de una etapa depresiva mal vivida en la infancia, sino que es consecuencia de un proceso político-social tan destructivo que el efecto psicológico parece ser el mismo.

Dinámicas psíquicas en el proceso de duelo alterado en los familiares de los ejecutados

Aunque muchas de las dinámicas psíquicas podrían considerarse sinónimos de lo que Ana Freud ha llamado mecanismos de defensa, pero no se producen únicamente como procesos intrapsíquicos sino como resultado de una compleja interacción entre la realidad exterior y la interior.

La dinámica de la negación y del aislamiento

Parte de dos elementos:

- una realidad social y política externa que niega lo ocurrido o lo distorsiona y que, además, persigue a los sobrevivientes;
- una realidad intrapsíquica, en la cual las circunstancias de la muerte son tan catastróficas y horribles, que asumir la muerte adquiere el significado de aceptar e identificarse con el horror.

Ambos aspectos enfrentan a las personas afectadas a sendas posibilidades de negación:

- a) la sobreexigencia: pasarse el tiempo en hacer trámites, luchar, no darse tiempo para llorar ni ponerse triste, sino estar constantemente hablando de lo ocurrido y actuando en función de ello.
- b) La negación directa: “no ha pasado nada”, no se habla de la muerte, no se permite la pena, etc.

En cierto sentido los protege del dolor y de la amenaza vital que les llega a través de la realidad exterior.

La negación suscita reacciones adicionales de aislamiento dentro de la familia y en relación al entorno social.

La dinámica de la identificación con la muerte

Se observan diversas formas:

- a) el deseo explícito de los familiares sobrevivientes de morir,
- b) actuaciones y conductas arriesgadas y autodestructivas, en las cuales el deseo de morir no es explícito, pero, en términos reales, igual de fuerte,
- c) enfermedades que pueden significar la muerte, por ejemplo, cáncer o infecciones múltiples (se supone que el riesgo de contraer enfermedades mortales es mucho mayor en los primeros cinco años después de la muerte de una persona querida),
- d) fantasías permanentes sobre la muerte y la forma como murió la persona querida.

La realidad externa insiste en perseguir a los familiares sobrevivientes; genera un mensaje directo y amenazante que agudiza la impotencia de los familiares; oculta lo sucedido o lo distorsiona groseramente.

Para los familiares, la pérdida del ser querido reviste características traumáticas, a causa de la imposibilidad de despedirlo, la impotencia básica a que están condenados frente a los hechos, y el horror que experimentan y el riesgo de persecución a que están sometidos.

La identificación con la muerte a través de las cuatro formas descritas anteriormente implica así un intento de mantenerse cerca del familiar perdido.

La muerte de los familiares aparece como una forma de superar la ruptura, de mantener vivo el objeto y el vínculo internalizados, de hacer de una muerte comprensible.

La dinámica de la culpa

Es sin duda la más frecuente. Aparece como “es culpa mía que haya muerto” o “yo me siento culpable porque no supe entenderlo bien antes; si hubiera sabido lo que iba a ocurrir...” o “¿podría yo haberle ayudado a evitar la muerte?”.

Cumple dos funciones distintas aunque complementarias:

- Responder a por qué y al cómo. Ante hechos que a menudo siguen siendo difíciles de aclarar, la autoinculpción proporciona una respuesta clara. Alivia a la persona porque al menos tiene una realidad a la cual se puede referir.
- Recuperar fuerza y capacidad para reparar, allí donde la impotencia y la destrucción son absolutas. Significa, en cierto sentido, recuperar potencia sobre los hechos, y al menos en la fantasía obtener un poder reparatorio.

La dinámica de la culpa da respuesta en un principio, convirtiéndose a la postre, sin embargo, al igual que otras dinámicas en un mecanismo que no repara nada y que únicamente acrecienta la destrucción.

La dinámica del desplazamiento de lo social y lo privado, de la racionalización “objetiva” versus la emocionalidad “subjetiva”

Las muertes que son producto de un sistema político han sido denominadas “man-made disaster”.

En el caso de catástrofes naturales, se ven afectadas la comunidad en su totalidad y el ámbito familiar, la elaboración debe acometerse en distintos niveles.

En el caso de los ejecutados, por un lado, hay una pérdida privada, personal; al mismo tiempo, se trata de un hecho político-social que es comprensible únicamente cuando se adopta como referente la situación político-social del país.

Prácticamente en todos los casos ocurre un desplazamiento, una confusión entre lo social y lo privado. Personas que poseen conciencia política tienden a menudo a negar la dimensión personal para convertir su vivencia en una nueva pérdida social y política, mientras que los familiares con escasa formación política tienden a mantenerse en el espacio puramente privado, en la culpa personal.

Han terminado autoculpándose, sin percatarse de la dimensión social del fenómeno, o proyectándolo todo al ámbito de la confrontación social y política, negando la parte propia, privada.

Se abren las posibilidades para proteger al objeto perdido, al menos simbólicamente, en el sentido de proyectar toda la rabia y la agresión o contra sí mismo o contra la sociedad, o mejor dicho, el aparato represivo. Mediante un proceso de desplazamiento y de disociación entre lo personal y lo social.

Al final, la destrucción se hace más severa, dado que la realidad objetiva que hay que asumir y los sentimientos al respecto son, en esencia, contradictorios.

La dinámica de la confusión

Para los familiares sobrevivientes, averiguar con exactitud qué ocurrió con el ser querido es una de las tareas más importantes porque les ayudaría a entender esa muerte del familiar y a enfrentarse con la realidad.

Tiene que ver con el hecho de que descubrir la verdad implica tomar conocimiento de la muerte, del horror, de los detalles de la tortura, del sufrimiento extremo, de la destrucción del cuerpo del ser querido.

Una realidad social que trata de confundir y asustar a los familiares, quienes procuran aclarar los hechos, mientras que, al mismo tiempo, actúan sobre la ambivalencia interna para, por un lado, querer saberlo todo, y, por el otro, evitar el conocimiento del horror. Muchas veces esto lleva a los familiares a sumirse en actividades poco productivas, en el sentido de que si bien implican mucho desgaste y trámite para tratar de esclarecer los hechos, dan origen a evaluaciones sesgadas, que permiten mantener la duda y la can inseguridad, las cuales justifican a su vez la continuación de las diligencias. Al revés de lo que sucede con los familiares de detenidos-desaparecidos, quienes tratan de eliminar las dudas, los familiares de los ejecutados muchas veces terminan en una posición en la cual parecen luchar inconscientemente por mantener la duda, pese a que su persistencia limita severamente las posibilidades para elaborar el drama que les afecta.

La dinámica de la formación reactiva

Significa casi siempre la idealización, del objeto perdido y de las relaciones familiares antes de su muerte. Los sentimientos agresivos parecen ser doblemente amenazantes para los familiares de las víctimas. De un lado, la impotencia frente a la muerte lleva a tratar de mantener vivo el objeto internalizado, para lo cual se niegan, en forma absoluta, los sentimientos agresivos. Del otro, porque la muerte del ser querido ha sido consecuencia de una agresión tan brutal por parte de la fuerza represiva, que los afectados albergan cierto temor a que los sentimientos agresivos propios lleguen a mezclarse, identificarse o suponerse con la destrucción externa, lo que implicaría la identificación del horror. El legítimo intento para proteger al ser querido de los propios sentimientos agresivos y para distanciarse de la fuerza destructiva externa, también con el objeto de salvaguardar la propia vida, genera una dinámica que tiende a

negar los sentimientos agresivos contra el objeto perdido y a idealizar las relaciones familiares existentes con anterioridad. Estas agresiones negadas se traducen a menudo en sentimientos de angustia y, en algunos casos, en peleas intrafamiliares, las cuales sirven como descarga y también para fortalecer la idealización de las relaciones previas. El carácter originalmente defensivo de la dinámica termina afirmando la destrucción.

En muchos sentidos, estas seis dinámicas se superponen entre sí, son observables y comprensibles sólo cuando se las considera en su conjunto.

Proceso terapéutico en los familiares de los ejecutados

El interés principal de la terapia con los familiares de los ejecutados se radica en ayudarles a la elaboración de todos los aspectos de la pérdida ocurrida, de tal modo que se induzca una reacción más sana de su parte, no obstante lo traumático y devastador de las experiencias que han sufrido. La terapia del duelo considera no sólo el dolor emergente, sino también otras emociones, más difíciles de vivir, como la rabia y la agresividad, y un aspecto que cobra particular relevancia en estas situaciones, como es la imprescindible discriminación entre los procesos subjetivos que se experimentan internamente y la realidad exterior, que es la que ha generado la pérdida.

De la mirada individual a la familiar

El enfoque familiar de esta situación hace posible vivir desde el comienzo del contexto interaccional en que se da la pérdida, permitiendo que la acogida de esta experiencia sea mutua y no quede constreñida a los recursos del terapeuta.

El modelo terapéutico

A nuestro juicio, el tratamiento debe comenzar muy precozmente. En este período, las resistencias son normalmente menores que en las etapas siguientes, aunque puede que los dolientes no perciban la necesidad de ayuda.

Si la acogida terapéutica no se da al inicio del duelo, debe tenerse en cuenta que pronto sobreviene un período que se inicia alrededor del segundo o tercer mes, en el que la familia estructura todas las defensas rigidizantes, sin producir aún, sin embargo, sintomatología muy evidente. Es probable que este sea el momento más difícil para establecer un vínculo terapéutico.

Alrededor del año de ocurrida la pérdida tiene lugar lo que llamamos la cronificación del daño, que se profundiza. Aparecen así sintomatologías específicas que pueden impulsar a pedir ayuda especializada.

Tiempo y profundidad del vínculo terapéutico

El proceso terapéutico abarca un período largo. La importancia del proceso terapéutico no es uniforme, sino que varía en las diferentes etapas de elaboración del duelo.

Por el hecho de no negar la traumatización ni la pérdida, el terapeuta permite a la familia la búsqueda de elementos reparatorios y, sobre todo, la afirmación de la vida, que pese a todo sigue adelante.

Habitualmente la terapia se inicia con un ritmo muy intenso (una sesión a la semana con el grupo familiar), período que abarca de seis a ocho meses. Después las sesiones se distancian y posteriormente se producen interrupciones muy flexibles, de uno o varios meses, al cabo de los cuales se va consolidando lentamente la separación del terapeuta.

Algunos de los aspectos fundamentales que es preciso elaborar en la terapia de los familiares de los ejecutados son:

- La necesidad de la catarsis inicial, de modo que el grupo se desahogue con plasticidad. (Hablar, llorar, escuchar, etc.). se trata de facilitar el primer contacto con la experiencia traumática y la aparición de las primeras contradicciones respecto de la pérdida.
- La indispensable discriminación entre los procesos internos, intrapsíquicos e intrafamiliares, de un lado, y los procesos externos, del otro.

- La posibilidad de vivir el duelo desde lo personal, pero sin excluir el duelo del conjunto familiar. Desde una elaboración racional, pero también desde un compromiso emocional.
- La inevitable alteración de la estructura familiar. El sistema se encuentra en una fase de transición. El foco terapéutico debe ayudar a que el cambio se realice. De un proceso largo, en el que surgen muchas resistencias y donde es básico tener en cuenta la estructura familiar previa.
- Las diversas formas en que los distintos miembros viven la pérdida, las cuales dependen en buena medida del lugar que ocupan dentro de la estructura familiar.
- La afirmación de lo perdido. Hay recuerdos, fotografías, impresiones acerca de él que es importante recoger y conservar. Incentivar a los miembros de la familia a que cuenten quién era y cómo era la víctima y estimularlos a confeccionar juntos un álbum que puede significar, aparte de reconstruir los hechos que condujeron a su asesinato, un alivio muy grande y un paso hacia la aceptación de la pérdida, y, por lo tanto, un acercamiento a la normalización del duelo.
- La participación del terapeuta tiene que ceñirse a un delicado equilibrio. Ha de permitirse sentir y vivir el duelo, pero al mismo tiempo, no debe dejar de ser terapeuta. Es muy importante que tome conciencia de sus limitaciones de acogida o de compromiso emocional. Se facilita si la terapia la efectúan en conjunto dos especialistas en coterapia.

Intervenciones grupales frente a los duelos masivos

Los funerales de las víctimas se ha transformado en actos masivos de protesta, en los cuales el dolor y la indignación son asumidos colectivamente por vastos sectores de la población, y no sólo por los familiares más directos.

Al verse comunidades enteras afectadas por el duelo, han surgido demandas de apoyo psicológico con el objeto de enfrentar el dolor colectivo, lo que ha obligado al despliegue de modalidades inéditas de intervención grupal.

Reconstitución y reconocimiento de los hechos

Habitualmente se trabaja con una comunidad (poblacional, laboral) que ha sido afectada por la muerte, en condiciones confusas, arbitrarias, o crueles de uno o varios de sus miembros.

Se trata de un trabajo, realizado grupalmente, ya sea con los líderes naturales de la comunidad, con parte de la población que parece más vulnerable o con las personas que parecen afectadas de manera más traumática, dados sus vínculos con los asesinados.

El trabajo se realiza en grupos de no más de diez personas, a cargo de uno o dos coordinadores, que se reúnen una o más veces.

La primera tarea consiste en la reconstitución de los hechos, a nivel testimonial. Todos los asistentes sirven de testigos de la parte de los acontecimientos que les tocó vivir o presenciar. No se trata sólo de una secuencia cronológica, sino de una secuencia emocional: lo que para mí - para nosotros significa que me - nos ha pasado.

No se trata de resolver la verdad de los hechos, sino de dar cabida a una repetición múltiple de los hechos desde la perspectiva de cada persona. Se trata de pedirles encarecidamente que por ahora no olviden. Que recuerden cada detalle, cada emoción, cada propósito y que lo compartan con otros que estaban en lo mismo.

Esta repetición tiene, en un primer nivel, un efecto catártico. En un segundo nivel, suscita un efecto solidario y reparatorio. En términos psicológicos, es una traducción experiencial de la frase que se dice al dar las condolencias (ayudándolo a sentir). A partir de los hechos, progresar hasta el sentirse acompañados, porque cuando ocurren las pérdidas, el hecho de compartir ayuda a la elaboración del proceso del duelo.

Expresión de las emociones en torno al vínculo con la persona muerta

El grupo es un buen lugar para estimular la expresión de las emociones y para contenerlas. La segunda tarea consiste en rescatar a la persona muerta. Quién era, cómo se la recuerda, por qué se la amaba, por qué se la puede seguir amando, cuál fue el sentido de su vida, cuál puede ser el sentido de su muerte.

Este espacio puede ser llenado de manera muy creativa: verbal, no verbal, plástico, musical, o simplemente dialogado.

La tarea de superar la crisis

Una forma de visualizar concretamente esta tarea es reconocer los propios recursos: con qué fuerzas positivas y negativas se ha vivido hasta hoy... con qué fuerzas vivir mañana. Se trata de integrar hechos, propósitos y emociones, rabias y penas, verbalizando las dificultades, percibiendo las potencialidades y debilidades propias, personales y grupales.

En las experiencias llevadas a cabo con grupos poblacionales, dirigentes y funcionarios de organismos solidarios, a raíz de la muerte de una persona significativa y querida, se observa un proceso de intensa identificación y un sentimiento irremediable de lo inconcluso. La palabra que no se dijo y el gesto que no se hizo adquieren un significado enorme, así como la necesidad de impregnarse de la fuerza y el valor de quien hubo de morir a causa de la situación política chilena. La pena trata de ser reprimida porque el llanto en presencia de otros no es aceptable.

Como las muertes se repiten en distintas circunstancias y lugares, se genera una percepción agobiante de un ciclo interminable. Los rituales funerarios se transforman en lugares de encuentros masivos.

La comprensión intelectual es insuficiente; por lo tanto, es indispensable recuperar las emociones y el significado vital de la experiencia.

Los duelos no elaborados implican una herida latente que genera una vulnerabilidad perpetua. Indispensable encarar la pérdida y elaborar el duelo.

Las experiencias sobre este tipo de problemas implican procesos emocionales intensos, catárticos y elaborativos. En cuanto instancias de intervención en salud mental, ellas provocan un efecto inmediato, balsámico en su dimensión emocional y educativa en diversos aspectos (técnicas grupales, mecanismos emocionales).

Cabe destacar dos características contextuales en las que se han desarrollado estas experiencias: lo traumático catastrófico puede repetirse y las condiciones de satisfacción de necesidades son, en lo esencial, insuficientes y generadoras de frustración, no constituyendo soporte material alguno para la vida individual y grupal de estos sectores.

5. EXILIADOS Y REFUGIADOS

Efectos psicológicos del exilio y del retorno (Ana Goldberg)

Se trata de una reflexión sobre los efectos psicosociales de la represión vivenciada durante años en Argentina.

Todos somos afectados

El impacto de la represión fragmentó el cuerpo social y, en algunos casos, se pensaron los efectos personales sufridos como si hubieran sido causados por factores también personales. Por esta vía, causas y efectos se circunscribieron a lo individual o lo familiar, extirpándolos de origen su real: represión organizada.

Lo que es difícil de aceptar es que la doctrina del terror no persigue como objetivo la “vivencia” del temor. Lo que busca es hacer desaparecer el miedo, negarlo, liquidarlo. “Ustedes estarán protegidos, asegurados de la violencia de sus compatriotas, subversivos, a quienes vamos a castigar por el daño que les han provocado.” Discurso dirigido en forma de rumor.

Negar el miedo, lo que así lo hicieron se constituyeron en “muertos civiles”, dejaron de pensar y, lo que es peor, de desear saber.

No pensar en lo que estaba ocurriendo anulaba el terror y creaba la ilusión siniestra de una libertad compartimentada. Impedir todo contacto con la realidad que pusiera al yo en conflicto. Esta es la meta del alienado.

Los que lograron conservar el miedo pudieron seguir pensando. Conservar, aún con terror, sus ideales. Se constituyeron en exiliados internos, exiliados externos. Entonces las posibilidades fueron: muerte-alienación o miedo suficiente.

Proyecto de cura

Nuestro trabajo con retornados se fue realizando bajo la convicción de que toda tarea reparatoria frente al horror, sólo es posible a partir del develamiento de la verdad en un doble sentido:

- a) A nivel social y político, identificar y castigar a los culpables.
- b) A nivel familiar e individual, permitir la elaboración de la irrupción de lo siniestro. El no develamiento de la verdad en el primer nivel se constituye en obstáculo permanente para la tarea en el segundo.

Nuestra experiencia con el retorno se constituye a partir del retorno, que no es sólo la vuelta al exilio sino también el volver a retomar el tema del cautiverio, la tortura y la persecución que en un alto porcentaje precedieron al exilio mismo.

Una multiplicidad de factores determinan las modalidades de cada caso: el por qué de la partida, en qué circunstancias se produce, a qué edad, a qué país se arriba y cuál es su idioma, si se ha partido solo o con la familia, si se ha encontrado con un grupo conocido a su llegada al nuevo país, los éxitos y fracasos de lo realizado en el exilio, los motivos por los cuales se decide el regreso, la realidad socio-económico-política con que se encuentra a su llegada.

De la manera singular como confluyan cada uno de estos factores, aumentará o disminuirá la posibilidad de conflicto, de sufrimiento. Siempre habrá un corte. Algo se ha interrumpido con demasiada brusquedad y algo de la pérdida en algún lugar ha quedado como lo irrecuperable.

Con los alienados se hace necesario recuperar la memoria y ayudar a que la palabra circule, dándole sentido de ética de verdad. Es un trabajo de rescate, de construcción.

Con el retornado trabajamos la reconstrucción de los hechos, con la brevedad suficiente como para volver a encontrar juntos un sentimiento al presente y al futuro. Es común esa diferencia entre país fantaseado y país encontrado. Lo fantaseado consiste en que Argentina no haya sido lo que fue.

Una vez llegados al país de acogida, el exiliado tiene el tiempo objetivamente persecutorio para pensar el dolor del destierro encubierto en el exilio forzoso que le impidió la despedida, la renuncia transitoria y muchas veces la conservación de sus ideales. Se hace necesario recuperar el exilio como un tiempo de vida. Diferenciar el sentimiento de extrañamiento vivenciado en el país de arriba, del extrañamiento siniestro, por lo familiar, vivido en su propio país de partir.

La neutralidad del analista y el lugar abstinente de la escucha han sido y son sumamente valorados por el psicoanálisis. Como analistas conservamos vivamente nuestra capacidad de escucha, pero sabiendo que la neutralidad analítica es otra ilusión más.

Al invitar a recordar, decaetizamos el sufrimiento pasado y como contrapartida de los efectos depresivos que puede tener la emoción al hacernos cargo de un saber compartido acerca de una historia, constituimos el antídoto del Thanatos (Eros), antídoto poderoso constructor de vínculos.

Grupos, primero de asamblea con autogestión. Asamblea con coordinadores: un representante del equipo y un retornado. Talleres de reflexión, de recreación, de inserción en cooperativas de trabajo, de niños, de adolescentes. De retornados y de vecinos de cada barrio, entendemos que la disminución de los sufrimientos pasa por la capacidad de transformación de la realidad, sobre la base de un trabajo colectivo de restitución del cuerpo social fragmentado.

Problemas psicológicos de los refugiados salvadoreños en California (Adrienne Aron)

La mayoría de los refugiados salvadoreños en Estados Unidos no ha emigrado voluntariamente, sino tratando de salvar su vida y la de su familia de la represión y la guerra. Las experiencias traumáticas vividas en El Salvador han afectado psicológicamente al refugiado, quien suele presentar trastornos características del stress post-traumático: alteración de la propia identidad, ansiedad, conductas de evitación, sentimientos de culpa, alteraciones de la memoria y del sueño, respuestas de alarma exagerada, inhibición afectiva, retraimiento frente las relaciones interpersonales. Como las autoridades migratorias norteamericanas suelen negar el asilo político a los salvadoreños, su proceso de adaptación al nuevo ambiente se vuelve extremadamente difícil: el miedo a la persecución en su país de origen es revivido por el miedo a ser descubiertos por las autoridades migratorias de Estados Unidos. Aunque el tratamiento psicológico puede ayudar a superar los problemas de los refugiados salvadoreños en el medio norteamericano, su recuperación definitiva sólo podrá tener lugar el día en que puedan rehacer sus vidas y reconstruir sus comunidades en su propio país.

La represión y la destrucción de la identidad personal

Por lo general los salvadoreños no son inmigrantes voluntarios que buscan echar raíces en la nueva cultura: son más bien refugiados de la represión y el terrorismo, que huyen de un programa sistemático y extenso de tortura, desaparición y ejecución extrajudicial de hombres, mujeres y niños que se aplica en su país de origen. A diferencia de los inmigrantes voluntarios que se movilizan por factores que los atraen (pull factors). El inmigrante involuntario se mueve por factores que le empujan (push factors) y en la mayoría de los casos tiene que salir repentinamente, sin una debida planificación previa y sin más equipaje que la carga psicológica que se le ha hecho cada vez más pesada durante los meses o años anteriores a su huida (Vlach).

La pérdida de la volición

Los salvadoreños que huyen han experimentado pérdidas y cambios como consecuencia de la guerra, pero también manifiestan una ansiedad crónica causada por la persecución y la represión.

Las personas dedican una gran cantidad de energía psíquica a evaluar y evitar los peligros, en la medida en que pueden predecirlos. Pero la misma adaptación a los miedos se puede volver patológica y debilitante. Cuando por fin toman la decisión de huir se trata de una decisión desesperada, no de un plan libremente trazado.

Al estar acomodando continuamente a las exigencias de un ambiente peligroso, las personas pierden la capacidad de distinguir entre los actos decididos por ellas mismas y aquellos detenidos por las fuerzas externas.

El miedo anticipado señala el comienzo de lo que Bettelheim identificó como el desmoronamiento de la integración personal en las situaciones extremas; expresa una reducción del yo.

El delincuente identificado

Aunque en condiciones represivas siempre hay la posibilidad de ser accidentalmente detenido, también se puede dar la búsqueda intencional.

El futuro emigrado tiene que reconocer que por el hecho mismo de estar vivo, pone en peligro a su familia y a sus amigos. Este reconocimiento va acompañado de un sentimiento de culpa y de censura de sí mismo.

La identidad con el papel de delincuente se vuelve casi inevitable. Paradójicamente, sólo a través del martirio o de la muerte o exilio la persona puede restaurar la fuerza de la familia y garantizar su supervivencia. Así, para afirmar su amor y lealtad y preservar a la familia como un ancla de su identidad, se elige la partida entre los estrechos márgenes disponibles de elección.

Los riesgos de los miembros de la familia constituyen uno de los principales factores que empujan a la emigración.

El maltrato traumático

Cuando las víctimas han sido torturadas o sometidas a cualquier otro tipo de trato inhumano es común que empiecen a sentir que merecen ese maltrato. Para mantener la fe en la humanidad hay que creer que lo que ocurre es aceptable, que uno es culpable de haber actuado mal, y por tanto merecedor del castigo. Sin embargo, en la mayoría de los casos, esta creencia dura poco tiempo y es sustituida por una condena de maltrato.

El desmoronamiento de la confianza en las autoridades del propio país puede ser tan devastador como la desintegración de una identidad personal ya que, la confianza es una condición de la que dependen muchos desarrollos ulteriores.

La incapacidad de confiar o de establecer relaciones íntimas es un problema constante entre quienes han experimentado un maltrato traumático.

Los trastornos del stress post-traumático

A medida que se aproxima al tiempo de la huida, el inmigrante acumula una gran cantidad de stress. La mayoría de los refugiados han sufrido la pérdida, en la guerra o por la represión, de familiares y amigos, pero no han podido complementar el proceso de duelo, sino que experimentan el stress de la pérdida. Conductas elusivas, la ansiedad y la separación de la familia se han combinado para desestabilizar su identidad. A todo eso se añade ahora la pérdida del país y de la ubicación y si el individuo ha sido torturado, aumentan el stress y las expresiones sintomáticas. El individuo sale hacia el exilio con un sentido resquebrajado sobre sí mismo y su propio valor, debilitada su confianza y rotas sus condiciones, tiene que realizar la peligrosa y ardua jornada de salvarse.

El DSM III señala que cuando el stressor ha sido humano, el trastorno puede ser más grave y duradero.

Impresiones indelebles (por escenas traumáticas vividas)

La culpa del sobreviviente

Al repetirse estas escenas en las mentes de las víctimas, éstas interrumpen su concentración, impiden el sueño, y conforman los achaques que ocasiona la culpa, la obnubilación psíquica y otros problemas que aparecen continuamente.

Conductas elusivas

Las conductas de evitación que directa o indirectamente impiden un funcionamiento normal. El aislamiento y el alejamiento resultantes de estas conductas de evitación impiden el desarrollo de vínculos sociales que deben darse si el refugio pretende reconstruir su desmoronada vida.

Respuestas de alarma exagerada y de afecto cohibido

Ante cualquier ruido repentino, se ven atenazados por el miedo. La mayoría muestra también un obnubilamiento psíquico, un abandono protector que le permite recordar, pero no sentir, las penas del pasado. Así, tienden a reaccionar en forma exagerada frente a nimiedades como cerrar las puertas, pero casi no reaccionan frente a la destrucción en gran escala y pueden contar los detalles de una masacre sin inmutarse. Esta constricción afectiva lleva a la gente que no entiende las complejidades de su estado psicológico a preguntarse si ellos mismos no habrán provocado esas tragedias o incluso, sino habrán fabricado las historias de lo que les ocurrió. La duda y la confusión de los demás se une a las dificultades para restablecer la confianza y la intimidad en las relaciones humanas.

Represión política y psicopatología

Las campañas de terror, diseñadas para intimidar, silenciar e inmovilizar pueden entenderse como factores etiológicos en problemas como el abandono, el miedo crónico, la depresión, los trastornos del sueño, las fobias, los trastornos de la comunicación, los achaques somáticos, el abuso de drogas, los episodios, y por supuesto, el trastorno del stress post-traumático. Los correlatos psicopatológicos de la represión política son bastante uniformes a lo ancho de las culturas y a lo largo del tiempo; se trata de un conjunto fundamentalmente homogéneo de síntomas aparecidos en la víctimas de la represión en Chile, Argentina, Irlanda del Norte, Alemania, Argelia, y Camboya así como en El Salvador. Aunque los individuos muestran diversa capacidad para enfrentar los stressores externos, los datos indican que aún los individuos más dotados y fuertes se quiebran bajo el stress del terrorismo de Estado sistemático.

El rechazo y destrucción de la esperanza

La crisis del descubrimiento

El ser descubiertos por las autoridades migratorias precipita con frecuencia una crisis psicológica aguda. Todos esos problemas que preocupan a los nuevos inmigrantes y que suelen considerarse como “el trauma migratorio” palidecen inmediatamente ante una preocupación única y abrumadora: “¿me enviarán de vuelta?”.

La crisis del descubrimiento suele producir una exacerbación de los síntomas que se arrastran del período anterior. Es un tiempo tormentoso en el que todo se acumula: miedo, depresión, angustia, conflictos de identidad, culpa, confusión, soledad... resulta demasiado. El refugiado puede responder a la sobrecarga psíquica bebiendo, descontrolándose, reprimiendo sus sentimientos de dolor o invocando una serie de mecanismos de adaptación que a veces lo ayudan y a veces no a pasar la crisis y que se asemejan mucho a los síntomas del trastorno de la personalidad antisocial. Para evitar la inmediata deportación, hay que buscar y aceptar asistencia legal; pero el refugiado se encuentra confuso acerca de que personas, instituciones y fuentes de información merecen confianza y no sabe dónde buscar ayuda.

Los abogados suelen conocer a los refugiados durante ese tiempo de crisis, son con frecuencia los primeros en reconocer la necesidad de una intervención psicológica. Lapsos de memoria, asociaciones confusas, olvido de las citas, declaraciones confusas y aun contradictorias y, en general, comportamientos poco cooperativos convierten a los refugiados en testigos muy pobres para su propia defensa. Al comprobar el potencial autodestructivo de esas tendencias, los abogados buscan la ayuda profesional del psicólogo para sus clientes.

La adaptación normal frente a la adaptación subsiguiente al trauma

En aquellos raros casos en que un refugiado salvadoreño consigue asilo político o en que, a través de algún otro medio, logra la residencia legal en Estados Unidos, termina el peligro de la deportación. No así las consecuencias psicológicas de lo que experimentó en El Salvador, y la adaptación no es fácil.

La superación del shock cultural

Como cualquier nuevo inmigrante, el refugiado salvadoreño tiene que aprender un sentido diferente del tiempo y de la interacción social, una forma distinta de medir y de actuar, desde cómo se compra la comida hasta cómo se va al banco, toda una serie de diferencias que producen esa reacción psicológica conocida como shock cultural. Los refugiados enfrentan con un sentido de desesperación y de impotencia su primera experiencia de la nueva cultura, y esto se une a la dificultad de su adaptación.

La reconstrucción de la identidad

La reubicación necesariamente interrumpe la continuidad entre el pasado, el presente y el futuro, una secuencia que puede ser problemática aune cuando se permanezca en el mismo sitio, como se sabe por la crisis de la adolescencia, la de la mitad de la vida y aquellas otras crisis de maduración que perturban a los norteamericanos. Las pérdidas anteriores, como resultado de la represión, pueden ser magnificadas después de la migración.

Normalmente los refugiados se concentran en el regreso a su país cuando caiga la dictadura, no se imaginan un futuro en Estados Unidos.

El restablecimiento de lazos afectivos

El sentimiento de extrañamiento hacia los demás que sigue al stress traumático afecta de la capacidad del refugiado para desarrollar o mantener lazos afectivos. La destrucción de la confianza dificulta mucho el restablecimiento de lazos con los demás. El aislamiento lleva a los refugiados al riesgo de la depresión y el suicidio.

La desaparición de los síntomas del stress post-traumático

Con el tiempo, algunos síntomas del stress post-traumático desaparecen. La hipervigilancia y las respuestas de alarma exagerada tienden a suavizarse a medida que el refugiado aprende a sentirse seguro en su nuevo ambiente. Los problemas del sueño mejoran gradualmente, y las pesadillas van disminuyendo o desaparecen. Pero, sin tratamiento, o en algunos casos, a pesar del tratamiento, la depresión, la culpa, los recuerdos imprevistos, el abandono social, los problemas de concentración, de falta de memoria y de evitación de la memoria y del pasado probablemente continuarán durante varios años.

La recuperación de la esperanza

El tratamiento

Asusta el pensar que muchos supervivientes que ahora no tienen síntomas, en el futuro pueden manifestarlos, ya que no es raro que se den períodos de latencia, a veces muy largos, tras el stress traumático.

De manera semejante a los “grupos de desahogo” (rap groups) de los veteranos de la guerra del Vietnam, los testimonios consisten en ventilar la pena y el sufrimiento, contando las experiencias vividas a otros que tienen historias similares. Al incluir el material de la vida pretraumática de la víctima, el testimonio permite lograr una comprensión de las experiencias traumáticas en el contexto de la vida del individuo así como respecto al ambiente social en las que se produjeron. A través de esa comprensión se espera integrar las experiencias en la vida post-traumática. Muchos consideran que el testimonio en grupo es el tratamiento adecuado para estos centroamericanos cuyas vidas anteriores a la inmigración y a la guerra y al terrorismo transcurrían en comunidades donde los parientes y vecinos conocían la vida de los demás, porque todos participan de una existencia compartida. El tratamiento parece ser el unguento suave y orgánico para curar las heridas dejadas por la tortura y las pérdidas y para calentar el congelamiento de la vida en un lugar extraño e inhóspito.

La recuperación

La recuperación completa, si es que algo así es posible, probablemente tendrá que esperar hasta que estas personas vuelvan a su país y puedan participar en la reconstrucción de las vidas y comunidades que han sido desgarradas por la guerra y la represión. No han perdido la esperanza de amor, sólo se les ha negado una oportunidad para realizarla. Por eso hay que volver a abrir esas oportunidades.

Problemática psicológica del retornado del exilio en Chile. Algunas orientaciones psicoterapéuticas (Eugenia Weinstein)

El problema del exilio y del retorno no es una situación privada y subjetiva que compete sólo a los afectados y sus familias o personas más cercanas, sino que es un problema social de dimensiones nacionales que requiere de políticas globales en su enfrentamiento.

El exilio y el retorno son procesos indisolubles que comprenden necesariamente la dimensión histórica, de tal manera que cada exilio con sus antecedentes y características personales, sociales, políticas y económicas condicionará la modalidad particular que asume el retorno.

El retornado del exilio en algún momento o permanentemente ha sostenido ideas o implementando acciones contradictorias con el actual régimen, lo que determinó de alguna manera su abandono al país. Los retornados son personas cuyo crecimiento y desarrollo vital en algún momento fue violentado y sometido a presiones inadecuadas e involuntarias (prisión, tortura, persecución, peligro a su seguridad o a la de sus familiares, marginación crónica del trabajo, etc.) lo que culminó en la ruptura compulsiva de su cotidianidad que es el exilio.

El exilio previo a su retorno ha debido conocer e integrarse de alguna manera a una o más culturas, sistemas políticos y organizaciones sociales diferentes.

El retornado debió establecer alguna forma, ya sea positiva o negativa, de vinculación afectiva y social en el país o países de exilio. El retorno obedece a una decisión de retorno no libre de ambivalencia y contradicciones que comprende tanto a la persona como a todo su grupo familiar. Esta decisión implica volver a un país que ha cambiado profundamente durante su ausencia. El retorno implica necesidades de readaptación a una sociedad distinta.

En cuanto a las tareas vitales que debe enfrentar el retornado podemos mencionar:

- a) Necesidades de construir una nueva cotidianidad, esta vez a partir de una doble experiencia emocional; la ruptura, ahora voluntaria, de otra cotidianidad, la del exilio, y la constatación de lo irrecuperable de aquella otra, la anterior al exilio, forzosamente perdida.
- b) Necesidad de percibir, asumir y elaborar las limitaciones propias, así como la dependencia en el funcionamiento cotidiano, en el propio país, lo cual va desde el manejo de dinero y el idioma hasta la ubicación en las calles y ciudades del país.
- c) Necesidades de recuperar un espacio propio tanto en lo físico (reconstrucción de un mundo material: rearmar casa, obtener muebles, enseres, ropa apropiada al clima, etc.), emocional (reconstrucción de vínculos con parientes, amigos, conocidos, etc) y social (establecimiento de relaciones con instituciones, organizaciones, etc).
- d) Necesidad de reelaborar experiencias pasadas de dolor, pérdidas, adaptaciones, postergaciones, etc., a medida que conjuntamente se aprehende un presente desconocido y se proyecta un futuro incierto.
- e) Necesidades de asumir la paradoja de tener que readaptarse a la propia patria con todas las connotaciones subjetivas de confusión de identidad que esto implica.
- f) Necesidad de dar cuenta y de interpretar una realidad lo más objetivamente posible para poder orientarse en ella, a través de una aproximación experiencial necesariamente subjetiva, sobrecargada de significaciones, anhelos y necesidades y por lo tanto de expectativas previas.
- g) Necesidad de comprender la realidad social, política y económica del país, en la actualidad. Impone exigencias tanto de tipo intelectual como emocional en la persona.
- h) Necesidad de percibir, asumir e integrar los cambios propios y de los demás durante el tiempo del exilio. El retorno debe comprender no sólo sus propios cambios, sino también aquellos de las personas que se quedaron y a las cuales

extrañó. La multiplicidad de experiencias no compartidas puede crear obstáculos para un reencuentro, situación que exige flexibilidad de parte de las personas afectadas.

- i) Necesidad de recuperar una identidad social, personal y laboral que venza la sensación de sentirse extranjero en la propia patria..

A pesar de que el proceso de retorno puede ser una experiencia enriquecedora y potenciadora del crecimiento personal, constituye un nuevo momento de alto riesgo a la integridad psicológica de la persona, la cual requiere de apoyo y soportes afectivos y objetivos que le permitan elaborar el dolor por las pérdidas del pasado y la expectación por un presente inédito. Presente, en el cual la identidad y la cotidianeidad tan abruptamente cortada por el exilio y tantas veces reencontrada en el anhelo y la fantasía debe ser sustituida por una nueva, de lenta y difícil reconstrucción.

Los retornados del exilio deben enfrentar otro conjunto de situaciones que suelen acompañar el proceso de retorno que aunque no le son inherentes suelen complejizar, aún más el fenómeno que estamos tratando de comprender. Aquellas situaciones que nos parecen más relevantes:

- a) Problemas laborales.

El exiliado que retorna a su patria enfrenta desventajas adicionales para encontrar trabajo. Entre las razones que explican estas desventajas adicionales para encontrar trabajo están la falta de contactos y orientación en la búsqueda de trabajo, capacitaciones durante el exilio en áreas para las cuales en Chile no hay demanda y el estigma social que significa haber estado exiliado al identificar a las personas con condiciones políticas determinadas de manera visible.

- b) Problemas habitacionales.

El retornado y su familia se encuentra muy frecuentemente obligado a vivir de allegado en casa de familiares o amigos, con las inevitables consecuencias de hacinamiento, promiscuidad, tensiones, falta de privacidad, desvaloración, etc., que esta situación provoca cuando no encuentra pronta solución.

- c) Disgregación de la familia por problemas económicos y habitacionales.

Muchas familias han debido recurrir a la separación, repartiéndose en casas de diferentes amigos muchas veces en diferentes ciudades del país, para poder sobrevivir.

- d) Problemas de aislamiento

Tanto por rechazo de la familia, los vecinos, o los amigos, o bien por reacción del propio retornado, por temor a comprometerse. Adicionalmente, la imposibilidad para insertarse en el plano laboral profundiza el aislamiento y la sensación de marginación.

- e) Dificultad en el reconocimiento y revalidación de estudios.

Afecta frecuentemente a los niños y jóvenes. A ellos se suma el enfrentamiento con un sistema educacional diferente, no facilitador del diálogo y limitante en lo participativo.

También afecta a los adultos que aprovecharon sus años de exilio para perfeccionarse o cursar carreras profesionales. Al retornar se encuentran que su experiencia, dedicación y esfuerzo no son reconocidos en el propio país, experimentando altos grados de frustración, sensación de haber perdido el tiempo, y de rechazo a una identidad adquirida y valorada en el extranjero.

- f) Tensiones familiares y conyugales.

La inestabilidad provocada por la situación económica, laboral, habitacional y la dificultad para reiniciar lazos afectivos sociales tienen repercusiones en el sistema familiar y en la pareja.

- g) Alteraciones emocionales.

Producto de todo lo anteriormente descrito, la emergencia de perturbaciones psíquicas se hace altamente probable dificultando aún más el proceso de reinserción.

Gran parte de las alteraciones emocionales presentadas al retorno encuentran su origen en la secuencia de hechos traumáticos que la persona ha padecido durante los últimos años y que al retorno, debido al conjunto de tensiones y presiones que comprende, actúa más bien exacerbando patología previa o debilitando mecanismos de defensa psicológicos por lo que se dispara la expresión desorganizada de ambivalencias, afectos, expectativas, temores, decepciones tanto por el pasado como por el presente y el futuro.

- h) Juicios y problemas legales pendientes.

Situaciones legales emprendidas en contra de ellos durante su ausencia en el exilio.

i) Amedrentamiento.

Llamadas telefónicas amenazantes, los seguimientos y otras formas de persecución.

j) La actitud de las personas que permanecieron en el país.

Los familiares cercanos, los amigos y la sociedad global no han asumido el problema del exilio con todas sus dimensiones e implicaciones. La falta de comprensión del problema, la distorsión que se ha hecho de éste a través de los periódicos y las revistas, así como la diversidad de expectativas, percepciones y juicios acerca de lo acontecido, hace necesario que para comprender qué les pasa a nivel subjetivo y objetivo a los retornados, debemos tratar de elaborar lo que nos pasa a nosotros, los que permanecemos en el país, con respecto al retorno. Las falsas imágenes, los comprensibles sentimientos encontrados, las difíciles situaciones tanto políticas como económicas que se han debido enfrentar en el país y la ausencia de una política nacional frente a la problemática del exilio y del retorno, son un factor que debe ser meditado y asumido si se quiere acoger de manera integral y consciente a los compatriotas que intentan reinsertarse a nuestra sociedad.

Procesos subjetivos determinantes en el reencuentro con la propia patria

a) el problema de las expectativas

La decisión de retornar implica un conjunto de anhelos, necesidades y esperanzas no siempre asumidas con el mismo grado de conciencia por las personas comprometidas. La palabra volver a retornar puede tener para el individuo más significados de los que él mismo se ha explicitado a sí mismo o a los demás. Volver puede ser el retorno a lo desconocido, o finalmente, el descanso después de tanta angustia o incertidumbre, o el reencuentro con lo propio, lo seguro, lo estable, o la posibilidad de retornar los contactos afectivos, sociales y políticos que conforman la identidad previa, etc.

El retornado se encuentra con que la realidad es incapaz de contener todas las expectativas depositadas en ella. El país ya no es el mismo, más bien la persona se encuentra con una realidad insegura e inestable, difícil de comprender y asimilar. El espacio propio del pasado ya no existe y debe ser reconstruido nuevamente. La posibilidad de que la conciencia sea invadida por las experiencias dolorosas del pasado aumenta, la persona se sienta débil frente a las nuevas tensiones y presiones y frente a las frustraciones que impone la realidad a los significados y a las connotaciones depositadas en ella.

b) El problema del conocimiento del país

En general no hay un problema de desinformación. Los datos leídos y discutidos en el exterior son incorporados de manera idealizada o intelectualizada sin posibilidad de integrarlos en el contexto en el cual ocurren, lo que corta la posibilidad de utilizarlos al retorno de manera realista. Esta situación provoca vivencias paradójicas tales como la sorpresa ante una realidad que no se desconoce, la falta de comprensión de hechos sobre los cuales se está informando. La dificultad para ponderar o interpretar los nuevos acontecimientos o la incapacidad para asumir en la práctica situaciones, como la económica y represiva, frente a las cuales no sólo se contaba con información, sino también con elaborados análisis previos y con frecuencia con una posición definida.

Profunda dificultad para aceptar que el aprendizaje previo del país y el recientemente adquirido en el exilio son insuficientemente adquiridos en el exilio son insuficientes. El retornado requerirá de un nuevo aprendizaje, que integre información, emoción y práctica concretas.

c) El problema de los vínculos

El grupo familiar no está intacto, sino más bien profundamente desgastado por las experiencias de pérdidas, encuentros y desencuentros, desarraigos y adaptaciones, inseguridad, etc., conjuntamente con los problemas económicos, laborales, habitacionales y otros. En este contexto, las presiones que genera el retorno son difícilmente asumidas con equilibrio por el grupo familiar, produciéndose frecuentemente problemas conyugales y de relación con los hijos. La ansiedad y la inestabilidad que genera el proceso de reinserción no siempre encuentran el apoyo adecuado en los miembros de la familia. Conduce a aumentar la frustración, el temor y la inseguridad.

Adicionalmente, el hecho de vivir de allegados resta intimidad y privacidad para ventilar y resolver los conflictos.

Se observa la necesidad de replantear vínculos, roles y funciones tanto al interior de la estructura familiar como en relación al grupo social en circunstancias adversas, lo que dentro de un contexto general de cambios e inestabilidad tiende a sobrecargar los vínculos afectivos, poniéndolos a prueba de una manera no buscada, generando las condiciones para la irrupción de conflictos emocionales e interpersonales.

d) El problema de la integración de la experiencia de exilio

Al retorno, se observa con frecuencia la tendencia a dejar entre paréntesis períodos completos de la vida en el exilio.

De este modo, gran parte de lo adquirido y vivido en el exilio en el plano cultural, ideológico, educacional, laboral, lingüístico, afectivo, social, etc., no encuentra acogida ni canales de expresión al regresar al país.

La imposibilidad para vivir el presente como un proceso que integre plena y abiertamente el pasado, de modo que la historia de cada uno se inserte coherentemente con la historia del país, expresado en la forma de conciencia nacional, inevitablemente conduce a los sentimientos de vacío y desvalorización que suelen acompañar subjetivamente al hecho del retorno.

e) El problema de las contradicciones

Por un lado, encontramos el conjunto de demandas y presiones aunadas con la inseguridad económica, laboral, física, profesional, habitacional, afectiva, etc., y por otro, el alivio y la alegría frente al fin del exilio, el reencuentro con familiares y amigos, la posibilidad de elaborar un proyecto de vida coherente y de participar activamente en la construcción de un futuro.

Un país que no acoge el problema del exilio a nivel social obliga a las personas afectadas a resolver sus contradicciones como algo estrictamente individual, sobrecargando los espacios afectivos privados.

Algunas orientaciones acerca de la psicoterapia con retornados del exilio

La categoría de “retornados del exilio” es psico-social y no clínica.

Las condiciones que nos parecen fundamentales en la preparación de los psicoterapeutas que deben enfrentar la atención psicológica del retorno:

1. La comprensión de la dimensión político-social del problema del exilio y del retorno.
2. Conocimiento de los daños psicológicos generados por el exilio y el retorno.

Para las personas, el exilio ha significado, entre otras, varias situaciones, nostalgia y desarraigo, separación prolongada del núcleo familiar básico, inestabilidad económica y laboral, presión para adaptarse a cambios repetidos de ambiente, deintegración familiar, problemas conyugales, alteración de roles, pérdida de seres queridos y fuentes de afecto fundamentales, alteraciones emocionales profundas, soledad, aislamiento y marginalidad implícita en la condición de refugiados, incapacidad para prolongar la vida a medio o largo plazo, ruptura del proyecto de vida y dificultad para concretizar aspiraciones y metas. Adicionalmente, el carácter forzoso e involuntario del exilio impone un estilo de vida que se caracteriza por la inestabilidad, la transitoriedad y el desarraigo. Es importante agregar que al iniciar el exilio una importante mayoría de las personas ya traía secuelas de situaciones traumáticas anteriores. Un número significativo venía saliendo de campos de concentración, había sufrido torturas, persecución o había perdido familiares cercanos por el fusilamiento. En muchos de estos casos, el exilio prolongado actúa agravando alteraciones emocionales originadas previamente.

El proceso terapéutico

Más allá de la orientación teórica del terapeuta, la existencia de un conjunto de particularidades en el tratamiento de retornados, a saber:

a) En cuanto a la conceptualización del proceso psicoterapéutico en retornados:

Hemos caracterizado la psicoterapia del retornado del exilio como el abordaje de una situación - problema, entendiendo por tal a la constelación de hechos, acumulados históricamente y/o actuales, que se conjugan para hacerse presente en un momento determinado de la vida del individuo, frente a las cuales y a causa de su acción descompensadora surgen dificultades de índole psíquica que perturban la relación del hombre consigo mismo y con el mundo que lo rodea. La situación problema hace referencia a hechos que son manifiestos y objetivables en tanto tienen expresión histórica y consecuencias políticas, económicas y sociales, en relación a las cuales surgen en la persona diversos síntomas (ansiedad, miedo, depresión, trastornos psicósomáticos, etc.) que constituyen el motivo de consulta.

b) En cuanto a los objetivos psicoterapéuticos:

La acción psicoterapéutica se orienta a los siguientes fines:

1. Vinculación del padecimiento psíquico con la situación-problema. El sufrimiento psíquico no es dissociable de las condiciones históricas recientes, personales y sociales que lo acompañan.
2. Esclarecimiento de las significaciones particulares que la situación-problema ha tenido para la persona. La persona puede recuperar la manera específica en que el exilio y el retorno lo han afectado, de acuerdo a su historia intrapsíquica, interpersonal y social.
3. Esclarecimiento, elaboración e integración de los sentimientos y vivencias acumulados en relación a la situación-problema. Dar espacio para revivir las emociones y ansiedades, muchas veces contenidas o reprimidas por las circunstancias y necesidades de dar respuestas inmediatas a los hechos, aunque acompañan a las condiciones que condujeron al exilio mismo y al retorno.
4. Recuperación de la identidad individual y social desarticulada por la situación-problema. Se pretende que la persona sea capaz de reconocerse a sí misma a través del tiempo a pesar de la diversidad y muchas veces incompatibilidad de las experiencias vividas, y que también los otros significativos y la sociedad logren reconocerla como quien es o aspira a ser.
La psicoterapia debe apuntar a recuperar lo adquirido y vivido en el exilio en el plano cultural, ideológico, educacional, laboral, afectivo, social.
5. Orientación e información necesaria para la integración al país. Pretende un análisis de los obstáculos personales y sociales que las personas encuentran en su proceso de integración.

La psicoterapia individual y familiar del retornado se caracteriza por una sobrecarga de roles en el terapeuta, que dificulta el manejo del proceso terapéutico. Es bastante frecuente que el terapeuta pase a ser la única o una de las pocas personas con la cual el retornado cuenta para la discusión y solución de sus problemas.

Para enfrentar las contradicciones planteadas en cuanto al rol del terapeuta con flexibilidad, nuestra experiencia nos permite sugerir lo siguiente:

- La formación de equipos terapéuticos interdisciplinarios que incluyan asistentes sociales y otros profesionales, para brindar al retornado una atención integral que recoja sus necesidades de apoyo, soporte e información a la vez que descongestione el rol del terapeuta.
- La necesidad de un proceso permanente de reflexión y revisión de las propias motivaciones de parte del terapeuta para así asumir realísimamente los límites de la preparación individual a un daño socialmente causado, evitando caer en frustración o en la omnipotencia.
- La discusión explícita con el paciente de los límites y alcances del terapeuta.
- La inclusión activa por parte del terapeuta de ciertas funciones adicionales a la de develar el significado de la experiencia, necesarias al rol de psicoterapia de retornados. Podemos destacar la de acogida, la de apoyo y

orientación y la de estímulo y aliento permanente para evitar la paralización que produce la sobrecarga de demandas vitales y problemas propios del retorno y las dificultades reales para enfrentarlos.

El vínculo que se crea entre paciente y terapeuta es un espacio afectivo de acogida, apoyo y orientación que permite un puente entre el retornado y la sociedad global a la cual intenta integrarse.

La terapia individual y familiar con retornados presenta un conjunto de limitaciones:

- En primer lugar, el problema de la cobertura (la magnitud del problema).
- En segundo lugar, el problema de lo colectivo de la situación del exilio y del retorno. Para el terapeuta implica asumir implícitamente el rol del sustituto de la sociedad global al concentrar en sí funciones reparatorias que competen al conjunto del país, lo cual es frustrante. Para el paciente, la diversidad de su experiencia no encuentra igual diversidad en cuanto a las modalidades de expresión. Es así como, tanto los aspectos individuales de la experiencia, como los aspectos colectivos de la experiencia, compartidos y comunes con el conjunto de los exiliados, son tratados sólo individual o familiarmente.
- En tercer lugar, el problema del aislamiento tan frecuente en los retornados. La psicoterapia individual, por su propia naturaleza, es incapaz de romper el aislamiento y la incomunicación social en la cual se encuentra el retornado.

La conciencia de estas limitaciones nos ha llevado a plantearnos una modalidad grupal para la atención psicoterapéutica de los retornados. Sin embargo, muchas de las limitaciones de la psicoterapia individual previamente descritas, se extienden a las formas grupales de atención, en tanto el país no acoga el problema del exilio y el retorno a nivel social. Es por eso que para los terapeutas comprometidos, la denuncia permanente de los problemas del exilio y el retorno se transforma en una de sus tareas ineludibles, con el objeto de ir creando una conciencia nacional respecto de esa problemática. Un país que no acoge el problema del exilio a nivel social, obliga a las personas afectadas, más allá de las formas terapéuticas implementadas, a resolver contradicciones como algo estrictamente individual y familiar sobrecargando espacios afectivos privados.

Los medios de comunicación de masa tienden a proyectar una imagen del país que no da cuenta de la denigración, humillación y persecución de la cual son objetos las personas reprimidas que permanecieron en el país, ni del desarraigo, dolor y dificultades de las que se exiliaron.

Nos hemos planteado la hipótesis que la situación grupal terapéutica permite la elaboración de dolor en un contexto que implica compartir y reintegrar vínculos con otros. A la vez rompe el aislamiento, favorece la comunicación y permite comprender la propia subjetividad integralmente relacionada con las situaciones sociales, económicas, políticas e históricas, que la condicionan y con las cuales interactúan.

Se trata de elaborar el dolor en un contexto que apunte a reconstruir, aunque sea precaria y parcialmente, lo que la represión política intentó destruir, generando una espiral de cambio que vaya de lo individual a lo social y colectivo, y de lo privado a lo compartido.

Gran parte del trabajo de grupo apunta, sin haberlo propuesto a un aprendizaje de cómo operar como grupo. Del conjunto de individualidades surge un “nosotros”. Muchas veces implica el primer referente colectivo construido después del regreso al país. No sólo da seguridad en términos afectivos por la creación de vínculos, sino que, adicionalmente, restablece en el retornado la confianza en sí mismo en cuanto a sus capacidades de identificarse y de “pertenecer”.

Los integrantes del grupo que inicialmente están ensimismados y aislados en sus propias problemáticas aprenden con el trabajo grupal a observar y escuchar, a relacionar las propias opiniones y vivencias con las ajenas. Del autocentrismo propio de la experiencia de vivir el dolor como algo individual se observa el desarrollo de conductas dirigidas a la contención de emociones, apoyo, solidaridad y comunicación. La implementación de conductas reparatorias hacia otros tiene el efecto adicional de atenuar la vivencia autodestructiva de la depresión.

El trabajo grupal restablece la versatilidad en la expresión afectiva y la tolerancia a las diversas modalidades de expresar sentimientos, lo que permite ir venciendo la sensación de incompreensión y aislamiento cultural que el retornado experimental.

El desarrollo del “nosotros” va exigiendo el rescate de la tolerancia y aceptación a lo distinto.

El hecho de que las propias problemáticas y emociones encuentren eco en los otros miembros del grupo atenúa las inseguridades y sensaciones de aislamiento. Los miembros del grupo se muestran preocupados frente a los problemas que los otros presentan, ofrecen ayuda y orientación y se aporta colectivamente a la búsqueda de maneras de enfrentar los problemas y a la comprensión del dolor que cada uno manifiesta.

A diferencia de la psicoterapia individual con retornados que sobrecarga el rol del terapeuta, en las modalidades grupales, los roles, las iniciativas e intervenciones propias del terapeuta en las primeras sesiones comienzan a rotar, siendo asumidas por distintos miembros del grupo en diversos momentos. Las funciones de acogida, apoyo, orientación y estímulo y aliento que destacamos en el terapeuta individual son asumidas por el conjunto del grupo de una manera colectiva.

El terapeuta opera más bien como coordinador y facilitador, dirigiendo cualquier interpretación acerca de elementos latentes que surjan, a lo grupal más que a lo individual.

“Un daño socialmente causado solo puede ser socialmente reparado”.

Jóvenes chilenos que retornan: perspectivas de una reparación grupal (M. Isabel Castillo & Elena Gómez)

Los jóvenes han sido un sector especialmente afectado, tanto en experiencias directas de represión: amedrentamiento, detenciones, tortura y muerte, como en las condiciones de vida que implican para ellos cada vez menos posibilidades de un desarrollo digno y en libertad.

Este trabajo se refiere a la experiencia psicoterapéutica grupal diseñada en nuestra institución (Fundación de Ayuda Social de las Iglesias Cristianas), con el fin de abordar la problemática de los adolescentes retornados, hombres y mujeres entre los 16 y los 22 años.

Los jóvenes solicitaron atención psicológica por dificultades que presentaron en sus procesos de reinserción al país. En la mayoría de ellos hubo síntomas de angustia, estados depresivos, falta de motivación, crisis en su proyecto personal (pareja-estudio-trabajo), inestabilidad emocional, soledad, apatía, dificultad para establecer relaciones interpersonales, etc.

Exilio y retorno

El exilio y el retorno es un fenómeno social que tiene repercusiones tanto en los que partieron al exilio como en los que se quedaron en el país.

Esta partida es un huir sin “despedida” marca el comienzo del trabajo del duelo del exilio, que se impone como el de una pérdida no deseada, que alimenta el sentimiento de un “algo irrecuperable”, algo que se ha perdido en algún lado, algo interrumpido con demasiada brusquedad y que permanecerá como aquello que no podrá recuperarse.

El exiliado se defiende, procurando explicarse su situación en términos políticos, reafirmando en sus características de exiliado político, y es esto a su vez lo que contribuye a constituir su nueva identidad.

Los jóvenes que vuelven

Se trata de adolescentes que retornan al país donde nacieron, dejaron Chile cuando tenían entre 3 y 8 años de edad, país del cual guardan imágenes difusas, olores y sentimientos fuertes.

País ensñado y deseado, donde cabían todas las fantasías y los temores.

País de los padres y de los amigos de los padres, pero desconocido y deseado por los adolescentes.

Adolescentes e identidad

La identidad es un proceso en permanente elaboración que se va construyendo a través de las experiencias y la presencia de otro, hasta adquirir una forma única, pero susceptible de ser modificada.

La búsqueda de la identidad en el adolescente es un territorio conmocionante y contradictorio. Se debate entre ser niño y ser adulto, entre su familia y el afuera, pelea y se asombra con su cuerpo, se agita y confunde con el pasado, el presente es una posibilidad, el pasado un refugio y el futuro es desconocido y problemático.

El sentimiento de identidad se desarrolla en la relación con el otro, con el grupo, con lo social, con lo cultural; donde las biografías están fuertemente entrelazadas con la historia.

Es por esto que en los adolescentes que vuelven del exilio la consolidación de la identidad se encuentra dificultada; puesto que han hecho un proceso de socialización que se ha realizado en idiomas, normas y pautas culturales diferentes a las de los padres.

Han tenido que enfrentarse en su niñez a situaciones dolorosas, han tenido muchas veces que ser los portavoces familiares, porque aprendieron el idioma más rápidamente que sus padres; de tal manera que eran los niños hoy adolescentes, los que se comunicaban con el mundo externo.

Este pasado fue doloroso, más aún cuando sus padres habían sufrido cárcel o destierro, torturas o desaparecimiento.

Las identificaciones tempranas que son básicas en el proceso de identidad de los adolescentes, fueron con figuras que estaban quebradas, dolidas, desintegradas, destruidas.

Cuando se vivía en el país de origen (Chile) antes de partir, son aquellos tiempos perdidos, lejanos de infancia temprana que se guardan en imágenes de paz, de tranquilidad, de familia, de abuelos, recuerdos que ellos intentan que no se escapen y que los necesitan para seguir viviendo.

Necesitan percibir, ver, sentir las fantasías alegres y tristes de país lejano, que se concreten en una realidad tangible y que puedan constatar su veracidad para ser ellos mismos y recuperar su identidad.

La pubertad o adolescencia temprana la vivencia en el país de exilio de los padres, y fue rica en experiencias, en grupos de amigos; a veces, no se sintieron extranjeros, marginados, y diferentes; aprendieron las pautas, los códigos, las formas de hablar, de comunicarse y de vestirse, lograron integrarse al grupo de los pares, borrar las diferencias, las divisiones. Pero, esta situación la realizaron a un gran costo emocional, haciendo una hiperintegración, exaltando los valores, las modalidades y el estilo locales, denigrando los de origen, los de la infancia, los de los padres. Situaciones familiares graves se vivieron en algunos de ellos, donde no aceptaban los a padres, no querían saber nada con el país de origen, no querían oír hablar de "política".

Pérdidas y separaciones

A pesar de todos sus intentos, no se sentían de esos países de exilio. Se sentían diferentes, eran extranjeros y quizás, sus identificaciones tempranas pesaban más y querían volver para reencontrarse con ellos mismos, para lograr la paz tan anhelada, para tener un proyecto, para tener futuro.

Es frecuente observar que algunos adolescentes enfrentan la acumulación de pérdidas reiterándolas en una actitud de mayor retraimiento y soledad. En otros, el agotamiento que la nueva realidad les impone, hace surgir tendencias suicidas y autodestructivas.

Al regresar al país donde nacieron, algunos por decisión propia, otros porque sus familiares decidieron retornar, o fueron autorizados a hacerlo, el presente se transforma en un caos, en un elemento distorsionador.

Está lleno de angustias, las fantasías y los deseos no se concretizan. Las idealizaciones con respecto a la familia extensa se ven frustradas, al recorrer geografías, pierde la belleza de la ensoñación. Los sentimientos de soledad y confusión son los característicos de los retornados adolescentes, la desestructuración y la falta de continente se presenta más fuertemente en aquellos cuyas familias viven en el exilio y los que se vinieron con sus familias, éstas también sufren procesos de adaptación y no pueden brindarles la acogida como ellos desearían.

Otra vez, extranjeros...

Se sienten diferentes, extraños, no son de aquí ni de allá. Sienten y perciben la desconfianza, el rechazo. Las experiencias vividas las han socializado de forma diferente.

El darse cuenta que son diferentes a sus compatriotas, le ocasiona un dolor profundo.

El futuro

En los adolescentes retornados la elección de un proyecto presenta dificultades. En la mayoría de ellos se pudo observar que existe un mandato histórico, asumir el rol en el cual sus padres fracasaron en un proyecto político. Mandato que ha sido transmitido a través del lenguaje. El lenguaje constituye así un determinante en la identidad de los sujetos.

El adolescente debe imaginarse el futuro no lejano, un trabajo, pero dada la situación política, económica y social creada por la dictadura limita notablemente las posibilidades de acceder a un trabajo; la mayoría de los adolescentes retornados están estudiando.

El enfrentarse al mundo los hace conocer una realidad dolorosa y traumática, donde las arbitrariedades e injusticias se cometen diariamente, donde no queda lugar para la fantasía, donde el enfrentamiento con el dolor, la pobreza, la cesantía es de tal crudeza, que los jóvenes retornados en su mayoría no conocían los niveles a los que está sometida la sociedad chilena, lo que les crea grave angustia e impotencia.

El proceso psicoterapéutico

Nuestro objetivo dentro del proceso terapéutico fue intentar investigar las tareas fundamentales del adolescente que son la lucha por la reconstrucción de su realidad psíquica (mundo interno) y la lucha por la reconstrucción de sus vínculos con el mundo exterior, ambos supeditadas a una tarea básica que es la lucha por la identidad, reconstruir sin perder de vista el fin fundamental: ser uno mismo en el tiempo y en el espacio en relación con los demás y con el propio cuerpo (Grinberg, 1980).

Se buscó activamente la expresión y elaboración de los conflictos presentes, teniendo gran importancia la clarificación interior, las verbalizaciones profundas y extensas.

La temática central en el grupo de adolescentes retornados fue la crisis de identidad presente en todos sus miembros, presentándose en algunos casos cuadros de depresión y ansiedad severa. La elaboración de las relaciones parentales fue otro aspecto relevante con énfasis distintos en razón de la situación diferenciada entre aquellos adolescentes que retornaron solos y aquellos que lo hicieron con todo el grupo familiar, también surgieron el temor, el miedo y la soledad como sensaciones movilizadas fuertemente en el reencuentro con el país y se analizaron las contradicciones surgidas en torno al compromiso político.

El mundo adolescente es una estructura social donde por un lado, la inestabilidad determinada por los cambios psicológicos y la inseguridad que le ofrece el ambiente social y por otro, la búsqueda de un continente estable que confiera solidez y dé garantía a su insegura identidad adolescente. Este contenido es buscado en la vida grupal, ya que distintas partes del sí mismo pueden ser proyectadas en diferentes miembros del grupo, al mismo tiempo que en la relación interpersonal.

El trabajo grupal tuvo las características señaladas, lo que permitió proporcionar un continente que diera seguridad para vivir y expresar sus pérdidas, sus inseguridades, sus dificultades, sus esperanzas y sus alegrías.

La depresión en el adolescente que retorna

Un rasgo frecuente en el adolescente lo constituye la tendencia a deprimirse como expresión de la inestabilidad del período que vive, habitualmente su vivencia está asociada a desasosiego e incertidumbre, frente a sí mismo y a la realidad circundante (Grinberg y Langer).

El proceso de diferenciación de su identidad sumado a los múltiples cambios experimentados puede traducirse en sentimientos de impotencia y frustración.

En los grupos realizados con adolescentes retornados pudo observarse una tendencia al desánimo, a la abulia e incertidumbre, reflejadas en la difícil búsqueda de ubicación frente a sí mismos, a los amigos, al país y a la sociedad que le son desconocidos.

El sentimiento de soledad y la vivencia de incomunicación aparecen dolorosamente asociados a su historia e identidad e dextrio-retorno. En el desarrollo de la psicoterapia grupal, la constatación de una vivencia común constituye uno de los puntos iniciales de fuerte cohesión grupal que permite profundizar estos sentimientos y elaborar la gran cantidad de rupturas que estos jóvenes han experimentado.

El grupo comparte, por lo tanto, la difícil reconstitución de la historia personal y familiar, el exilio a una edad temprana, la asimilación a una cultura diferente, la habitual idealización del retorno y la confusión experimentada frente a los conflictos inesperados.

La dificultad que sus padres enfrentan, su particular ambivalencia y remoción del problema que el retorno desencadena, transforma la relación familiar en un espacio de mucho dolor, rupturas y agresividad.

En aquellos adolescentes que retoman solos la necesidad de contar con algún referente conocido y la multiplicidad de los cambios vividos en soledad puede generar una enorme insatisfacción afectiva.

Temores y miedos

El encuentro con el país es el encuentro con situaciones atemorizantes. Y el “choque” con la realidad, conlleva una necesaria elaboración de los sentimientos de temor y miedo que la dictadura produce.

Es habitual que muchos de nuestros jóvenes vivan su primera experiencia represiva (detención en manifestaciones masivas, paros universitarios, etc.) en los primeros meses de su retorno.

Rol de los terapeutas

Desde el punto de vista del proceso terapéutico, la transferencia en el grupo desempeña un rol que les permite a los pacientes comprender y hacer conscientes dentro del nuevo escenario tiempo-espacial del grupo sus propios conflictos. El valor terapéutico de los diferentes dinamos producidos tiene relación con los distintos roles o funciones que consciente o inconscientemente desempeñan los integrantes de un grupo, quienes se movilizan por un mecanismo de identificación.

Por otro lado, él o los terapeutas reaccionan frente al material expuesto, más aún es lo que permitiría deducir, en un momento dado y basado en la vivencia emocional experimentada, el punto de urgencia sobre el que habrá de centralizarse la interpretación.

También creemos en la importancia de buscar activamente en el grupo la presencia de los conflictos de adaptación y de la crisis de identidad que ya hemos observado.

El papel que las terapeutas juegan es de exploración y profundización y para lograrlo comparten activamente sus papeles frente al grupo. Para desarrollar este rol hemos recurrido al apoyo de técnicas movilizadora, mencionamos sólo imaginación, juegos, dibujos grupales, esculturas emocionales, psicodrama, etc.

A través de diferentes dinámicas de presentación se logra ya en la primera sesión, la vivencia de que los diferentes países de exilio tienen un elemento común que no corresponde sino a la vivencia de múltiples cambios difíciles de aprehender. La utilización de esta sesión de dramatizaciones de la situación emocional individual va profundizando esta experiencia y transformando el sentimiento de disgregación inicial en el de experiencia común.

Recursos terapéuticos utilizados

En los adolescentes, el recurso de la dramatización nos permite abordar con mayor facilidad aquellos aspectos más conflictivos, ya que fácilmente ellos pueden representar roles diferentes en el plano verbal.

El recurso del discurso, lenguaje ideologizado en su mayoría y transmitido a los otros, como análisis intelectuales globales y específicos de su situación personal, familiar y de la sociedad en su conjunto, impide, por su carácter defensivo, abordar aquellos conflictos más profundos. En tanto, la dramatización permite volver a los aspectos más infantiles, más regresivos, fantaseados, ensoñados, con imágenes difusas y contenidos, afectos necesitados, deseos no expresados que en general se esconden y se lo esconden a ellos mismos, en realidad, temen ser descubiertos, en sus debilidades y quedar a merced del otro. De esta manera, el adolescente tiene su yo dividido en un aspecto aparentemente adulto y en otro infantil (Laing, 1968).

La dramatización le permite graduar la presencia o mostración al grupo de sus aspectos más dependientes e inseguros sin que ocurra nada catastrófico, como en sus fantasías temían que pudiera ocurrir. Lo que les permite un enfrentamiento gradual con la realidad tan temida (Moccio, Pavlovsky y Bouquet).

A diferencia del relato verbal donde los adolescentes hablan o relatan linealmente algo, controlan obsesivamente cada uno de sus personajes internos, los inmovilizan. La dramatización, al permitir especializar o proyectar en la escena el campo del mundo interno, tiene la facultad de darles vida independiente a estos personajes escapando de este modo al control obsesivo con que los adolescentes regulan su mundo interno.

A continuación señalaremos dos de los recursos más usados en nuestra experiencia.

Las dramatizaciones que realizamos fueron de tipo exploratorio grupal e individual. En la primera sesión representaron la vivencia actual más significativa para ellos, donde apareció la problemática de exilio-retorno con las separaciones, pérdidas, angustias, confusiones, etc.

Cada uno de los integrantes pudo dramatizar su situación, lo que permitió desde un inicio un darse cuenta que eran vivencias, sentimientos comunes a todo el grupo.

Al relatar experiencias comunes que variaban de geografías, idiomas, contextos, pero que con toda la riqueza permitían encontrar las similitudes, lo que facilitó el trabajo en el plano personal y grupal al mismo tiempo.

El recurso de la imagería, con una relación interior, dio posibilidad al grupo y a cada integrante para llenar de contenidos, depositar las fantasías, concretizar los sueños, aparecer los conflictos y las tristezas. Las defensas disminuyeron y se trabajó el material entregado por cada uno. La imagería se trabajó orientada a expresar las pérdidas, las separaciones, las características de su vida en los países de exilio, las relaciones con su familia. Intentar asomarse a su proyecto personal y cautelosamente acercarse al futuro.

Los recursos dramáticos, como los juegos y los dibujos proyectivos, nos permitieron tener un abordaje terapéutico activo, donde se facilitó el tratamiento de los conflictos y además los jóvenes pudieron expresar sus emociones: alegrías, risas, tristezas, temores, angustias. Lo que facilitó nuestro trabajo terapéutico.

Carta a un amigo, escrita por un joven chileno retornado

Te escribo para contarte que el sol quema fuerte por estos lados... la gente te mira extraño, porque llevas colores de verano en invierno o simplemente porque te atreves a contar las verdades, pero seguiré mirando a los ojos.

Mi llegada a la parcela fue una evasión, sentí vivir la tierra, mis pies desnudos en el barro, mi oreja pegada a la corteza de un árbol, escuché al árbol crecer, pero el viento terminó por soplar muy fuertemente y me quedé dormido con todos mis bellos sueños y cuando me desperté estaba solo.

Ahora estoy en Santiago, sus noches son frías y en las plazas ya no juegan los niños, sino los cañones de armas automáticas te vigilan... los jóvenes se alimentan de ignorancia y olvido y tienen que pagar para poder reír, otros luchan por luchar, por sueños que hasta ahora han dejado de creer. Pero yo no dejo de creer que soy un ciego frente al mar.

Tengo ganas de partir corriendo y gritando por los caminos de tierra y cuando esté cansado me dejaré caer de espaldas en una gran poza de barro de donde esperaré ver que un aerolito se pierde en el cielo; sin embargo, aquí estoy, parado bajo la lluvia esperando salir el sol.